



Es muy grato ofrecer a la comunidad universitaria esta importante obra, la cual recoge dos catálogos bibliográficos sobre diversos aspectos de la historia de la Iglesia en Colombia, a fin de que sirvan como subsidio de primera mano a los interesados en buscar los fundamentos para respaldar la afirmación inicial.

Su autor es nuestro hermano Luis Carlos Mantilla Ruiz, vinculado desde los inicios a la Universidad de San Buenaventura, algunos de cuyos libros han sido editados en esta seccional de Cartagena. El primer catálogo fue publicado en el año 2000 en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la Academia Colombiana de Historia, del cual era su director, con ocasión del Centenario de la Academia. El segundo, le fue solicitado por la dirección de la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, de la Universidad de Navarra, en el año 2016. La muy restringida difusión de las anteriores revistas en Colombia, no obstante, su importancia motivó a Fray Luis Carlos, a recomendar a nuestra Universidad de San Buenaventura la conveniencia de que su investigación, en ese momento exhaustiva, quedara perdida.

Animados por este valioso recurso investigativo para nuestros estudiantes y honrados por su publicación, hemos acogido su propuesta con entusiasmo y espíritu académico, fruto de su experiencia y la sabiduría del conocimiento histórico.

*Fray Jesús Antonio Ruíz Ramírez, OFM,  
Rector USBCTG*

# IMAGINARIOS DEL CATOLICISMO COLOMBIANO

Relectura de la historia de la Iglesia,  
escrita en el país



ISBN 958-5114-64-7



9 789585 114647



UNIVERSIDAD DE  
SAN BUENAVENTURA  
CARTAGENA

**EB**  
EDITORIAL  
BONAVENTURIANA

Luis Carlos Mantilla Ruiz, OFM.



UNIVERSIDAD DE  
SAN BUENAVENTURA  
CARTAGENA

**EB**  
EDITORIAL  
BONAVENTURIANA

# **IMAGINARIOS DEL CATOLICISMO COLOMBIANO**

Relectura de la historia de la iglesia escrita en el país

**Luis Carlos Mantilla Ruiz, OFM.**

Universidad de San Buenaventura,  
Cartagena  
2024



**UNIVERSIDAD DE  
SAN BUENAVENTURA  
CARTAGENA**

**EB**  
**EDITORIAL  
BONAVENTURIANA**

Mantilla Ruiz, Luis Carlos, OFM  
Imaginarios del catolicismo colombiano. Relectura de la historia de la iglesia escrita en el país / Luis Carlos Mantilla Ruiz, OFM; Nina Ferrer Araujo, Editora.-- 1.ed.-- Cartagena: Universidad de San Buenaventura; Editorial Bonaventuriana, 2024.

Descripción física: 112 páginas, 17 x 24 cm.

ISBN libro impreso: 978-958-5114-64-7

ISBN libro digital: 978-958-5114-65-4

1. Historia de la Iglesia - Colombia.-- 2. Iglesia católica - historia - Colombia.-- 3. Catolicismo - Colombia.-- I. Tít.-- II. Ferrer Araujo, Nina, editor.

Dewey: 230.09861 M292

- © Universidad de San Buenaventura  
Primera edición: Cartagena de Indias, 2024



Imaginarios del catolicismo colombiano.  
Relectura de la Historia de la Iglesia escrita en el país.

- © Luis Carlos Mantilla Ruiz, OFM.

Vicerrectoría para la evangelización de las culturas  
Calle Real de Ternera, Diag. 32 N.º 30-966  
Teléfono: 653 5555

Universidad de San Buenaventura, Cartagena  
Calle Real de Ternera, Diag. 32 N.º 30-966  
Teléfono: 653 5555

Fray Jesús Antonio Ruíz Ramírez, OFM  
Rector

Nina Mariela del Cristo Ferrer Araujo  
Editora

Editorial Bonaventuriana  
[www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co](http://www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co)

ISBN libro impreso: 978-958-5114-64-7

ISBN libro digital: 978-958-5114-65-4

El autor es responsable del contenido de la obra.

Cumplido el depósito legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000)

Editado en Colombia - Edited in Colombia.

## Tabla de contenido

---

<b>Presentación</b> .....	5
<b>Introducción</b>	
La expresión social de “lo católico” en Colombia .....	9
<b>Primera parte</b>	
Entre el avance y la insatisfacción: los últimos 50 años de historia de la Iglesia en Colombia (1965-2015).....	25
<b>Segunda parte</b>	
La historia de la Iglesia en Colombia a través del Boletín de Historia y Antigüedades (1900-2000) .....	59
<b>Referencias</b> .....	102
<b>Nota sobre el autor</b> .....	109



## Presentación

---

En el estudio del desarrollo de la nación colombiana, el papel de la Iglesia ha ocupado un puesto de especial importancia, a tal punto que la estrecha relación entre la Iglesia y la política aparece como una *característica nacional*. Con este planteamiento comienza su ensayo el famoso historiador barranquillero Eduardo Posada Carbó (1987, pp. 5-8), *Iglesia y política en la Costa Atlántica*, en el cual con base en situaciones históricas ocurridas en la época colonial y algunos hechos políticos de principios del siglo veinte, concluye que sin que se hubiera disminuido esa estrecha relación, “el papel de la Iglesia en la Costa Atlántica ha sido más débil que en otras regiones del país”.

Es importante destacar que la política colombiana del siglo diecinueve estuvo en buena parte determinada por la lucha de poderes entre los amigos de la Iglesia y los amigos del estado laico, tensiones que se prolongaron concretamente hasta el año de 1991, cuando la Constitución Política, “invocando a Dios”, vino a poner los elementos claves para garantizar la “libertad de conciencia”: “nadie será molestado por razón de sus convicciones o creencias ni compelido a revelarlas ni obligado a actuar contra su conciencia” (artículo 18); y en el artículo 19: “garantiza la libertad de cultos. Toda persona tiene derecho a profesar libremente su religión y a difundirla en forma individual o colectiva. Todas las confesiones religiosas e iglesias son igualmente libres ante la ley”.

Semejante cambio limitó a la Iglesia católica en los privilegios de que había gozado y desde entonces, no ha podido erradicar el sustrato que subyace en muchas costumbres y comportamientos que la caracterizan en las distintas regiones del país. En Colombia, la Iglesia católica ha sido históricamente su principal instrumento de socialización, al punto que la diversidad cultural del país converge en su fe católica y esta le confiere su identidad nacional.

Me es grato ofrecer a la comunidad universitaria esta importante obra, la cual recoge dos catálogos bibliográficos sobre diversos aspectos de la historia de la Iglesia en Colombia, a fin de que sirvan como subsidio de primera mano a los interesados en buscar los fundamentos para respaldar la afirmación inicial.

Su autor es nuestro hermano Luis Carlos Mantilla Ruiz, vinculado desde los inicios a la Universidad de San Buenaventura, algunos de cuyos libros han sido editados en esta seccional de Cartagena. El primer catálogo fue publicado en el año 2000 en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la Academia Colombiana de Historia, del cual era su director, con ocasión del Centenario de la Academia. El segundo, le fue solicitado por la dirección de la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, de la Universidad de Navarra, en el año 2016. La muy restringida difusión de las anteriores revistas en Colombia, no obstante, su importancia motivó a Fray Luis Carlos, a recomendar a nuestra Universidad de San Buenaventura la conveniencia de que su investigación, en ese momento exhaustiva, quedara perdida. Animados por este valioso recurso investigativo para nuestros estudiantes y honrados por su publicación, hemos acogido su propuesta con entusiasmo y espíritu académico, fruto de su experiencia y la sabiduría del conocimiento histórico.

*Fray Jesús Antonio Ruíz Ramírez, OFM,*  
Rector USBCTG  
Cartagena de Indias, agosto de 2024

## La Expresión Social de “Lo Católico” en Colombia





## Introducción

---

Aunque la Iglesia católica entró al siglo XX protegida por el Concordato de 1887, no sucedió lo mismo en relación con las guerras fratricidas que asolaron la nación en periodos intermitentes a lo largo del siglo XIX, siendo la guerra de los Mil Días la más larga y cruel, con la cual se cerró el siglo y se abrió el siglo XX, con un saldo de 100 000 muertos (el 2,5 % de la población):

Entre los fantasmas de mi niñez ocupa un puesto eminente la guerra, cuando yo nací [1906] ya se había extinguido la de los Mil Días, pero sobrevivía su rescoldo, sobre un territorio devastado, y, desde luego, estaba ardiente el rencor de los vencidos. (Alberto Lleras Camargo, 1997, p. 11)

Lo anterior lo confirma Gabriel García Márquez en *Vivir para contarla* (2002, p. 291):

En el siglo XIX no tuvimos paz sino treguas efímeras entre ocho guerras civiles y generales y catorce locales, tres golpes de cuartel y por último la guerra de los Mil días, que dejó unos ochenta mil muertos de ambos bandos en una población de cuatro millones escasos.

En cuanto a la causa determinante de las guerras habrían sido los enfrentamientos entre los dos partidos políticos, liberales y conservadores, y sus fracturas internas como lo planteó Santiago Pérez Triana, en 1907, ante la II Conferencia de Paz en La Haya:

Nuestros partidos políticos, dentro de los cuales nacemos afiliados, vinculados a ellos por las cadenas de sus tradiciones, odios y prejuicios respectivos, preconizan en el hecho, si no explícitamente, la teoría monstruosa de que el primer deber del ciudadano, antes que, para la patria, es para con sus partidos, cuando están en el gobierno, es mantenerse en el

poder, y cuando están fuera del poder, es adquirirlo, careciendo de una orientación nacional, común a todos. (p. 7)

De todas maneras, a comienzos del siglo XX, la degradación de los partidos se traducían bajo la etiqueta de *politiquería* y era la voz corriente en todo el país, como lo apuntó en 1912 el viajero francés Felix Serret (*Viaje a Colombia*) cuando llegó a Cartagena:

La política era, siempre, el tema principal de sus conversaciones, pues las palabras liberal, conservador, regeneración y congreso llegaban frecuentemente a mis oídos, con tonos diferentes según fueran pronunciados por los adversarios o por los partidarios del gobierno de turno, a la cabeza del cual estaba, y aún debe estar, Restrepo, uno de los hombres más honestos y más inteligentes, en una palabra, uno de los mejores administradores que Colombia haya tenido como presidente y el único quizás que en el momento presente le conviene realmente al país. (p. 267)

Aunque las guerras fratricidas que azotaron al país durante el siglo XIX y comienzos del XX ponían en entredicho la autenticidad del “catolicismo de los colombianos” —cuyo fundamento es el supremo mandato del Amor— estas no consiguieron romper las prácticas religiosas en las que colectiva o privadamente se expresaba la fe cristiana de sus fieles; por el contrario, pareciera como si las hubieran estimulado, sobre todo la oración. Sin embargo, teniendo en cuenta las grandes diferencias culturales que caracterizan a Colombia, nos podemos preguntar si esas formas —llámense devociones o ejercicios piadosos, o creencias—, se expresaban de igual manera por los que se llamaban católicos. A esta inquietud resulta muy esclarecedor el análisis que adelantó en 1960 la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda (1975) sobre la tipología y la estructura de la familia colombiana, en el cual señala cómo en el proceso histórico y cultural se destacaban zonas geográficas “con principios identificatorios propios”, entre los cuales sobresalía la religión al lado de otros valores y pautas de comportamiento. Esta percepción la llevó a zonificar el país en cuatro grandes “complejos culturales”: 1) el andino (correspondiente a Cundinamarca y Boyacá), identificado por la fuerte asimilación de la institución religiosa, el liderazgo institucional de esta y su trascendencia sobre la vida familiar; 2) el complejo santandereano o “novohispano” (incluye los dos Santanderes), en el cual aparece la religión moldeando “como cera blanda” la comunidad con los valores católicos;

3) complejo cultural negroide o litoral fluvio minero —comprende los dos litorales, partes de las hoyas fluviales del Cauca y del Magdalena y la porción minera de Antioquia—, donde la Iglesia no empapó la estructura social de este complejo, por lo cual no se ha proyectado en lo moral como en la zona andina, distraída casi exclusivamente en el culto y “descentrada por la concomitancia mágica, no ha tenido y carece de funcionalismo ético” (Gutiérrez de Pineda, 1975, p. 277). Lo anterior se traduce

[...] en el limitado influjo del sacerdocio dentro de la comunidad y en su pobre papel de aglutinante de su sociedad, en su marginal liderazgo y en la tibieza de las prácticas religiosas, hogareñas y públicas, en la rala trascendencia e importancia de la religión en el transcurrir civil. (p. 279)

Como cuarto punto se encuentra el complejo cultural antioqueño o de la montaña (Antioquia, Caldas, Quindío, Risaralda, sectores del Valle del Cauca y del Tolima), donde la religión católica, como en el complejo andino, ha sido la gran moldeadora de la estructura familiar, penetrando, además, intensamente en la conducta individual y colectiva, impregnando con su proyección la sociedad total, ninguna de sus instituciones puede sentirse ajena a su influjo, por lo cual

[...] tal vez es más acertado repetir que la religión constituye el foco a cuyo derredor se agrupan y convergen cada uno de los órganos de la comunidad, estimulados en su dinámica por el corpus de valores que la religión proyecta. (p. 377)

Aunque la autora mantiene en la mente — y en su discurso — el trasfondo cultural indio que la lleva a ver en las prácticas y devociones católicas modernas una “transculturación” de los ritos nativos, por ejemplo, en los de la cosecha, sustituidos por la fiesta de San Isidro Labrador, o por los altares llenos de frutas del Jueves del Corpus Christi, en las “rogativas” para atenuar las inclemencias del tiempo atmosférico, en la bendición de las sementeras con la Cruz de Mayo o con el ramo bendito; en las “mandas” o promesas a los santos, en los trisagios, novenas y triduos, en la institución de la fiesta patronal en cada parroquia, en la creación de advocaciones protectoras y la asignación de un santo patrón a cada cofradía artesanal, en fin, todas esas manifestaciones que la antropóloga ve como sustitutos de prácticas o rituales del pasado indígena, a nuestro modo de

ver, son meras coincidencias con las prácticas de las nuevas generaciones, pero las cuales evidencian los frutos de la primera evangelización que se fueron asimilando y moldeando, según las circunstancias de cada región.

### ***Las prácticas religiosas de arraigo popular***

Muchas de las prácticas que encontró la citada antropóloga eran la manera propia —aunque no única— como se expresaba visiblemente la fe de los católicos, siendo característico que se mantuviesen invariables en medio de las guerras y se perpetuasen por encima de los diversos acontecimientos políticos, sin que las turbulencias hubieran interferido en su marcha y sin que sea cierto que en algún periodo se hubiese impuesto la hostilidad anticatólica que algunos atribuyen al liberalismo radical. Por el contrario, estas prácticas, colectivas o privadas, en actos públicos, en los templos, en las calles o en el hogar —sin descartar el fanatismo que en muchos casos las acompañó— testimonian palpablemente que no se trataba solo de modas pasajeras o de actitudes psicológicas, sino que más allá de lo sentimental podría advertirse la fuerza indefinible del Espíritu.

Aunque la vida piadosa de los creyentes se centró especialmente en la Eucaristía, la devoción mariana y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la contraseña del verdadero católico estaba radicada en la recepción de los sacramentos, especialmente, el bautismo, del que ninguno se excluía. A esa costumbre de bautizar casi de inmediato a los recién nacidos, se añadía la de asignarle el nombre, de acuerdo con el santoral católico correspondiente al día del nacimiento, sin reparar en las consecuencias que podría acarrearle a la criatura la suerte de un nombre extraño o muy singular. A tal práctica nos remonta Gabriel García Márquez (2002, p. 77) en sus memorias:

Debí de llamarme Olegario, que era el santo del día, pero nadie tuvo a la mano el santoral, así que me pusieron de urgencia el primer nombre de mi padre seguido por el de José, el carpintero, por ser el patrono de Aracataca y por estar en su mes de marzo.

En cuanto al nombre de su madre Luisa Santiago, explica él mismo que “le cayó en suerte por ser el día del apóstol Santiago el Mayor, decapitado en Jerusalén” pero que ella “ocultó este nombre durante media vida, porque le

parecía masculino y aparatoso” (García Márquez, 2002, p. 58). Sin embargo, en otro lugar de su autobiografía nos muestra que la escogencia del nombre podía tener otras razones, pero siempre ligadas a una motivación religiosa:

El 10 de julio de 1939 mi madre dio a luz una niña con un bello perfil de india, a la que bautizaron con el nombre de Rita por la devoción inagotable que se tenía en la casa por Santa Rita de Casia, fundada, entre otras muchas gracias, en la paciencia con que sobrellevó el mal carácter del marido extraviado. (García Márquez, 2002, p.162)

En cuanto a la piedad eucarística, que se hizo tan sentida a mediados del siglo, hay que recordar que la recepción frecuente y cotidiana de la comunión solamente comenzó a hacerse realidad en la Iglesia a partir de 1905, cuando el papa Pío X, mediante decreto, estableció las dos condiciones suficientes para comulgar: el estado de gracia y la recta intención; en 1910, determinó formalmente que se diese la primera comunión a los niños al llegar al uso de razón o cuando fuesen capaces de distinguir el pan ordinario del pan eucarístico. Estas disposiciones jansenistas sobre la comunión frecuente exageraban tanto los requisitos para la recepción de la comunión que hacían que fuera mejor abstenerse de recibirla, por puro respeto ante ella. Habiendo quedado reafirmado en ambos documentos papales el principio de que la comunión no es la recompensa de la vida moral del cristiano, sino su alimento (Laboa, 2006, t. V, p. 384), la recepción de la comunión se hizo más familiar al pueblo creyente y fue extendiéndose lentamente en Colombia, lo que generó tanto fervor que los templos del país se veían colmados los primeros viernes con una masiva concurrencia de hombres comulgando y los confesores sin dar abasto a multitud de penitentes. Sin embargo, la veneración por el santísimo sacramento, rodeada de un temor reverencial, ya estaba asentada en el país como costumbre social heredada de la época colonial. Esto lo pudo evidenciar Rothlisberger (1992, pp. 142-143) en Bogotá a través del comportamiento que observó en la ceremonia del Viático para los enfermos:

Bajo el palio avanzaba solemnemente el sacerdote, seguido de ordinario por un número no pequeño de gentes con velas encendidas. Este acompañamiento era notablemente más numeroso cuando algún moribundo de rango principal había de recibir el viático. Todos debían descubrirse tan pronto como, a cientos de metros de distancia, se veía avanzar el palio.

La mayor parte de las personas de las clases inferiores caían de hinojos, y en los últimos tiempos hacían lo propio, en medio de la calle, hasta los caballeros distinguidos, no sin antes extender precavidamente su pañuelo. Solo cuando el sacerdote desaparecía por la próxima bocacalle podían ponerse en pie. Hasta la guardia militar estaba obligada a rendir armas, arrodillándose, juntamente con su oficial.

A la recepción de los sacramentos, seguía en importancia la conmemoración de los tiempos litúrgicos, así: a la Cuaresma —con el masivo concurso de fieles el Miércoles de Ceniza, con ayuno riguroso y abstinencia—, seguía la Semana Santa y la Pascua, las cuales se celebraban con solemnidad desbordante y con demostraciones incluso patéticas, como representaciones en vivo de la Pasión y crucifixión del Señor, flagelantes, recorridos de rodillas, etcétera, pero, sobre todo, con vistosas procesiones, que habiendo recogido la herencia colonial, fueron enriqueciéndose en las distintas regiones: Bogotá, Popayán, Tunja, Santa Fe de Antioquia, Jericó, Mompós, Piedecuesta, Pamplona, Sáchica, por mencionar las principales, que aun proyectan esas tradiciones en nuestros días.

La Navidad se celebraba en los cuatro “complejos culturales”, con gran esplendor, pero con sesgos peculiares de cada región, especialmente en las comidas y siempre en torno al pesebre que evoca el misterio de Belén. De esta manera, el viajero Rothlisberger, quien tuvo ocasión de pasar una navidad en Villavicencio, no dudó en afirmar que esta era “la máxima fiesta del año para los colombianos y para los llaneros”. A lo cual añadió:

[...] la Nochebuena es la meta de todos los deseos, el tiempo en que van al pueblo principal a presenciar el incomparable culto y a hacer sus compras para todo el año [...] Era en su conjunto una bella fiesta popular, llena de naturalidad y de cordial alegría en la que todos participaban. (Rothlisberger, 1992, p. 285)

### ***La devoción mariana***

El culto a la Virgen María ocupa el primer rango entre las devociones con arraigo popular, común a los cuatro “complejos culturales” arriba descritos. Entre las fiestas más celebradas, estaba la Inmaculada Concepción (día

para estrenar ropa) que brillaba con singular fasto y belleza, y que se vio fortalecida después de la declaración del dogma en 1854. Las vísperas se ilumina el cielo nacional con la “noche de las velitas”, cuando —según la evocación de Alberto Lleras Camargo— “se prendían hogueras en los patios y los cerros brillaban como lenguas de fuego” (1987, p. 136).

El 8 de diciembre, los niños nos levantábamos a ver elevar la bandera blanca a la Virgen, de la que colgaba una flor de dalia. En cada casa campesina se repetía el acto de fe y se festejaba con un volador lanzado lejos de los niños. (Ochoa, 2017)

Puedo reafirmar la veracidad de este testimonio con ocasión de un viaje por tierra de Bogotá a Bucaramanga el 8 de diciembre de 1990, observando con emoción el ondear casi unánime de las banderas blancas en honor de la Inmaculada Concepción, muchas con las letras ¡Viva María!, desde la salida hasta la entrada al destino final, en las casas de los campos y en los pueblos y en la propia Bucaramanga. Otras manifestaciones marianas como el rezo del rosario, en privado o en familia, el rezo del Ángelus al mediodía o al sonido de las campanas, el empleo de ciertas expresiones verbales, como la interjección “¡eh Ave María!”, tan notoria en el complejo cultural de la montaña, “¡Virgen santísima!”, en señal de sorpresa o conmoción, o el saludo “¡Ave María!”, y la respuesta, “¡Sin pecado concebida!”, que se daban las gentes de Santa Marta, las de a pie y las de a caballo, por los caminos que conducían al río Manzanares, que tanto llamó la atención del francés Eliseo Reclus en su viaje hacia la Sierra Nevada (1859, pp. 101-102). En la frase “Mañana es sábado, día de la Virgen”, que se encierra en la popular canción “La gota fría”, o en la toponimia de ciertos lugares geográficos, como “Los montes de María” o “Flores de María”, se encierra, a nuestro modo de ver, referencias ancestrales a la piedad mariana que inducen a pensar que sus orígenes se remontan a la catequesis de los primeros curas doctrineros, principalmente franciscanos, del Caribe colombiano.

La segunda advocación mariana, en número y popularidad, se concentra en la Virgen del Carmen, patrona de los choferes, pero también de los marineros, de los comerciantes, de la Policía y del Ejército Nacional, así como de muchas otras asociaciones y cofradías, y de la suya propia, que inmortalizó en Bogotá el canónigo Francisco Javier Zaldúa, cuya apoteósica celebración, el 16 de julio de cada año, se perpetúa en la catedral. Emblema

de sus devotos, el escapulario, en oro o en las más humildes artesanías, pende del cuello de adultos y niños. La primera piedra de su hermoso templo gótico en Bogotá fue bendecida por el arzobispo Ismael Perdomo en 1926 y se concluyó en 1938.

Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de los presos, fervoriza todas las prisiones del país el día de su solemnidad (23 de septiembre). La patrona de Colombia es Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, venerada por los papas que han visitado la nación, continúa atrayendo romerías desde la época colonial. Y así puede decirse que no hay ciudad o pueblo que no venera a la Virgen María bajo alguna advocación, sea esta propia del lugar o de rango universal. Pero casi en ninguna ha de faltar la de la Virgen de Fátima, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, María Auxiliadora y Nuestra Señora de los Dolores.

Pero, entre las fiestas marianas la de mayor impacto regional es la de la Candelaria, reconocida como patrona de Cartagena, documentada en fotografías y noticias de periódicos como una convocatoria masiva de los católicos a su procesión que baja del cerro de La Popa, a pasarse por la ciudad, tradición que se prolonga hasta nuestros días. El mismo día, 2 de febrero, pero bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, en Riohacha se celebra inmemorialmente su fiesta patronal, de inmensa popularidad hasta nuestros días, sin distinguos de creyentes o ateos. En esta fiesta y su gran procesión se hallaba Eliseo Reclus en 1859, quien dedicó una minuciosa descripción en su obra:

Una multitud, compuesta en su mayor parte de mujeres y niños, invade la iglesia desde el amanecer para venerar a la Virgen y tejerle guirnaldas de flores, se la adorna con todos sus atavíos, en seguida se la lleva en triunfo y se forma la gran procesión. Los personajes bíblicos figuran en ella: Jesucristo con una barba postiza y pedazos de latón alrededor de la cabeza, Lázaro cubierto de lepra demasiado real, Judas, maniquí vestido a la última moda, Simón de Cirene doblado bajo el peso de la cruz [...] enseguida ángeles y sobre todo innumerables diablos que regocijan al público con sus muecas. Sobresaliendo en el grupo principal, se observa la imagen de la Virgen, que agita sus brazos, gira los ojos dentro de sus órbitas, mueve violentamente los labios; al llegar a la orilla del mar arroja a las olas su corona de papel dorado. Al instante los muchachos completamente desnudos, o cubiertos con una camisa despedazada, se precipitan

al agua para reconquistar la preciosa corona, que vuelven a colocar sobre la cabeza de la imagen. (Reclus, 1855, pp. 164-165)

En cuanto a los santuarios marianos de la nación, son innumerables, pero el que habla más elocuentemente de la antigüedad del culto a Nuestra Señora, es el de las Lajas en Ipiales, Nariño, con raíces coloniales, y con peregrinaciones ininterrumpidas hasta nuestros días.

### ***El santoral católico y las devociones locales***

Desde 1875 —según lo publicó el *Periódico Ilustrado* de ese año— el calendario de las fiestas religiosas o “de guarda” en Colombia, era el siguiente: 1 de enero: la Circuncisión; 6 de enero: Reyes; 2 de febrero: la Purificación; 19 de marzo: San José; 25 de marzo: Anunciación; 29 de marzo: Domingo de Ramos; 2-3 de abril: jueves y viernes Santo; 5 de abril: domingo de Pascua; 12 de abril: domingo de Quasimodo; 14 de mayo: jueves de la Ascensión; 4 de junio: Corpus; 13 de junio: san Antonio; 24 de junio: san Juan Bautista; 29 de junio: san Pedro y san Pablo; 16 de julio: Carmen; 15 de agosto: Asunción; 8 de septiembre: Natividad; 1 de noviembre: los Santos; 8 de diciembre, Inmaculada; 24 de diciembre: Nochebuena; 25 de diciembre: Pascua.

Este calendario eclesiástico se mantuvo vigente hasta mediados de 1983 cuando la Conferencia Episcopal de Colombia determinó modificarlo, atendiendo a que las circunstancias de la vida moderna y la organización de la sociedad habían tornado más difícil la observancia de las fiestas religiosas que ocurren dentro de la semana. En consecuencia, fijó como días de precepto, o sea, con la obligación para los católicos de participar de la santa misa y observar el descanso festivo los siguientes: todos los domingos del año; el 1 de enero solemnidad de Santa María Madre de Dios; el 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María; el 25 de diciembre, Natividad del Señor. Por otra parte, se trasladaron las siguientes fiestas a domingo: Epifanía (o Reyes), Ascensión del Señor, Corpus Christi. Por último, se suprimieron como fiestas de precepto: 19 de marzo (San José); 29 de julio (santos apóstoles Pedro y Pablo); 15 de agosto (Asunción de la Virgen María); 1 de noviembre (fiesta de todos los

santos). Jueves y Viernes Santo no serán de precepto, pero se seguirán celebrando con la acostumbrada solemnidad.

Aunque la Conferencia Episcopal, en su motivación general de la reforma, “recuerda con amor la memoria de los Santos como discípulos e imitadores del Señor”, no tuvo en cuenta las tradiciones regionales de devoción y afecto por ciertos santos, como san Pedro en el Tolima, san Francisco de Asís en el Chocó (fiestas de San Pacho), san Benito de Palermo en Girón, san Agatón, en Mamatoco (Magdalena) etcétera, es un hecho que los fieles de esas localidades han continuado celebrando sus fiestas, según sus costumbres tradicionales, pero más secularizadas, ligadas al turismo y al comercio.

### ***El culto doméstico***

En el interior de las casas se acostumbraba a tener altares con el Crucifijo e imágenes de la Virgen y santos de la devoción de la familia, ante los cuales se rezaba el rosario o se alumbraban con lámparas de aceite, práctica que se conserva aún en muchos hogares, cuyo arte en las imágenes y el estilo de las láminas reenvía a tiempos pretéritos. García Márquez (2002) nos traslada a esos escenarios en la siguiente descripción de su casa natalicia:

En aquel dormitorio había también un altar con santos de tamaño humano, más realistas y tenebrosos que los de la iglesia [...] Yo dormí en la hamaca de al lado, aterrado por el parpadeo de los santos por la lámpara del Santísimo que no fue apagada hasta la muerte de todos, y también allí durmió mi madre de soltera, atormentada por el pavor de los santos (p. 47)

### ***La consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús***

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús se inicia *formalmente* en Colombia en 1867, con el establecimiento del Apostolado de la Oración y la aparición de la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*, dirigida por el presbítero Eulogio Tamayo, cuyo primer número entregó al público el 1 de noviembre de ese año. Sin embargo, tratándose de una devoción que se remonta al siglo XVII, pero con raíces en la Edad Media, cuyo iniciador

es san Juan Eudes y que fue asumida con tanto afecto y entusiasmo por los papas, podría decirse que pertenece al depósito de la fe católica: en 1856, Pío IX incluyó su fiesta en el calendario litúrgico y consagró el mes de junio a esta devoción; en 1870, en París el episcopado francés consagró la nación a su nombre y se dio comienzo a la construcción de la basílica de Montmartre, que se convirtió en un centro de peregrinaciones de todo el mundo; en 1872 los jesuitas, que dedicaron sus energías a la propagación de la devoción, consagraron todas sus provincias al Sagrado Corazón; en 1899, León XIII realizó la consagración del mundo de modo solemne con el objetivo de señalar la soberanía del Sagrado Corazón sobre el universo.

Entre tanto, la devoción fue agrupando a su alrededor otras devociones subsidiarias: la de los nueve primeros viernes, la consagración de las familias, la entronización de su imagen en los hogares, oficinas y lugares públicos, la edificación de templos y monumentos en las ciudades e incrementando el Apostolado de la Oración (fundado en 1859), “principal versión asociativa de esta devoción”; también nacieron cofradías, congregaciones religiosas: padres del Sagrado Corazón, oblatos del Sagrado Corazón, misioneros del Sagrado Corazón, hijos del Sagrado Corazón y más de veinticuatro congregaciones religiosas femeninas (Laboa, 2004, t. V, pp. 383-384).

Con semejantes precedentes no es de extrañar que en el ambiente piadoso de los colombianos prendiera como fuego el entusiasmo por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, uno de cuyos signos más visibles, aparte de los ya mencionados, fueron los monumentos que se levantaron en las partes altas de pueblos y ciudades: Pasto en 1910, Fredonia en 1928, Ocaña en 1936, Bucaramanga (“Morrórico”) en 1942, Mompós en 1960, etcétera (Henríquez de Hernández, s. f.).

Las comunidades religiosas —en cabeza siempre los jesuitas— fomentaron con entusiasmo en sus parroquias y colegios la devoción, estableciendo el Apostolado de la Oración en infinidad de lugares, de manera que en 1894 esta actividad contaba con 11 578 centros y 176 270 afiliados, mientras el *Mensajero del Corazón de Jesús* editaba un tiraje de 3800 ejemplares. Simultáneamente, se iba produciendo la consagración de los municipios “desde Riohacha hasta Ipiales y Barbacoas, desde Panamá hasta Arauca y desde allí a Mocoa” (Henríquez, s. f.); dígase lo mismo de la consagración de los hogares, que se convirtió en un verdadero apostolado: los padres

agustinos recoletos que se hallaban establecidos formalmente en Manizales, desde mayo de 1901, habían logrado en 1905 la Consagración al Corazón de Jesús de 4711 hogares caldenses (Martínez, 2015, p. 490).

En Barranquilla, por iniciativa del padre jesuita, Uldarico Urrutia, fue entronizada su imagen en la sede de la gobernación y consagrado el Atlántico al Divino Corazón, por el gobernador general Eparquio González, el 24 de junio de 1927 (*Revista Javeriana*, 1957, p. 45). Tanto arraigó allí la devoción, que esta fue una de las cosas que llamó la atención del novelista y viajero inglés Christopher Isherwood a su paso por la ciudad en 1947, registrándola en su diario, el 29 de septiembre de ese año:

Por la mañana fuimos al centro para ver al agente de la Compañía que maneja los vapores del Magdalena. En su escritorio tiene un busto de Verdi, y en la pared una reproducción a color del Sagrado Corazón con luces eléctricas rojas y azules. (p. 43)

La consagración de Bogotá se estableció desde 1892, mediante el acuerdo número 10 de ese año, con fundamento en los siguientes considerandos: 1) el Concejo representa a una ciudad que para honra suya tiene la merecida reputación de ser una de las más católicas y piadosas del orbe; 2) es deber de todo pueblo cristiano hacer actos públicos de fe y contribuir a la mayor honra y gloria de Dios; 3) la soberanía social de Nuestro Señor Jesucristo debe ser explícitamente reconocida por los gobiernos católicos. Se acordó entre otros puntos:

Conságrese el municipio de Bogotá al Sagrado Corazón de Jesús; Autorízase al señor presidente del Concejo para que de acuerdo con el ilustrísimo señor arzobispo, determine el modo como deba hacerse la consagración y disponga la fiesta religiosa con que haya de solemnizarse; los miembros del Consejo, el alcalde de la ciudad y los empleados municipales, asistirán en corporación al acto de consagración, lo mismo que a la fiesta que anualmente se celebra en la iglesia catedral en honor del Sagrado Corazón de Jesús. (Henríquez, s. f., p. 82)

De esta fiesta había escrito Rothlisberger (1992, p. 145), pocos años antes:

En la Catedral la máxima fiesta era la del Corazón de Jesús, en cuya ocasión el altar mayor desaparecía prácticamente bajo un artístico mar de

flores. La más selecta música sonaba en tales solemnidades; los coros, lo mismo que en las grandes ceremonias fúnebres, eran realmente soberbios y majestuosos.

En este contexto vino a nacer la propuesta que le hizo el arzobispo Bernardo Herrera Restrepo al gobierno nacional de consagrar el país entero al Corazón de Jesús, para impetrarle el cese de la guerra de los Mil Días, mediante el voto de construir un templo en su honor. En esto, el prelado, que había estudiado en Roma y conocía muy bien de los motivos que habían rodeado la consagración de Francia y la construcción de la basílica de Montmartre al Sagrado Corazón, imitaba la exitosa gestión del episcopado francés; pero debía tener muy presente también que la vecina República del Ecuador —gemela de Colombia por su acendrado catolicismo— se hallaba consagrada al Sagrado Corazón de Jesús por decreto legislativo firmado por el presidente Gabriel García Moreno, el 18 de octubre de 1873. De todas maneras, la idea central de la propuesta del prelado, fechada el 6 de abril de 1902, se concentró en este párrafo:

“Pensamos que es llegado el momento de hacer un voto nacional, obra de todos para el bien de todos, con el cual se perpetúen las oraciones por la paz, la concordia y la unión entre los colombianos y se consiga vivamos todos como hermanos unidos por los vínculos de una misma fe y animados con el fuego de un mismo amor que dimana del Sagrado Corazón de Jesús. El Voto que os proponemos consiste en que, mediante el esfuerzo y la cooperación de todos, se lleve muy pronto a feliz término la iglesia que en honor del Sagrado Corazón de Jesús se está llevando en esta ciudad.

La propuesta encontró inmediata acogida en el presidente de la República, José Manuel Marroquín, y se halla en el Decreto número 820 de 1902, mediante el cual:

El gobierno en su propio nombre y a nombre de la nación que representa hace el Voto que aquel prelado propone, esto es, el de cooperar a la pronta edificación de la iglesia que en honor del Sagrado Corazón se ha empezado a levantar en esta ciudad. (Henríquez, s. f.)

El acto de consagración tuvo lugar el 22 de junio de 1902, cinco meses antes de que culminara la guerra de los Mil Días, cuyo feliz término atribuyeron

los creyentes a la escucha de sus súplicas al Señor. De aquella apoteósica efeméride capitalina quedaron numerosos relatos y descripciones, así como los discursos que se pronunciaron, en especial, el del poeta José María Rivas Groot, los cuales, más allá de la retórica que se le pretende atribuir desde la óptica actual, o de la pompa exterior, lo que testimonian es la unión de un pueblo en torno a una misma fe, como se puede leer en las palabras con las que concluye una crónica de aquella ceremonia: “No es fácil describir lo que sentía el corazón al ver a todo el pueblo, con la suprema autoridad a la cabeza, arrodillado delante de Jesús sacramentado, consagrando la nación entera a su adorable y divino corazón” (Henríquez, s. f.).

Aunque la obra del templo —conocido desde entonces como el Voto Nacional— solo vino a quedar concluida en 1938; en ese mismo sitio y hasta 1970 los diferentes gobiernos cumplieron con la ceremonia de renovación del voto. La última vez tuvo lugar el 5 de junio de 1970 y la hizo el presidente Carlos Lleras Restrepo, en el atrio de la basílica, en el que habló monseñor Ángel Palma, nuncio de la Santa Sede en Colombia (*Revista Javeriana*, 1970, p. 113). Desde 1971, a causa de la progresiva degradación del barrio donde está ubicada la basílica, la ceremonia de consagración se trasladó, de común acuerdo, a la Catedral, hasta 1992, cuando la nueva Constitución de la República la abolió, debido a los siguientes considerandos:

La constitucionalidad de la consagración oficial de Colombia al Sagrado Corazón era plausible durante la vigencia de la anterior Constitución, la cual establecía que la religión católica era la de la Nación y constituía un esencial elemento del orden social. Pero esa consagración oficial vulnera el nuevo ordenamiento constitucional que establece un Estado laico y pluralista, fundado en el reconocimiento de la plena libertad religiosa y la igualdad entre todas las confesiones religiosas. Se trata de una consagración oficial, por medio de la cual el Estado manifiesta una preferencia en asuntos religiosos, lo cual es inconstitucional por cuanto viola la igualdad entre las distintas religiones establecida por la Constitución. Esta discriminación con los otros credos religiosos es aún más clara si se tiene en cuenta que la consagración se efectúa por medio del presidente de la República quien es, según el artículo 188 de la Carta, el símbolo de la unidad nacional. Esa consagración oficial también desconoce la separación entre el Estado y las iglesias, así como la naturaleza laica y pluralista del Estado colombiano. (Corte Constitucional, 1994)

De todas maneras, es claro que la devoción al Sagrado Corazón nunca se inspiró ni tuvo intenciones de consolidar un estado teocrático, ni mucho menos pretendió que la religión estuviera en el centro de la política, a lo sumo se limitó a manifestar la fe connatural de un pueblo para impetrar su misericordia sobre el país y el acierto de los gobernantes en su función política, como lo expresó uno de ellos, Guillermo León Valencia, en las palabras conclusivas de su discurso de posesión como presidente de la República de Colombia el 7 de agosto de 1962:

Al asumir las altísimas funciones de presidente de Colombia hago formal protesta de humildad ante la Majestad de Dios para pedirle que ilumine mi opaca inteligencia, que estimule mi corazón, que fortalezca mi carácter, que agudice mi sensibilidad, que dilate mi pulcritud, que purifique mi patriotismo para que en el ejercicio del mando obre a toda hora como caballero, actúe en todo instante como cristiano que encuentre en su devoción fervorosa por el Sagrado Corazón de Jesús la inspiración de sus actos, el impulso de sus propósitos y la justificación de su conducta. (*Revista Javeriana*, 1962, p. 164)

Sentimientos parecidos, pero fruto de sus arraigadas convicciones de católico fervoroso —sin el más leve atisbo de intenciones políticas— fueron las que dirigía al Corazón de Jesús en 1913 el futuro presidente don Marco Fidel Suárez, en su famosa Oración a Jesucristo, pronunciada el 11 de septiembre en el Primer Congreso Eucarístico Nacional. Suárez gobernaría la nación del 7 de agosto de 1918 al 11 de noviembre de 1921:

A Él, a ese Dios y Rey de nuestras almas, a ese hermano adorado y amigo dulcísimo venimos porque estamos trabajados y abrumados, porque deseamos trocar el yugo que nos agobia por su yugo llevadero y suave, y porque en medio de esta noche social, Él es el camino, la verdad y la vida. Él sabe que hoy en el mundo, Colombia, aunque incipiente y lacerada, es de los pocos pueblos que le confiesan, pues se consagró a su Corazón, ha reconocido legalmente su soberanía y hecho de este Congreso Eucarístico un acontecimiento nacional. ¡Oh, Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre sus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo, y en la llaga de tu corazón guarece las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos. Al darte en comunión eucarística en esta semana dichosa,

tus sacerdotes repiten miles y miles de veces que eres Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y lo pacífica. Danos, pues, la paz, la paz que es don tuyo y prenda de civilización terrenal y de eternal ventura.

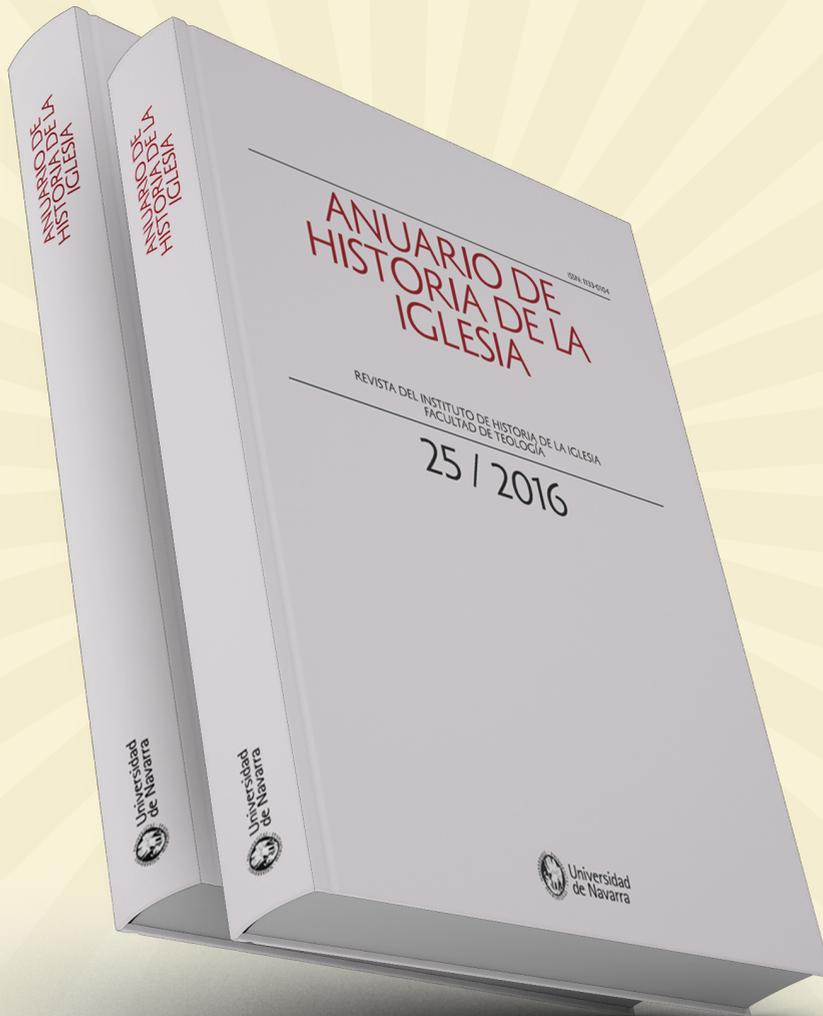
Con la caracterización general del catolicismo colombiano del siglo XX y su entorno sociopolítico, tal como aparece perfilada en las páginas precedentes, hemos querido darle un marco de referencia a la multiplicidad de trabajos de investigación histórica en torno a la Iglesia católica que se han elaborado en Colombia en el siglo XX y primera década del presente, con la seguridad de que, por alguna razón involuntaria, muchas otras y muy valiosas no habrán sido incluidas.

Agradezco a las directivas de la Universidad de San Buenaventura de Cartagena la acogida que le brindaron a este proyecto, sobre todo por respaldar mi preocupación de que la investigación que supuso en su momento la recopilación de este acopio documental, al hallarse tan disperso, no llegara con facilidad a quienes se interesan por el tema, precisamente por haber sido publicados en dos revistas que, a pesar de su gran importancia, son de muy escasa o restringida difusión en Colombia. Finalmente, deseo consignar mi especial agradecimiento a Fray Juan de la Cruz Castellano, quien me animó a sostener inicialmente el proyecto que ahora gracias a las nuevas directivas de la Universidad, ve la luz.

*Luis Carlos Mantilla Ruiz, OFM.*

## Primera parte

### Entre el avance y la insatisfacción: los últimos 50 años de historia de la Iglesia en Colombia (1965-2015)<sup>1</sup>



<sup>1</sup> Este apartado corresponde a un artículo que se publicó originalmente en la Revista Anuario de Historia de la Iglesia (2016), 25, 59-89.



## Introducción

---

La producción bibliográfica sobre historia de la Iglesia católica en Colombia ha sido muy prolífica y variada en sus temas, pero desigual en su metodología y en sus enfoques, lo cual se evidencia de modo particular en estos últimos cincuenta años, periodo característico por los cambios profundos a nivel mundial y dentro de la misma Iglesia. Por ello, antes de investigar cómo se ha desarrollado ese estudio en este periodo, consideramos necesario contextualizar el ambiente ideológico y las otras circunstancias que han podido condicionar esa abundante cosecha bibliográfica.

Como punto de partida se debe tener en cuenta el hecho global de que Colombia, aun conservando en su cultura y en su lenguaje muchos rasgos característicos de su catolicismo de cuna, ha ido consolidando el proceso universal de secularización —tipificado en su Constitución de 1991 y afianzado por la ley estatutaria de libertad religiosa de 1994—, influyendo en los enfoques conceptuales de los autores que han participado en el proceso de rehacer la historia de la Iglesia<sup>2</sup>. Otro punto para tener en cuenta es el avance del pluralismo y del sincretismo religioso, así como la proliferación de nuevas sectas cristianas, que ha puesto al descubierto una realidad incuestionable: que Colombia dejó de ser “el país más católico de América Latina”, como se proclamaba sin mayor sentido crítico en otra época.

Finalmente, se debe tener presente la tragedia cultural que viene sufriendo Colombia desde 1984 —en detrimento de su propia identidad— ocasionada por la supresión de la cátedra de historia patria en las escuelas y los colegios del país, como consecuencia de una polémica surgida en los años setenta sobre la metodología y los contenidos de la enseñanza tradicional

---

<sup>2</sup> Para esa temática puede verse: Grupo de Investigación Religión, Cultura y Sociedad (2001), Ana María Bidegain (1996), José David Cortés Guerrero (1996).

de esta materia que tradicionalmente había sido obligatoria<sup>3</sup>. Quienes insistían en la necesidad de reformar la enseñanza de la historia patria se basaban en que los textos examinados se habían quedado anclados en la etapa de la narrativa de los hechos y en la exaltación de la epopeya bélica de los héroes “con fuertes cargas de nacionalismo y de chauvinismo”. A esa orientación denominada por sus contradictores como “historia de fe”, se le contraponía una historia de análisis, de crítica y de comprobación. Rodolfo de Roux López, el más severo crítico del sistema tradicional, fundamentaba su posición argumentando que los grupos dominantes y sus seguidores habían apelado siempre del pasado para infundir en las masas sentimientos virtuosos, así como para suscitar ideas y actitudes que convinieran al Estado, inculcando una afición servil al pasado, entendido como una sucesión de vidas individuales y ejemplares. A esta orientación se le llamaba *historia de bronce*, porque exteriorizaba el culto a los héroes patrios en actos cívicos populares “y a la transmisión escolar de una cierta memoria histórica” (De Roux López, 1999)<sup>4</sup>. Habiendo prevalecido estos argumentos sobre la opinión de quienes insistían en la continuidad del sistema tradicional, se vino a caer en la situación a la que estamos abocados hoy, sin “héroes” patrios y sin conocimiento del pasado, pero con una creciente tendencia a la construcción de nuevos ídolos.

Consideramos que las circunstancias acabadas de mencionar han tenido una fuerte incidencia en la diferenciación de las dos principales vertientes historiográficas existentes en el país: la tradicional o académica, compuesta mayoritariamente por los historiadores (laicos o eclesiásticos) que escribieron desde la perspectiva eclesial, desde 1965 hasta los años noventa, y

<sup>3</sup> La supresión de la asignatura de historia de Colombia en el pensum de primaria y bachillerato desde 1984 fue para reemplazarla por la de Ciencias Sociales, lo cual, según cierta opinión respetable “no es más que una mixtura de generalidades insulsas de asignaturas que nada en concreto les enseñan a nuestros estudiantes sobre la Historia Patria” (*Semana*, 2012). Aunque nadie conoció las razones ni los argumentos que tuvo el Ministerio de Educación Nacional durante el gobierno del presidente Belisario Betancur (1982-1986) para permitir la abolición de dicha cátedra en los pensum de las escuelas y los colegios públicos y privados de la nación, un estudio reciente ha venido a esclarecer el proceso que condujo a semejante decisión y el papel que en ella tuvieron Jaime Jaramillo y José Orlando Melo, a través de las recomendaciones que “para mejorar la enseñanza de la historia” dirigieron al Ministerio de Educación Nacional en 1971 (Acevedo Tarazona y Samacá Alonso, 2012, pp. 221-244).

<sup>4</sup> En resumen, la tesis de De Roux era esta: “para legitimar su poder y para construir una identidad nacional en las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, las élites criollas forjaron un panteón de héroes patrios destinados a cumplir un papel ejemplar, unificador y estabilizador”, el cual debía ser erradicado.

la que se origina después de 1990 hasta hoy, representada especialmente por historiadores profesionalizados, según las corrientes de moda, casi todos laicos y en número cada vez más creciente, escrita desde puntos de vista distintos de las instituciones religiosas. De todas maneras, pero principalmente en atención a que el periodo cronológico solicitado para esta investigación es puramente convencional, conviene que recordemos el ambiente historiográfico que precedió a la generación de historiadores de la Iglesia que comenzaron a escribir en 1965 o que ya venían haciéndolo en ese año.

### ***La herencia recibida o los ejes de la historiografía eclesiástica colombiana***

La historia de la Iglesia ocupó un lugar prominente en los periódicos y las revistas de las últimas décadas del siglo XIX en Colombia, un país donde la inmensa mayoría de su población era católica practicante, según el legado transmitido por España durante los tres siglos precedentes de colonización.

Pero, los “católicos liberales” de la segunda mitad del siglo, a quienes el pueblo miraba con recelo y consideraba como “enemigos” de la Iglesia, conocían la teología mejor que muchos de los presbíteros y estaban al tanto de las últimas discusiones en torno a religión que se ventilaban en Europa<sup>5</sup>; en todos ellos se admira su interés por la historia de la Iglesia universal. Pero, sobre todo, la multitud de folletos editados en el país, con temas polémicos o apologeticos, biografías edificantes de personajes o las pequeñas historias de parroquias, conventos y misiones, escritas por laicos o eclesiásticos, constituyen el mejor testimonio del interés colectivo por mantener viva la memoria histórica de la Iglesia en Colombia. No obstante, todavía en la segunda mitad del siglo XIX no se disponía de un cuerpo histórico sobre el pasado de la Iglesia, como pudieran tenerlo otros países latinoamericanos, como México o Argentina, lo que producía una insatisfacción generalizada que salta a la vista de distintos modos. Con esta insatisfacción y con el deseo de responder a esa necesidad brotó la que habría de ser la mejor herencia a la cultura nacional que le dejó el siglo

---

<sup>5</sup> He tratado detenidamente estos aspectos en el capítulo I de mi libro *La guerra religiosa de Mosquera o la lucha contra el poder temporal de la Iglesia en Colombia (1861-1878)*.

XIX, la muy documentada *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, de don José Manuel Groot, publicada en Bogotá en 1869, cuya primera edición en tres tomos se agotó rápidamente, apareciendo una segunda en cinco tomos entre 1889 y 1893, la cual alcanzó el mismo éxito editorial.

Sin embargo, en 1902, se creó la Academia Nacional de la Historia y con ella hizo su aparición el *Boletín de Historia y Antigüedades* como su órgano de difusión, por lo tanto, este se convirtió, desde sus inicios, en el mejor repositorio de los trabajos sobre historia de la Iglesia en Colombia, que fueron muchos y muy novedosos en sus aportes<sup>6</sup>. El nacimiento de la Academia fue un notable acontecimiento que marcó el inicio de una historiografía propia de la institución, con un significativo espacio para la historia de la Iglesia, la cual dominó durante todo el siglo XX, caracterizada por el interés de sus investigadores en allegar nuevas fuentes y la cuidadosa hermenéutica de estas, que se tradujo en una respetuosa cautela en no dejar mucho vuelo a la imaginación, todo con el fin de salvaguardar el propósito supremo del que se impuso como lema de la corporación: *Veritas ante omnia*.

Por consiguiente, sería un anacronismo si a esa primera generación de historiadores de la Iglesia en Colombia se le exigiera el supuesto rigor de los métodos de la historiografía moderna, porque ninguno de ellos tenía la formación profesional que hoy se presume, todos eran artesanos, y si en nuestro medio había penetrado el influjo de alguna corriente, esta fue el positivismo histórico de fines del siglo XIX, que intentaba reconstruir objetivamente los acontecimientos en sí mismos; pero, a diferencia de los historiadores extranjeros, los nuestros criollos se mostraban menos obsesionados en el examen crítico de los acontecimientos, tal vez porque no dudaban de la autenticidad objetiva de los documentos.

En este sentido, la primera generación de historiadores de la Iglesia en Colombia —que no fueron solamente eclesiásticos— sentó las bases de un método que se fundaba en la observancia de las normas del recto pensar, atenta a la puntualización y a la rectificación de datos equivocados, guiada

---

<sup>6</sup> Esto fue ya en el segundo número, correspondiente a octubre de 1902 (vol. 1 pp. 63-90) y después se continuó a lo largo de una ininterrumpida sucesión de entregas hasta el 2012. El catálogo completo de los artículos relacionados con la Iglesia lo publiqué en *La Historia de la Iglesia en Colombia a través del Boletín de Historia y Antigüedades* (2002, pp. 653-693).

por la convicción de que solo a base de sucesivos hallazgos en los archivos podía descubrirse la verdad sobre nuestro pasado nacional.

A esta cátedra concurren, cuando aún eran aprendices, talentos superiores como el del padre Pedro de Leturia, S.I. (Zumárraga, 1891), organizador y primer decano de la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana de Roma (1932-1954), quien vino como profesor de historia al Colegio de San Bartolomé en Bogotá, de 1914 hasta 1918, siendo este su primer encuentro con la realidad americana que habría de marcar su vocación hispano americanista. Su método, que encajaba con el de los fundadores y miembros de la primera generación de la Academia Colombiana de Historia, a la cual fue asociado desde el primer momento, fue recogido años más tarde por colombianos que tuvieron la fortuna de ganar el doctorado en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana, por él fundada, entre quienes se cuentan los nombres del presbítero Alfonso María Pinilla Cote, de la diócesis de Nueva Pamplona, y fray Alberto Lee López, de la Orden Franciscana. Ambos recibieron lecciones del padre Leturia y ambos comenzaron sus respectivas tesis doctorales bajo su dirección, comenzando la década del cincuenta, pero uno y otro sufrieron más adelante la frustración que les produjo su muerte imprevista, viéndose precisados a proseguirla, hasta concluirla bajo la guía de otros eminentes profesores, pero sobre la orientación trazada por el “sabio americanista”, que los había centrado en el Archivo Vaticano y en el Archivo General de Indias, respectivamente<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> A su regreso a la patria, fray Alberto fue invitado de inmediato a la Academia, cuyo ingreso como correspondiente tuvo lugar en 1960 y su elevación a la categoría de numerario al año siguiente. Pinilla Cote, quien había terminado su tesis doctoral en 1953, regresó a su Pamplona natal y se entregó de lleno a la docencia y a altos ministerios dentro de la diócesis. La Academia que ya tenía noticias de su preparación, lo asoció a la nómina de los correspondientes en 1987 y a la de numerario en 1993. En su discurso de posesión dentro de esta categoría declaró sus vínculos intelectuales con la Facultad de Historia de la Universidad Gregoriana: “Siempre intenté conducir el proceso esencial de mis trabajos dentro de las normas que, para la feliz marcha de la investigación, me inculcaron profesores insignes, al frente de los cuales iba, como vive presente en mi memoria, el padre Pedro de Leturia, sabio de los mejor apercibidos en el conocimiento de los asuntos americanos”. Más adelante, recordaba que, en Roma, el maestro al evocar sus emociones de volver a Bogotá, a él y a José Manuel Rivas Sacconi, “nos juntaba a su lado, porque anhelaba él que, entre los colombianos que amamos estos temas, hubiera unidad práctica y metodológica en la exposición de la historia” (1993, vol. 80, pp. 11-12). También fray Alberto Lee, en su discurso de posesión como académico numerario había enlazado el nombre del jesuita en su formación como historiador: “El padre Leturia fue mi consejero y patrono de tesis hasta el día de su intempestiva muerte”. Ambos historiadores fallecieron muchos años después tras

## **La historiografía colombiana a partir de la “nueva historia”**

Según lo que acabamos de decir, cuando en 1976 hace su aparición el *Manual de Historia de Colombia*, como emblema de la corriente que se auto proclamó como la “nueva historia”, los investigadores que se habían interesado

---

haber dejado una impronta significativa en la historiografía nacional: fray Alberto Lee López falleció en diciembre de 1992 y el presbítero Pinilla Cote lo siguió a la tumba dos años después (31 de octubre de 1994). *El Boletín de Historia y Antigüedades* se enriqueció particularmente con seis de sus trabajos (pioneros y clásicos): “Clero indígena en el arzobispado de Santafé en el siglo XVI”, que fue su discurso de posesión como Miembro de Número de la Academia (1963, vol. 50, pp. 3-86), cuyo valor documental aparece atestiguado por las 160 referencias del Archivo General de Indias y del Archivo General de la Nación. También se encuentra “Gonzalo Bermúdez, primer catedrático de la lengua general de los chibchas”, en el que se ocupa de la controversia por la enseñanza de la lengua, a que dio origen la Real Cédula que se recibió a principios de julio de 1581 en Santafé, por la cual se ordenaba a la Real Audiencia instituir una cátedra de la lengua general de los indios del Nuevo Reino de Granada; apoyado también en numerosas referencias al AGI y al AGN; “Cuarto centenario de la fundación del Hospital de San Juan de Dios, por obra del arzobispo fray Juan de los Barrios, el 21 de octubre de 1564” (1964, vol. 51, pp. 501-519, datos documentales inéditos); “El Colegio Seminario de San Luis de Tolosa”, con ocasión del Centenario del Seminario Conciliar de Bogotá (1982, vol. 69, pp. 11-71); “Historia de la Cofradía y la iglesia de la Santa Veracruz en Bogotá” (1996, vol. 53, pp. 467-487); “¿Cumplió 400 años la iglesia de San Francisco en Bogotá?” (1967, vol. 54, pp. 399-415). Si bien fueron más escasos en el Boletín los trabajos de monseñor Pinilla Cote, y estos se concentran principalmente en sus homilias con ocasión de la recordación del 20 de julio, o con motivo de alguna efeméride de la Academia, todos ellos representan una auténtica cátedra de filosofía o de teología de la historia: “Providencia e Historia” (1986, vol. 73, pp. 601-605); “El holocausto de los fundadores” (1986, vol. 73, pp. 713-719; 1987, vol. 74, pp. 551-554); Heroísmo por el bien común (1988, vol. 75, pp. 957-962) las cuales confluyen en dos artículos que son culminantes en la materia: “En el 85 aniversario de la fundación de la Academia Colombiana de Historia: El Integrismo: cruzada y rebeldía” (1987, vol. 74, pp. 495-521), con el cual hizo su ingreso a la Academia, donde declara sus aficiones críticas en el seguimiento de las huellas de los acontecimientos, para comprobarlos científicamente y apreciar su valor por la resonancia que tuvieron, en este caso siguiendo la ideología del Integrismo a través de cuatro etapas históricas. También “La Historia: ¿alabanza o diatriba?” (1993, vol. 80, pp. 11-21) que fue su discurso de posesión como Miembro de Número, pero en el cual, como si presintiera la cercanía de la muerte, dejó hondas reflexiones sobre el papel que juega la historia y su inconformismo con la manera de reconstruir el pasado al subordinar los hechos a la ideología del historiador. Reconstruir la historia era para él una ardua labor, porque su verdad, la de la historia reconstruida, no se deduce, como en los sistemas metafísicos, de principios abstractos, universales e inmutables, sino de la observación atenta de los hechos singulares, sobre noticias de testigos. Percibir un hecho no constituye ciencia alguna, pero despojar las referencias de todo aderezo legendario y estudiar la relación causal entre uno y otro suceso, eso sí merece llamarse trabajo científico, tarea por la que se distingue el verdadero historiador de cualesquiera narradores que, al escribir, no expresan sino sentimientos, o peor aún, sus prejuicios. El historiador auténtico no escribe para sugerir lecciones, que corresponden a sociólogos, ni para dar aplicaciones. Él ante todo informa, sin que esto signifique permanecer tan lejos de lo averiguado, como si él mismo no fuera racional. Ningún historiador dejará de pronunciarse acerca de la escena que ha reconstruido penosamente, según sea la filosofía que lo inspire. Vitam impendere vero gastarle la vida a la verdad (1987, vol. 74, p. 551).

por la Iglesia católica traían ya muy bien afianzada su concepción de la historia y su orientación metodológica, de tal manera que, las novedades pregonadas por los artífices del nuevo movimiento chocaron con quienes consideraban que la forma narrativa, rigurosamente cronológica y fiel a las fuentes eran los elementos fundamentales e insustituibles del trabajo de un buen historiador, de inmediato rechazaron su “libertinaje” en la interpretación de los textos históricos, por lo tanto, no se interesaron por las áreas que ellos consideraban como las únicas esenciales en la historia del país (la política y la economía), pero, sobre todo, rehuyeron el lenguaje nuevo, característico de sus textos, con desafecto hacia las tradiciones patrias y, sobre todo, la sujeción a los paradigmas de la historia francesa y norteamericana, en oposición a la herencia historiográfica tradicional.

Finalmente, se sintieron desconcertados por la exclusión que adoptaron del papel histórico de la Iglesia católica, como se evidenció en el *Manual de Historia de Colombia* —que fue como el espejo del nuevo movimiento— en cuyos tres tomos y veinticuatro capítulos no figura alguno que se relacione con ella<sup>8</sup>; como era de preverse, desde luego, tras la consigna contestataria que proclamaron los fundadores como marco ideológico de la nueva corriente: “clara ruptura con la tradición dominante” y “rechazo de la historiografía tradicional colombiana por heroica, anecdótica y localista” (Melo, 1999, p. 165)<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Con excepción del artículo *Estado, Iglesia y desamortización*, de Fernando Díaz Díaz (1979, t. II, pp. 411-466).

<sup>9</sup> El “nacimiento” de la “nueva historia” se suele fijar en 1976 con la aparición —auspiciada por el Estado— de la obra colectiva *Manual de historia de Colombia*, editado por Jaime Jaramillo Uribe y que publicó el Instituto Colombiano de Cultura. Para ese año, el historiador Jaramillo Uribe ostentaba una exitosa trayectoria, cuya especialización, fuertemente influenciada por la Escuela de Annales, la había obtenido en Francia, entre 1945 y 1948, y a su regreso a Colombia empezó a regentar la cátedra de historia en la Universidad Nacional, que se prolongó desde 1957 hasta 1970, periodo durante el cual creó la prestigiosa revista *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (1963) y la carrera de Historia (1964). Aunque Jaramillo Uribe (Abejorral, Antioquia, 1917-Bogotá 2015) ha querido disminuir la influencia que le atribuyen sus seguidores, la valoración que estos han hecho de su obra queda bien representada en el juicio que formulaba uno de sus más declarados admiradores en 1999: “Hace cuarenta años los colombianos que iban a las escuelas y colegios de Colombia debían aprender una historia de Colombia centrada en el heroísmo de los conquistadores, en las guerras de independencia y sus próceres y en la sucesión agobiante de batallas, reformas constitucionales y administraciones presidenciales del siglo XIX y XX. El libro clásico de Henao y Arrubla era el ejemplo por excelencia de los textos más o menos moralistas e irrevocablemente áridos, en los que se concentraba la imagen del pasado colombiano que caracterizaba la historia académica y convencional”. Tras esta descalificación de la historiografía anterior el mismo autor concluía: “Hoy, y desde

Esta exclusión en su horizonte de la historiografía, en relación con la Iglesia católica, por una parte, y la descalificación sistemática de su acervo bibliográfico o el desdén por toda aquella cultura representada en ella, ha venido con el paso de los años a agrandar el distanciamiento de los historiadores que tienen por objeto la Iglesia católica, con todas sus instituciones y mediaciones, y los que aun incluyéndola como objeto de sus investigaciones, la utilizan como pretexto de sus discusiones ideológicas o, en el mejor de los casos, la admiten únicamente desde la perspectiva de la historia de las religiones o como un ente social, pero sin tener en cuenta su carácter particular y, sobre todo, las hondas raíces que tiene en la construcción de la historia del país.

### ***Auge y declive de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica***

Tres acontecimientos que auguraban la renovación de los estudios históricos en Colombia tuvieron lugar en 1965: el más relevante fue la fundación de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica, en Medellín, el 15 de mayo, al amparo de la Universidad Pontificia Bolivariana, bajo la rectoría de monseñor Félix Henao Botero y con la aprobación de monseñor Tulio Botero Salazar, arzobispo de Medellín<sup>10</sup>. Los otros dos eventos

---

hace veinte años, los colombianos tienen un pasado en el que han entrado muchos personajes nuevos: los esclavos coloniales, las comunidades indígenas de la colonia, con sus resguardos, los colonizadores del siglo XIX y XX [...] y en vez de un relato acabado y unilateral, producido por aficionados sin mucha formación, la historia de Colombia es una narración abierta, a la que contribuyen decenas y hasta centenares de investigadores, de profesores y estudiantes agrupados en las diversas universidades colombianas y dedicadas profesionalmente al estudio de la historia. Si esto ha ocurrido, si hoy los colombianos tienen un pasado diferente, lo deben en gran parte a Jaime Jaramillo Uribe". En el 2003, con ocasión de la reedición completa de la obra de Jaramillo, el Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, declaraba en la presentación: "Al alba del siglo XXI, es innegable que la historiografía colombiana carecería de la identidad que la define si desconociéramos los aportes fundadores del profesor Jaime Jaramillo Uribe. Su pensamiento humanista y el rigor metodológico de su obra forjaron los cimientos y dieron las pautas del oficio de quienes por décadas nos hemos dedicado al estudio de la historia social, política, cultural y económica del país".

<sup>10</sup> La gobernación de Antioquia le otorgó personería jurídica el 12 de septiembre de 1993, designando como sede Medellín; el Congreso de la República le reconoció el carácter de Academia Nacional, mediante la Ley 77 del 12 de octubre de 1993. La lista de los socios fundadores estuvo integrada por los nombres de los principales escritores de la historia de la Iglesia en ese momento: los presbíteros José Restrepo Posada, Mario Germán Romero, Rafael Gómez Hoyos, José Ignacio Perdomo y los religiosos Alberto Lee López (OFM), Alberto Ariza (OP), José Abel Salazar, Orsa, Jospe Rafael Arboleda (SI) y Juan Manuel Pacheco (SI).

fueron el primer seminario de Métodos de investigación y Enseñanza de la Historia, promovidos por la Academia Colombiana de Historia y la entrega de los diez primeros volúmenes de la *Historia extensa de Colombia*, escrita por miembros de la misma Academia.

El alma de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica, su gestor, impulsor y su verdadero director, fue desde sus inicios y hasta la hora de su muerte, acaecida el 18 de agosto de 1989, el sacerdote claretiano Carlos Eduardo Mesa Gómez, dotado de una sólida formación humanística, bibliófilo consumado, poeta de renombre y latinista clásico, quien, por modestia u otra razón, siempre ocultó su protagonismo en la dirección de la institución. En el discurso de inauguración de la Academia reconoció como “una verdad lastimosa y bochornosa” que la historia eclesiástica del país fuese en gran parte desconocida para los connacionales:

[...] la historiografía eclesiástica de Colombia es exigua, desigual e incompleta, tenemos una opulencia historial inexplorada en grandes zonas, nos falta la obra integral que satisfaga plenamente por la abundancia de documentación, la sabiduría de criterio, la mirada penetrante y de conjunto, nos hace falta el gran libro de la Historia Eclesiástica de Colombia que pueda siquiera equipararse con la historia de la Iglesia Mejicana del jesuita padre Cuevas, nos falta incluso, el modesto y simple texto escolar que a nuestros seminaristas de hoy les haga conocer los héroes y forjadores de nuestro catolicismo (s.f.)

Pero, precisamente, la Academia nacía para transformar ese oscuro panorama en una versión renovada de la historia siguiendo el derrotero que él mismo presentó:

[...] estudiar toda la trayectoria de la Iglesia en Colombia, la penetración del Evangelio, todavía no concluida; la creación y el desarrollo de diócesis, parroquias y circunscripciones eclesiásticas; la actividad múltiple y meritísima de las comunidades religiosas; las expresiones de la cultura a través de universidades, seminarios y colegios; las semblanzas de prelados, sacerdotes, religiosos y laicos que tuvieron su notoria y trascendente actuación en un momento determinado de nuestra Iglesia; el arte religioso en sus varias ramificaciones, la exposición y esclarecimiento de problemas y episodios [...] Todo ello puede y debe ser aportado con objetividad, con rigor científico y con honestidad profesional a las páginas ampliamente

acogedoras de nuestra Revista. (*Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*, 1966, p. 21)

Esta se llamó *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica* y comenzó a publicarse al año siguiente con la entrega correspondiente al trimestre enero-marzo de 1966, cumpliendo el artículo XVIII del Reglamento de la Academia: “La revista constará de dos amplias secciones: la destinada a la historia del pasado y la que reflejará el acontecer contemporáneo de la Iglesia en Colombia a través de los documentos pontificios, episcopales, etc. y de una crónica objetiva y completa”.

A pesar del entusiasmo con el que la Academia dio sus primeros pasos, el cual se reflejó en la regularidad en cuanto a la periodicidad de la revista y a la celebración de las asambleas anuales, pronto comenzaron a verse las debilidades del instituto, siendo la principal la falta de un presupuesto económico adecuado y estable para el sostenimiento, pero, sobre todo, vino a descubrirse que todo el peso de la institución recaía sobre los hombros del padre Mesa y de sus pocos colaboradores más cercanos, sin sueldo, siendo él quien mendigaba para conseguir el dinero para la publicación de la revista y, lo que es peor, para conseguir las colaboraciones.

No obstante, gracias a su ascendencia social en Medellín, donde no le faltaron benefactores, la revista y las asambleas anuales marcharon con cierta regularidad, pero con las estrecheces que se deben suponer. De todas maneras, estas dificultades, sumadas al desentendimiento que fue adoptando la Universidad Pontificia Bolivariana frente a la Academia, sobre todo en lo económico, y el desinterés de muchos de los académicos para colaborar con sus estudios —no siempre de altura académica— los ambiciosos proyectos que habían animado al padre Mesa para la fundación de la Academia fueron languideciendo con el paso de los años y con el deterioro de su salud, de manera que, cuando este meritísimo servidor murió en agosto de 1989, el vacío fue enorme y la elección de su sucesor fue muy difícil, pues se trataba de reemplazar a quien había sido el *factótum* de la institución: sin una sede propia para su funcionamiento y el de la biblioteca por él reunida y organizada, sin un mínimo ahorro, sin un archivo, etcétera. Para colmo de males, en el 2000 se creó un cisma en la Academia —por razones no académicas, sino de poder—, nacidas en la insistencia equivocada del presidente del capítulo de Bogotá de constituirse en sede principal de la Academia, contra

la evidencia de que el derecho fundacional lo tenía Medellín. Lo anterior dio lugar a la creación de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica de Bogotá, con nuevos miembros y con algunos de los supervivientes de la fundación original de Medellín, pero sin publicación alguna que pudiera acreditar los frutos de sus investigaciones.

Por su parte, la *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica* ha continuado de manera muy irregular su publicación, con periodos tan largos de interrupción que han dado pie para que se la considere como ya suprimida (Melo, s. f.). El presidente actual de la Academia es monseñor José Alejandro Castaño Arbeláez, obispo de Cartago, quien ha honrado la memoria de la institución al cumplir sus bodas de oro, con un Simposio histórico que se llevó a cabo en Bogotá a mediados del 2015.

## **Los grandes temas y la producción bibliográfica**

### ***La historia de la Iglesia en Colombia en tres historias generales***

No existe todavía una obra que reúna de manera global la historia de la Iglesia católica en Colombia desde sus inicios hasta estos últimos años. Sin embargo, por su calidad académica y por su extensión cronológica —pues alcanza a cubrir hasta 1767— el intento mejor logrado de tener un cuerpo de historia general se le debe al jesuita Juan Manuel Pacheco (1914-1986), cuyos cuatro volúmenes fueron apareciendo entre 1971 y 1986<sup>11</sup>, dentro de la *Historia extensa de Colombia*, propiciada por la Academia Colombiana de Historia.

Las palabras de la introducción al tomo primero, que sirven a toda la obra, dejan en claro la orientación metodológica de su colosal investigación y

---

<sup>11</sup> Volúmenes XIII/1 a XIII/4: el primero, *La evangelización del Nuevo Reino*, consagrado al siglo XVI, publicado en 1971 (574 pp.); el segundo, bajo el título *La consolidación de la Iglesia*, dedicado al siglo XVII (740 pp.). El tomo tercero, publicado en 1986 con el título *La Iglesia bajo el regalismo de los Borbones* (siglo XVIII), libro primero: *De Felipe V a Carlos III* y el tomo cuarto, continuación del siglo XVIII, libro segundo, titulado *Bajo la Ilustración*, publicado en 1986, 382 pp. Cabe resaltar el penúltimo capítulo (XIV) que titula *El ambiente religioso*, en cuyo tratamiento de los subtemas se anticipa en mucho a la supuesta originalidad que se atribuyen algunos historiadores modernos. Pero, sobre todo, en este tomo, pp. 263 a 287 se encuentra bajo el título *La Iglesia y la Ilustración en el Nuevo Reino de Granada* la mejor monografía histórica sobre el tema.

descubren cuál era la línea de la historiografía eclesiástica de la época, descubriendo, además, rasgos de la semblanza autobiográfica del autor<sup>12</sup>. Tras enunciar las obras más importantes que habían aparecido en los últimos años y resaltar el uso que ha hecho de ellas, añade una verdadera declaración de los principios hermenéuticos en los que ha enmarcado su investigación:

[...] la historia de la Iglesia no puede reducirse a la sola actividad de sus jerarcas, sino que debe abarcar la de todo el pueblo cristiano, pero la falta de investigación sobre este último aspecto nos obliga a reducir nuestro campo de estudio.

Con referencia a la actividad religiosa y misionera, tras presentar las dificultades, los medios y los métodos que se emplearon y las etapas que se recorrieron en la evangelización de los indígenas, declara:

[...] la investigación tiene aún mucho que explorar en este amplísimo campo. [...] Hemos procurado basarnos especialmente en fuentes documentales y contemporáneas de los hechos [...] No tratamos de escribir una obra apologética o de carácter edificante. Hemos querido simplemente narrar lo que sucedió, sin ocultar los defectos de los cristianos, incluso los del mismo clero, pues la Iglesia, aunque es un misterio de santidad en sus elementos constitutivos, es también una realidad humana [...] Hemos tratado de presentar con sinceridad las razones y documentos en que nos fundamos, pero no tenemos interés en mantener nuestras posiciones. Si alguno puede presentar documentos ignorados por nosotros que nos obliguen a modificar nuestras interpretaciones, con gusto lo haremos, pues solo nos guía el deseo de encontrar la verdad histórica [...] Sistemáticamente hemos prescindido de toda polémica y de rectificar datos u opiniones de otros escritores, que a la luz de los nuevos documentos son hoy insostenibles.

---

<sup>12</sup> Así comienza: “Hace precisamente un siglo, 1869, terminaba José Manuel Groot su Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada. Esta historia, pese a sus defectos, es uno de los más importantes jalones de la historiografía nacional, e innegable su influjo en los historiadores que le han seguido. Todavía hoy es la única historia eclesiástica que poseemos, y su consulta sigue siendo imprescindible para el que quiera conocer el origen de nuestra civilización cristiana [...] En el siglo transcurrido desde la terminación de la historia de Groot hasta hoy se han ido publicando nuevas e importantes fuentes, tanto para la historia civil como para la eclesiástica, y han aparecido especialmente en los últimos años, una serie de monografías que imponen una nueva revisión de la historia eclesiástica en Colombia”.

La narrativa limpia, directa, ágil y aún jocosa —cuando apela a la cita de ciertos documentos— hacen que los cuatro volúmenes de esta historia de la Iglesia mantengan toda su vigencia treinta y nueve años después de concluida.

De los diez volúmenes de la *Historia general de la Iglesia en América Latina*, de Cehila (Comisión de estudio de Historia de la Iglesia para América Latina) el tomo VII está dedicado a Colombia y Venezuela y fue publicado en 1981 en la editorial Sígueme de Salamanca<sup>13</sup>, con el propósito de “historiar la Iglesia a nivel continental, de acuerdo con una propuesta historiográfica y teológica predeterminada en la que los pobres, entendidos en sentido técnico teológico, constituyen un lugar tanto teológico como histórico” (Torres Londoño, 1996, pp. 302-305). El profesor Enrique Dussel, presidente de Cehila, en las palabras preliminares a este tomo se anticipó a señalar lo que presentía que iba a ser el mayor reparo de los lectores: “No ha nacido todavía en América Latina una escuela homogénea de historiadores de la Iglesia con igual metodología crítica”; pero, a la vez, se auguraba que esta *Historia General* pudiera contribuir a la gestación de dicha generación

[...] en un momento histórico en el que el continente latinoamericano comienza a tomar conciencia de su existencia como cultura que emerge, como nación que se descubre profundamente dominada, en la que el pueblo sufre una histórica injusticia [...] Esta historia quiere contar la vida, la biografía de la Iglesia, para recordarle sus gestas en favor del pobre y al mismo tiempo la complicidad con los poderosos. Exaltará sus méritos, pero no ocultará sus pecados. Quiere ser crítica y no apologética.

A pesar de estas expectativas, el tomo VII consagrado a Colombia y Venezuela, tampoco consiguió la unidad metodológica a que aspiraba el proyecto Cehila y esta insatisfacción la consignó como “Introducción” Rodolfo Ramón de Roux, entonces sacerdote jesuita, a quien le fue confiada la coordinación del área y quien escribió dos acápite en la última parte del libro. Citamos sus palabras por lo mucho que representan para entender hacia dónde se orientaba la historiografía del momento:

---

<sup>13</sup> Debe tenerse en cuenta que la parte correspondiente a la época colonial en Colombia le fue confiada al padre Juan Manuel Pacheco, quien presentó una síntesis de lo que ya tenía investigado *in extenso* en el tomo I del volumen XIII de la *Historia extensa de Colombia*.

Aunque lo deseable, dentro del proyecto Cehila, era elaborar una historia con una unidad coherente y significativa, los trabajos que aquí se presentan pueden considerarse más bien como monografías yuxtapuestas sobre temas de historia eclesiástica, como valiosos materiales de trabajo para una futura labor de síntesis que tiene que ser obra de una verdadera escuela histórica, de un equipo en el que todos los investigadores posean en común un mismo método, un mismo espíritu. Esta obra común permanece, en el caso del presente volumen, como una esperanza. Circunstancias diversas impidieron la conformación de un equipo que trabajara orgánicamente dentro de las pautas sugeridas por Cehila, de manera que el trabajo de “coordinación” se limitó en gran parte al de “secretaría ejecutiva” [...] Las nuevas perspectivas y enfoques historiográficos que Cehila promueve exigen sin duda la elaboración de nuevas metodologías de trabajo que en este volumen no aparecen. Por el momento, el deseo superó las realizaciones.

En cuanto a los capítulos relativos a la Iglesia en la emancipación y la Iglesia en el siglo XIX, los cuales fueron confiados a Fernán González, otro jesuita, que se presentaban como novedosos y, sobre todo, inéditos, pues no habían sido tratados en la obra del padre Pacheco, el mismo autor se encargó de frustrar las expectativas de los interesados, al advertir que “lamenta tener que reducirse prácticamente al aspecto político, dejando de lado aspectos muy interesantes como el de la vida interna de la Iglesia, el de su auto comprensión, el de la concepción de su labor pastoral y cultural”. Más lamentable resultó para quienes aguardaban mucho de la alta calidad del proyecto de Cehila, la disculpa, innecesaria y sobre todo baladí, que ofreció el mismo padre González:

El hecho de haber sido llamado a última hora a colaborar en esta obra impidió al autor disponer de tiempo suficiente para analizar el abundante material existente, por lo que tuvo que limitarse a ampliar un poco algunos trabajos realizados anteriormente. Por esto, las presentes páginas se dedican de manera primordial a las relaciones entre la Iglesia y los partidos políticos colombianos en el pasado siglo, procurando enmarcar dichas relaciones dentro de su contexto económico y social.

En cuanto a los dos acápites que se reservó el padre Rodolfo de Roux, “La Iglesia colombiana en el periodo 1930-1962” (pp. 517-551) y “La Iglesia colombiana desde 1962” (pp. 559-590) hay que decir que no solo ponen en evidencia la falta de unidad metodológica del tomo, al cambiar la forma narrativa de los acontecimientos por un discurso contra “una Iglesia aliada

con los sectores reaccionarios y tradicionales de la oligarquía colombiana” y que aprovechó para introducir afirmaciones y conceptos personales y denostar las culpas de los jerarcas y de los evangelizadores<sup>14</sup>.

Un nuevo intento de ofrecer la historia de la Iglesia en Colombia ocurrió con motivo y como homenaje al Quinto Centenario del descubrimiento de América, con la publicación de la *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas (siglo XV-XIX)*, en dos tomos, en la famosa editorial BAC (Biblioteca de Autores Cristianos), en 1992, dirigida por el historiador español Pedro Borges Morán. En el primer tomo se tratan los aspectos generales o que se refieren a la Iglesia hispanoamericana y a la de Filipinas y en el segundo se exponen los aspectos territoriales, es decir, el desarrollo de la misma Iglesia en las diversas regiones. Para presentar lo concerniente a la historia de Colombia, fuimos invitados el jesuita Eduardo Cárdenas y el suscrito; encargado el primero de la iglesia diocesana y la evangelización y el segundo de lo relativo a la actividad propiamente misionera a cargo de los religiosos, “con absoluta libertad para la exposición”, pero con instrucciones muy precisas sobre el equilibrio entre la concisión y “una moderada amplitud”, para lo cual era indispensable restringir el recurso a las citas textuales y, en todo caso, renunciar siempre “a una exhaustividad imposible”, por tratarse de una “visión de conjunto”, en la que, por supuesto, debía evitarse el tono apologético y las posturas críticas que deformaran una visión histórica objetiva.

A pesar de la rigurosidad con la que trataron de observarse las recomendaciones metodológicas del editor, las cuales, finalmente, aspiraban a una visión neutral de la totalidad, la percepción generalizada de los críticos fue de insatisfacción, pues, según ellos, en la obra se transparenta “una postura interesada en subrayar las luces de la actuación de la Iglesia en

---

<sup>14</sup> Coincidimos en las críticas a la obra en general que este autor ha recogido en su artículo, pero queremos destacar estos conceptos por considerarlos atinentes a lo que hace referencia a Colombia: “Respecto a sus destinatarios, ha terminado siendo una Historia para especialistas y no para los cristianos en general, a lo que ha contribuido también la dificultad de su distribución y su precio. Finalmente, el enorme esfuerzo que se ha hecho por mantener una periodización fija y única para toda América, que apuntase a la «liberación» del continente, según una hipótesis de trabajo determinada previamente, ha sido la causa de que muchos procesos históricos, de gran significación eclesial, hayan quedado fuera de los análisis o hayan sido forzados en su interpretación” (pp. 204-305).

América durante los cuatro siglos elegidos”<sup>15</sup>. Por otra parte, por lo que hemos podido constatar en la práctica, a pesar de los méritos de la obra, su difusión en Colombia fue mínima, y vino prácticamente a quedar en manos de los obispos colombianos que regentaban las diócesis en 1992, como un regalo destinado expresamente para ellos, donado por la Comisión Preparatoria del Quinto Centenario, pero su acceso al público colombiano ha sido sumamente restringido<sup>16</sup>.

Las dificultades que quedan insinuadas en las páginas precedentes, que eran las mismas que encontraban los profesores de historia de la Iglesia en Colombia en los seminarios, al verse carentes de un texto en el que se pudieran apoyarse para sus clases, y el clamor del público, en general, que reclamaba lo mismo. Lo anterior incentivó a algunos sacerdotes ilustrados, aunque no profesionales, a escribir pequeños manuales en la década de los años ochenta, sumamente descriptivos, sin aparato crítico mínimo, en ediciones muy pobres y con un marcado acento apologético, pero que, de alguna manera, ayudaron a salvar el vacío imperdonable que hubiera quedado en la formación de los futuros candidatos al sacerdocio si desconocieran aquellos contenidos. Mencionamos estos trabajos porque, de todas maneras, hacen parte meritoria del proceso de producción historiográfica sobre la Iglesia católica en el periodo propuesto<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> Como recuerdo de nuestra colaboración en el tomo II conservamos con mucho aprecio en nuestro archivo personal una nutrida correspondencia epistolar con Pedro Borges, el editor de la obra, que dan fe tanto de sus preocupaciones académicas como de curiosidades menores que iban ocurriendo en el desenvolvimiento del proyecto (p. 307).

<sup>16</sup> Con el fin de difundir la parte que nos correspondió en esta obra, la Universidad San Buenaventura de Bogotá la publicó, con mínimas variaciones, en un libro de 135 páginas con el título *La evangelización fundante en el Nuevo Reino de Granada*, en el 2002.

<sup>17</sup> Los más representativos son a nuestro modo de ver: *Breve historia de la Iglesia colombiana*, del presbítero Juan Botero Restrepo (1983), fruto de su experiencia como profesor de la cátedra en el Seminario Mayor de Bogotá, para el curso tercero de teología, en cuyo prólogo escribió: “No hemos pretendido tratar en estos apuntes una historia completa de la Iglesia colombiana, obra que está por llevarse a cabo y que quizás logremos más tarde [...] solo hemos querido proporcionar un breve manual, un lineamiento general, una somera pauta para servir de orientación a quienes emprenden el estudio de esta importante rama de la historia del país; con este fin, hemos procurado en cada capítulo citar algunas obras que bien podrían ser utilizadas para ampliar un poco más los conocimientos. No se trata, pues, de una obra profunda, sino de un libro somero, de una introducción a la historia religiosa de nuestra patria, tan desconocida en muchos aspectos. Es este nuestro cometido y no otro, y con este criterio esperamos ser juzgados”. Bajo el seudónimo doctor Humberto Bronx, el presbítero antioqueño Javier Piedrahita Echeverri (La Ceja 1924-Medellín 2006) a quien el moderno historiador L. Javier Ortiz Mesa califica de “guía excepcional por su erudición sobre temas eclesiásticos”, publicó en 1992 la *Historia moderna de*

## **Las diócesis. Obispos y clero**

La historia de las diócesis, o iglesias particulares, en las cuales y desde las cuales existe la Iglesia católica una y única, según la definición del canon 368 del CIC, es un tema importante, pero tardío en la historiografía católica en Colombia, por una parte, porque de las 63 iglesias particulares que existen en el territorio nacional (52 diócesis y 11 vicariatos), la mayoría fueron creadas en la segunda mitad del siglo XX y se considera que aún no tienen material suficiente para historiar; pero, principalmente, porque se ha identificado la historia de una diócesis con la historia de los obispos que la han pastoreado. El caso paradigmático de esta mentalidad está representado en dos estudios clásicos, uno para la diócesis de Santa Marta (García Benítez, 1953), el otro para la arquidiócesis de Bogotá. En el caso de esta última, se tenía la impresión en el clero de esta y aun en sus mismos pastores, que esa historia se hallaba contenida en los tres tomos de las biografías de sus preladados, escritas por monseñor José Restrepo Posada (Arquidiócesis de Bogotá, 1961-1966). En el caso de Santa Marta, madre de las iglesias de Colombia, por haber sido fundada en 1534, ha sucedido lo mismo.

En cuanto a Bogotá, fue el arzobispo cardenal Mario Revollo Bravo (1984-1995) quien a poco de su nombramiento como pastor de la arquidiócesis pensó en la urgente necesidad de la celebración de un Sínodo —el último se había llevado a cabo en 1931, o sea 58 años antes— y tras constatar el gran desconocimiento, pero sobre todo el desinterés que había de la historia de la arquidiócesis, tanto en su clero, como en sus feligreses, “era necesario echar una mirada al pasado a la Iglesia arquidiocesana”. La celebración del sínodo fue anunciada de manera solemne el 17 de noviembre de 1989, y ya para esta fecha el suscrito se hallaba adelantando la tarea de presentar esa “mirada al pasado de la iglesia arquidiocesana”, comisionado por el prelado, la cual dio como resultado el libro de nuestra autoría *Historia de la arquidiócesis de Bogotá, su itinerario evangelizador (1564-1993)*. La lectura de los originales por parte del arzobispo mantuvo en duda su aprobación

---

*la Iglesia colombiana*, actualizada a julio de 1992, un caudal de datos históricos, útiles aun para quienes presumen conocerlos. De carácter más local, pero muy completo en su tratamiento del tema, es el libro *La Iglesia y Antioquia*, del prolífico historiador claretiano Carlos Eduardo Mesa Gómez, también antioqueño (1915-1989) publicado por la Imprenta departamental de Antioquia (1989).

definitiva, pues, según me lo expresaba a través de su canciller, el tratamiento de ciertos temas relacionados con la evangelización, en particular sobre los operarios, le parecían “muy duros” o “demasiado explícitos”. Sin embargo, la publicación del libro fue aprobada finalmente sin restricciones, pero con ciertas *advertencias* en su “Presentación”, las cuales esconden los temores que asaltaban al arzobispo en su momento, el tono sin ambages en la exposición de los hechos y el recurso a citas textuales de ciertos documentos que denunciaban situaciones negativas protagonizadas por los mismos evangelizadores<sup>18</sup>.

En realidad, el deseo de presentar una historia “breve pero completa” de la Arquidiócesis, nos condujo a no dejar de lado los temas relacionados con todos los elementos y las estructuras institucionales de una iglesia local, como puede verse en el enunciado de sus doce capítulos: 1) Los fundamentos jurídicos y organizativos; 2) La circunscripción geográfica y las visitas pastorales; 3) Las estructuras pastorales; 4) Los operarios; 5) El Seminario; 6) Los grandes problemas de la evangelización; 7) Las respuestas a los retos pastorales (sínodos y concilios en la arquidiócesis); 8) Sobre los lugares; 9) Años de cambios y de sufrimientos (1849-1886, el 9 de abril de 1948); 10) La comunicación del mensaje (instrumentos y medios); 11) Días de plenitud y síntesis (el XXXIX Congreso Eucarístico Internacional y las visitas de los papas Pablo VI y Juan Pablo II); 12) Los arzobispos (catálogo actualizado de los 38 arzobispos desde 1564 hasta 1984 y de los obispos coadjutores y auxiliares desde 1864 hasta 1993)<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Estas son sus palabras: “En ningún momento pretendemos pasar por alto los errores que los primeros evangelizadores cometieron. La historia del padre Luis Carlos Mantilla no ha escondido estos episodios, y nos ha hecho ver con claridad la fragilidad humana de aquellos pregoneros que, animados por la fe se convirtieron en los gestores de un proceso que arraigó tan seriamente en nuestros pueblos [...] Quien solo pretenda encontrar puntos negativos en la evangelización de nuestra patria, aquí podría hallar su apoyo. Pero se olvidaría de la objetividad que encierra en sí misma la verdad del Evangelio [...] Con la esperanza puesta en el amor de Dios y reconociendo junto con su misericordia las fidelidades e infidelidades de quienes nos han precedido y de quienes hoy peregrinamos en esta Iglesia de Bogotá, entregamos, con el gozo que procede de nuestra fe, esta Historia de la Arquidiócesis. Aprendamos en ella a discernir la acción del Espíritu que hoy también se manifiesta para nosotros”

<sup>19</sup> La buena acogida que tuvo la aparición del libro quedó registrada en las diversas reseñas de revistas internacionales especializadas, de las cuales destacamos: Elisa Luque Alcaide (1995), Joseph A. Gagliano (1966), León J. Helguera (1995), en *The Americas*, 52/1 (1995), pp. 102-104.

Veinte años después de esta publicación, con ocasión de cumplir la Arquidiócesis 450 años de su creación, los organizadores de la efeméride tuvieron entre las prioridades ofrecer “una investigación con rigor científico”, pero, sobre todo, vista desde la óptica de los laicos. El resultado fue el libro *Arquidiócesis de Bogotá, 450 años, miradas sobre su historia*. Se trata, en realidad, de la compilación de once artículos que, sobre diversos temas, se abordan desde la perspectiva de diferentes especialidades académicas, por lo que trata de mostrar la vida e historia arquidiocesana en estos cuatro siglos y medio de vida (Alzate *et al.*, 2015)<sup>20</sup>.

Otras diócesis han merecido la atención de dos historiadores modernos, la de Medellín, objeto de una tesis de grado en la Universidad de Navarra, del presbítero Iván Darío Toro Jaramillo (1996)<sup>21</sup>, y la de Tunja —creada en 1881—, escrita por el profesor doctor José David Cortés (1998), laico, obra ganadora del Premio Nacional de Cultura en la modalidad de historia en 1997. La primera tiene como eje central la diócesis de Medellín en el periodo 1868-1902, que corresponde a los peores enfrentamientos entre la Iglesia y el Estado; el autor se propone destacar la “definitiva importancia” que tuvo el clero secular en Antioquia y su notable presencia sociológica, siguiendo la metodología de la historia social religiosa según los criterios de Hervé Le Bras en Francia.

En la segunda, Cortés se propone mostrar, no el proceso cronológico y las vicisitudes de su conformación, sino el mundo de la intransigencia que se

<sup>20</sup> Contenido: *Una aproximación a los estudios sobre la Arquidiócesis de Bogotá*, Carlos Mario Alzate Montes, Fabián Leonardo Benavides Silva. *La erección de la Arquidiócesis y sus primeros esfuerzos evangelizadores, 1553-1600*, Juan Fernando Cobo Betancourt. *La formación de los curas de almas en Santafé, 1553-1654*, Estela Restrepo Zea. *La consolidación del clero secular y la recepción del catolicismo tridentino, 1600-1654*, Juan Fernando Cobo Betancourt. *El aporte de la Arquidiócesis de Santafé a la educación, siglos XVI, XVII y XVIII*, Germán Pinilla Monroy, Juan Carlos Lara Acosta. *La Arquidiócesis en el periodo de las guerras de Independencia, 1810-1819*, Ana María Bidegain Greising. *La Arquidiócesis de Bogotá y las reformas liberales de mediados del siglo XIX*, José David Cortés Guerrero. *Los arzobispos de la Arquidiócesis de Bogotá y los Jesuitas en el siglo XIX*, Jorge Enrique Salcedo Martínez. *Arquidiócesis, arquitectura y espíritu del tiempo: Entre la representación y la significación*, Juan Carlos Pérgolis Valsecchi, Mayerly Rosa Villar Lozano. *La Arquidiócesis de Bogotá y la violencia de mediados del siglo XX*, Andrés Mauricio Escobar Herrera. *La Arquidiócesis de Bogotá y la aparición de nuevos actores sociales en el contexto urbano, 1900-2000*, María Teresa Cifuentes Traslaviña, Leopoldo Prieto Páez. El libro se presentó el 22 de abril de 2015 en Corferias.

<sup>21</sup> Aunque con otra metodología, pero de gran valor informativo, no puede dejar de mencionarse la obra de monseñor Javier Piedrahita Echeverri (1988), *Arquidiócesis de Medellín 1868-1988*.

vivió desde la segunda mitad del siglo XIX en Europa Occidental y cómo sectores de la institución eclesiástica y de la élite política y económica en la diócesis de Tunja, influenciados por la misma mentalidad, construyeron en Tunja en el periodo 1881-1918 “una visión de un mundo maniqueo, excluyente e intransigente”, en el cual pretendían que toda la sociedad de la diócesis se viera envuelta.

Desde distintas perspectivas, pero siempre de manera descriptiva y circunscrita a lo institucional, otras diócesis han sido objeto de estudios por parte de historiadores eclesiásticos ocasionales *ad hoc*, especialmente, con motivo de efemérides particulares de la diócesis<sup>22</sup>.

Acerca de los obispos y el clero —no desde la tradicional óptica biográfica, sino de la mentalidad— y en relación con la política y los procesos de secularización o de los diálogos con los grupos armados ilegales, merecen destacarse los trabajos del presbítero Iván Darío Toro Jaramillo (2000), de la arquidiócesis de Medellín, de Ricardo Arias (2003), doctor en Historia de la Universidad de Aix en Provençe y profesor asociado del departamento de Historia de la Universidad de los Andes en Bogotá y de Laura Camila Ramírez Bonilla (2015)<sup>23</sup>.

### ***Los grandes problemas de la evangelización***

El conocimiento de la expansión misional, los métodos de evangelización, la pedagogía misionera, el debate sobre las lenguas nativas, la vida en las doctrinas y todos los temas tocantes con la transmisión del Evangelio en los inicios de la nación, sobresalen en la producción bibliográfica del periodo que nos ocupa, siguiendo el método narrativo con acento en los sacrificios y la ponderación de las extremas dificultades que afrontaron

---

<sup>22</sup> Merecen destacarse los siguientes trabajos: Jesús Efrén Romero (1973); *Apuntes históricos sobre la arquidiócesis de Cali*; Ismael Mejía Calderón (1986), *La arquidiócesis de Bucaramanga, historia de la evangelización en la comarca*; José de Jesús Acosta Mohalem (1999), *Historia de la Iglesia de Pamplona, siglos XVI, XVII y XVIII, desde el descubrimiento y fundación de Pamplona hasta el año de 1785*; Jorge Becerra Jiménez (1993), *Historia de la diócesis de Barranquilla a través de la biografía del padre Pedro María Revollo*, Editorial Banco de la República.

<sup>23</sup> Se trata de su tesis de maestría en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, “en la cual pretende ir más allá de las percepciones estereotipadas sobre las formas de presencia de la Iglesia Católica en la sociedad colombiana”.

los evangelizadores<sup>24</sup>. Para algunos críticos esto significa “tono apologético”. La celebración del quinto centenario de la evangelización, como llamó la Iglesia al Descubrimiento de América, se vio empañado en Colombia, como en casi todos los demás países latinoamericanos, por la fuerte arremetida de los contradictores de la obra de la Iglesia, cuya consecuencia más duradera se vio reflejada en los trabajos de poca monta que resultaron de la celebración<sup>25</sup>. Sin embargo, y de manera bien paradójica, las nuevas tendencias historiográficas han incentivado la curiosidad de algunos investigadores por el tema de la evangelización, aunque casi todos proyectados sobre los aspectos negativos de esta labor o sobre los temas que continúan siendo polémicos, pero resultando de sus pesquisas nuevas miradas útiles para la discusión sobre ese pasado. Entre estos últimos —de autores laicos profesionales en historia— cinco se refieren al periodo colonial y uno a la época contemporánea<sup>26</sup>. En el libro de Mercedes López (2001), *Tiempos para rezar y tiempos para trabajar: la cristianización de las comunidades muiscas durante el siglo XVI*<sup>27</sup>, es ella misma quien declara la intención de su trabajo:

[...] exploro las formas como ocurrieron los procesos de cristianización en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVI, examino

<sup>24</sup> Como trabajos de divulgación, basados en general en fuentes secundarias, merecen citarse los artículos del padre claretiano Carlos Eduardo Mesa Gómez (1915-1988) publicados en la desaparecida revista española *Missionalia Hispanica* entre 1973 y 1974: La enseñanza del catecismo en el Nuevo Reino de Granada; administración de los sacramentos en el Nuevo Reino de Granada; La idolatría y su extirpación en el Nuevo Reino de Granada; Concilios y Sinodos en el Nuevo Reino de Granada, hoy Colombia. Con el fin de aportar nuevos datos acerca de la administración del bautismo, escribí *Los franciscanos y el sacramento del bautismo en el Nuevo Reino de Granada*, (1992, pp. 35-50).

<sup>25</sup> La Conferencia Episcopal de Colombia promovió un Simposio sobre *La Evangelización en Colombia*, que se celebró en la Universidad Javeriana los días 10 y 11 de julio de 1992, cuyas ponencias fueron publicadas con el mismo título, en 1992, con el siguiente anuncio del editor: “el encuentro constituyó un acierto de la Comisión Episcopal para el V Centenario como lo demostró el número, el interés y la asiduidad de los participantes”.

<sup>26</sup> Justo César Aguilar (1999), *Evangelización y colonización, una aproximación a la historia del Putumayo desde la época prehispánica a la colonización agropecuaria*; Roger Pita Pico (2010), *El expolio de los santuarios indígenas durante la Conquista en el Nuevo Reino de Granada. Un debate entre la confrontación religiosa y la ambición*, en *Revista de Historia de América, Conflictos en las doctrinas indígenas del Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII*, en *Cuestiones teológicas* (2013); Juan F. Cobo Betancourt (2012), *Mestizos heraldos de Dios. La ordenación de sacerdotes descendientes de españoles e indígenas en el Nuevo Reino de Granada y la racialización de la diferencia, 1573-1590*; César David Salazar Jiménez (2012), *La fe es por el oído: oralidad, memorismo y catecismo en Colombia a comienzos del siglo XX*.

<sup>27</sup> Investigación ganadora del concurso “Mejores trabajos de historia colonial”, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (cuadernos coloniales), en el 2001.

los esfuerzos coloniales de la Iglesia y de las autoridades para imponer el cristianismo como discurso, el cual a su vez se proponía crear y modelar las prácticas de los colonizados. La conversión, entendida como imposición de devociones, pero también de prácticas occidentales, impulsó la formación de nuevos sujetos y la construcción de nuevas identidades en el contexto colonial.

### ***La atracción de la biografía***

La preferencia tradicional por el género biográfico, como herencia universal, vigente en la actualidad, cubre una buena parte de la producción bibliográfica desde la década de los años sesenta<sup>28</sup> y dentro de ella se destaca la obra de monseñor José Restrepo Posada (1908-1972) el gran heredero del movimiento historiográfico del siglo XIX en sentido estricto, como que su padre fue el connotado historiador don José María Restrepo Sáenz y su abuelo el más importante historiador del siglo XIX, don José Manuel Restrepo y Vélez, autor de la *Historia de la revolución de la República de Colombia*, publicada en París en 1827 en 10 volúmenes, cuyo “Archivo Restrepo”, se compone de 299 volúmenes, tesoro familiar que fue pasando por disposición testamentaria a manos de sus descendientes, entre ellos monseñor José Restrepo quien supo extraer de semejante tesoro muchos materiales para sus investigaciones, hasta la hora de su muerte, que lo encontró activo y acucioso como lo había sido siempre.

Su obra principal está contenida en los tres volúmenes que con el título *Arquidiócesis de Bogotá: datos biográficos de sus prelados*, los cuales fueron apareciendo entre 1961 y 1966, y en ellos se ocupa de cada uno de los obis-

---

<sup>28</sup> Precisamente, en 1960 se inició la serie de grandes biografías, con la del primer arzobispo de Santafé de Bogotá, escrita por presbítero Mario Germán Romero (1960). Contiene el rigor metodológico y una gran primicia documental, como fue el texto completo de las Constituciones sinodales del primer sínodo en 1556, con un índice analítico de estas; obra que se constituyó desde su aparición en un libro clásico e imprescindible, pues aborda, a través de la figura del prelado franciscano, los penosos inicios de la evangelización en Colombia. La segunda biografía, del historiador laico Juan Friede (1961) fue auspiciada por el arzobispado de Popayán y publicada allí mismo en 1961; obra valiosísima por cuanto del obispo Juan del Valle no se tenían hasta entonces sino las compendiosas líneas que le dedicó Antonio de Herrera en sus Décadas. El estudio documental está basado en investigaciones realizadas por el autor en el Archivo General de Indias, en el Archivo General de la Nación en Bogotá y en el Archivo Vaticano. A través de la figura del obispo aparece tratado el indigenismo que será uno de los temas favoritos del autor.

pos que fueron nombrados para regir la arquidiócesis, desde el primero, en 1564 (fray Juan de los Barrios), hasta Bernardo Herrera Restrepo, en 1891. De la admiración que profesamos por esta gigantesca investigación, dejamos constancia en la “Introducción” a nuestro libro *Historia de la Arquidiócesis de Bogotá, su itinerario evangelizador 1564-1993*:

[...] estos volúmenes son como el bordón en el cual tiene que apoyarse todo aquel que quiera recorrer el largo camino de la historia arquidiocesana, porque ellos hacen más fácil y expedito el itinerario, abreviando la investigación, ya que son muchos los capítulos a los que nada nuevo podría agregarse<sup>29</sup>.

La figura de otros obispos muy característicos fue captando la atención de los historiadores a lo largo del siglo XX y todavía en la primera década del presente<sup>30</sup>, así como de otros eclesiásticos que tuvieron grande influjo en la historia del país, como es el caso de san Pedro Claver (Valtierra, 1980; Aristizábal y Splendiani, 2002) y entre las mujeres, santa Laura Montoya, canonizada en el 2014 (Mesa, 1986).

### ***Historia de las misiones y de las órdenes religiosas***

Es cierto que las órdenes religiosas siempre se han ocupado de la propia historia “a veces con voluminosas contribuciones”, como afirma Celina A. Lértora (1996, p. 350). Pero, no como una forma de autosatisfacción por las acciones del pasado, sino como una manera de recrear el contexto eclesial

<sup>29</sup> La inmensa bibliografía de monseñor Restrepo Posada fue recogida por J. León Helguera (1972). En abundancia puede consultarse. mi trabajo *La obra histórica de Monseñor José Restrepo Posada, recordación en el XXV aniversario de su muerte* (Mantilla Ruiz, 1998).

<sup>30</sup> Merecen destacarse: Terrence B. Horgan (s. f.), *El arzobispo Manuel José Mosquera, reformista y pragmático*; Gonzalo Sánchez Zuleta (1977), *Vida y pensamiento del arzobispo Mosquera, 1800-1853, Fernando Caicedo y Flórez*; Gonzalo Sánchez Zuleta (1987) *Vida y pensamiento del arzobispo Mosquera, 1800-1853*; Jaime Álvarez, SI (1975), *El obispo de Pasto Ezequiel Moreno Díaz*; Julio César Orduz (1984), *Monseñor Ismael Perdomo y su tiempo*; Luis Carlos Mantilla Ruiz (1996), *Don Bartolomé Lobo Guerrero, Inquisidor y tercer arzobispo de Santa Fe de Bogotá (1599-1609)*. Según Elisa Luque Alcaide (1997), “es una valiosa aportación para reconstruir la historia de la iglesia colombiana”. También se encuentran Pedro Antonio Ospina Suárez (2001), *Don Hernando Arias de Ugarte, (Bogotá 1561-Lima 1638) el obispo de América del Sur*; Javier Piedrahita, Pbro (1997), *Biografía del ilustrísimo señor Valerio Antonio Jiménez Hoyos, primer obispo de Medellín (1806-1891)*.

y religioso en el que desarrollaron su acción pastoral, cultural y misionera en el país y, por supuesto, también como una tradición intrínseca a la identidad de las mismas órdenes, cuyas crónicas y leyendas iban surgiendo contemporáneamente con la vida de sus mismos fundadores y primeros compañeros. En el caso de Colombia, cuatro órdenes acudieron pronto a su evangelización: dominicos y franciscanos llegaron en 1550, juntamente con los primeros oidores que vinieron a instalar la Real Audiencia; los agustinos llegaron en 1575 y los jesuitas en 1604. Desde entonces, hasta nuestros días las cuatro órdenes han permanecido unidas a la historia nacional de distintas maneras, particularmente, en el campo de la educación y las misiones, así como en el servicio de las parroquias urbanas.

Cada una de las cuatro órdenes ha tenido tradicionalmente historiadores propios, desde la época colonial, con famosos cronistas, cuyas obras son basilares e insustituibles en la historiografía nacional<sup>31</sup>. Paradójicamente, en la época contemporánea solamente los jesuitas y los franciscanos han conseguido avanzar en la confección de la historia completa y crítica de sus provincias<sup>32</sup>, en tanto que los dominicos y los agustinos mantienen al país en la expectativa de contar pronto con ellas al nivel que se merecen sus ejecutorias<sup>33</sup>. Otras comunidades religiosas más modernas han ido dejan-

---

<sup>31</sup> *Recopilación Historial*, de fray Pedro Aguado, franciscano (siglo XVI) y *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*, de fray Pedro Simón, franciscano (siglo XVII); *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*, del dominico fray Alonso de Zamora (terminada en 1696 y publicada en Barcelona en 1701); José Cassini, jesuita, *Historia general de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada*, 1741.

<sup>32</sup> Juan Manuel Pacheco, *Los Jesuitas en Colombia*, tomo 1 (1567-1654); tomo 2 (1654-1696); tomo 3 (1696-1767), publicados entre 1959 y 1989. Su muerte, acaecida en 1986, le impidió cerrar el ciclo completo que se proponía. Luis Carlos Mantilla Ruiz, *Los franciscanos en Colombia*, tomo 1 (1550-1600); tomo 2 (1600-1700); tomo 3 (1700-1830) en 2 volúmenes publicados en el 2000; el autor continúa avanzando el proyecto de concluir la obra total en el tomo IV, previsto para el período 1830-1978.

<sup>33</sup> La Provincia Agustiniense de Nuestra Señora de Gracia en Colombia ha publicado en 1993 y en los 2000 cuatro tomos de escritos varios, que son artículos misceláneos de distintos autores, siendo los principales el padre José Pérez Gómez y el padre Fernando Campo del Pozo. De la riquísima historia de los dominicos en Colombia son pocos los trabajos en estos últimos cincuenta años, salvo algunos temas que figuran en las Actas del IV Congreso Internacional que con motivo del quinto centenario se llevó a cabo en Bogotá del 6 al 10 de septiembre, publicados en el volumen *Los dominicos y el Nuevo Mundo siglos XVIII-XIX*. El historiador laico William Elvis Plata, buen investigador y al parecer muy allegado a los dominicos, ha incursionado con trabajos muy profesionales, cito apenas uno debido al espacio: *Un acercamiento a la participación del clero en la lucha de Independencia de Santa Fe y la Nueva Granada. El caso de los dominicos (1750-1815)*.

do ver sus historias propias, según se ve escritas por autores aficionados, siguiendo un esquema cronológico narrativo de los acontecimientos más relevantes de la comunidad<sup>34</sup>.

La reciente aparición del libro *Las vicisitudes de los jesuitas en Colombia, hacia una historia de la Compañía de Jesús, 1844-1861*, del joven jesuita Jorge Enrique Salcedo M., doctor en Historia por la Universidad de Oxford, presagia una nueva etapa en la profesionalización de la historia de la Compañía de Jesús en el país, después de la nunca bien ponderada obra del padre Juan Manuel Pacheco.

### **Las religiosas**

Clarisas y concepcionistas fundaron sus primeros monasterios en Colombia en el siglo XVI y su presencia continúa floreciente en los mismos lugares y en otros nuevos. Sobre las clarisas no existe todavía una historia integral, por lo cual, últimamente, ha sido objeto del estudio de la historiadora profesional María Constanza Toquica, quien publicó en el 2008 su libro *A falta de oro: linaje, crédito y salvación. Una historia del real convento de Santa Clara de Santa Fe de Bogotá, siglos XVII y XVIII*, cuyos objetivos y enfoques quedan bien insinuados en el mismo título, pero también la imaginación sin límites de la autora pues jamás, en algún documento se le llega a nombrar “real convento”. La misma autora había anticipado muestras de este trabajo en el artículo que publicó en la *Revista Colombiana de Antropología*: “Religiosidad femenina y vida cotidiana en el convento de Santa Clara de Santafé, siglos XVII y XVIII. Una mirada detrás del velo de Johanna de San Esteban”, en el cual pretende establecer una mirada más cercana a la vida del convento, “evadiendo” —según sus palabras— la mediación que el “deber ser” de la documentación normativa impone, impidiendo ver lo que realmente sucedía, todo esto a través de la figura de una monja y de otras protagonistas del convento. Sobre las concepcionistas se pu-

---

Otro historiador laico, no profesional, doctor Antonio José Rivadeneira Vargas, publicó en edición de lujo un volumen intitolado *Los dominicos en Tunja (1550-2001)*.

<sup>34</sup> Bernardo Restrepo Giraldo (1981), *La Orden carmelitana en Colombia 1911*; Aida Cecilia Gálvez Abadía (1996), *Por obligación de conciencia. Los misioneros del Carmen Descalzo en Urabá (Colombia) 1918-1941*; Eleuterio Nebreda (1981), *Los Claretianos en Colombia* (Introducción, adiciones y notas por el padre Carlos E. Mesa CMF); Eladio Agudelo, salesiano (1970), *La obra Salesiana en Colombia*.

blicó, en 1992, el libro de nuestra autoría *Las Concepcionistas en Colombia (1588-1990)*, que recoge, por primera vez, los orígenes y la evolución de la comunidad a través de la fundación de monasterios y los acontecimientos más relevantes, con base en documentación inédita del Archivo General de la Nación de Bogotá. Posteriormente, escribí sobre el mismo tema, desde la perspectiva de vida cotidiana un artículo que intitulé “Carne y espíritu: la dieta alimentaria en el monasterio de la Concepción en Santafé de Bogotá en el siglo XVIII”<sup>35</sup>.

### ***La Independencia***

Uno de los temas invariables en la historiografía de la Iglesia colombiana es el de la participación del clero en su independencia. Uno de los textos clásicos es la obra del presbítero Rafael Gómez Hoyos (1962), *La revolución granadina de 1810*, cuya vigencia se ha prolongado hasta nuestros días. Tras sus huellas han marchado otros eclesiásticos, siendo muy citado el historiador claretiano Roberto María Tisnés (1971) por su voluminosa obra *El clero y la independencia en Santafé (1810-1815)*. La celebración del Bicentenario de la Independencia Nacional incentivó algunos nuevos aportes a esa historiografía que deben ser citados por sus novedosos aportes<sup>36</sup>.

### ***Las colecciones de documentos y la reedición de los cronistas***

La publicación de documentos inéditos —según la tradición historiográfica que considera el documento como el fundamento de la historia y de su reconstrucción— manifiesta el interés de poner a disposición de los investigadores documentación muy difícil o imposible de alcanzar. Uno de los

---

<sup>35</sup> Dos importantes trabajos han rescatado la historia de otras dos comunidades religiosas muy encarnadas en el país: *La Presentación en Colombia* (1972); la Orden de María, conocida popularmente como La Enseñanza, a través del libro de la religiosa española Pilar Foz y Foz (1997), *Mujer y educación en Colombia siglos XVI-XIX: aportaciones del colegio de La Enseñanza 1783-1900*.

<sup>36</sup> Iván Darío Toro Jaramillo (2008), *Clero insurgente y clero realista en la revolución colombiana de la Independencia*; Luis Carlos Mantilla Ruiz (2005), “El clero y la emancipación en el Nuevo Reino de Granada. El caso de los franciscanos”; Luis Carlos Mantilla Ruiz (2011), “El ideario de las órdenes religiosas en la Independencia de Colombia”; Fernán E. González (2011), “Teología de la liberación en el siglo XIX. El uso de la religión católica en las discusiones en torno a la independencia”.

más importantes promotores de esta tarea fue Juan Friede<sup>37</sup>, cuyo trabajo de recopilación documental en el Archivo General de Indias de Sevilla entre 1947 y 1962 constituye la más grande y la mejor contribución a la historia de la Iglesia colombiana en el siglo XVI, por la cantidad de documentos esenciales para este periodo fundacional de la Iglesia<sup>38</sup>.

Lo mismo puede decirse de la reedición que hizo Juan Friede de dos de las principales crónicas coloniales, las de los franciscanos fray Pedro Aguado, reeditada en 1956-1957 y la de fray Pedro Simón en 1978, ambas precedidas de novedosos estudios que demuestran su alta rectitud crítica<sup>39</sup>.

Un acontecimiento bibliográfico nacional de gran importancia lo constituyó en 1968 la aparición de las *Obras completas de la Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo*, religiosa clarisa del monasterio de Tunja, ciudad de donde era oriunda, famosa por su acendrado espíritu místico, según los manuscritos originales que se conservan en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, con introducción, notas e índices elaborados por Darío Achury Valenzuela, en dos tomos. En 1986 el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá realizó la edición facsimilar de la historia de la renovación del lienzo de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona principal de Colombia, escrita por el fraile dominico fray Pedro de Tobar y Buendía, en 1694<sup>40</sup>. Recientemente la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín ha reeditado *la Historia documentada de la Iglesia en Urabá desde el descubrimiento hasta nuestros días*, del carmelita fray Severino de Santa Teresa, pero con la siguiente curiosa advertencia del editor, que evidencia el interés que lo llevó a mutilar esta importante obra publicada en 1955:

---

<sup>37</sup> Juan Friede Alter (1901-1990) laico nacido en Wlawa, aldea de Polonia, cercana a la frontera con Ucrania, obtuvo la nacionalidad colombiana en 1930, su vinculación a la Academia Colombiana de Historia como miembro fue en 1947 y su exaltación a Numerario en 1962. El antropólogo José Eduardo Rueda Enciso ha escrito una excelente biografía con el siguiente título: *Juan Friede 1901-1990: vida y obra de un caballero andante en el trópico*.

<sup>38</sup> Principalmente: *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada desde la instalación de la Real Audiencia (1550-1590)*, de 1975.

<sup>39</sup> *Recopilación Historial* de fray Pedro Aguado y *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, de fray Pedro Simón.

<sup>40</sup> «Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagros de la imagen de la sacratísima Virgen María Madre de Dios Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá».

La obra fue escrita por fray Severino en 5 tomos que este compilador pudo resumir en dos. No fue fácil la tarea por lo denso, profundo, prolijo e interesante que es el trabajo original del sacerdote carmelita. Algunos aspectos, pocos, por cierto, fueron descartados por repetitivos, pero esencialmente nuestro trabajo lo limitamos a excluir, con todo respeto, los temas eminentemente espirituales y otros que tenían que ver con historia religiosa universal. La Universidad Autónoma Latinoamericana (Unaule) espera que usted, amable lector, disfrute esta joya desaparecida inexplicablemente de las bibliotecas del país. (De Tobar y Buendía, 2015)

Después de la muerte de Juan Friede, en 1990, otros investigadores han continuado la publicación de colecciones documentales, especialmente de los siglos XVI a XVIII, con el mismo criterio que animó a ese incansable y sabio historiador<sup>41</sup>.

### ***Religiosidad popular y vida cotidiana***

El estudio de las expresiones populares de la religión católica y su revaloración, a pesar de la importancia que ha ido ganando en las últimas décadas, es un tema muy tardío, pero, sobre todo, muy poco investigado. Sin embargo, el libro *Pueblo y religión en Colombia (1780-1820)* se ocupa completamente del tema y el cual fue uno de los mejores aportes que legó el jesuita Eduardo Cárdenas Guerrero (1926-2006)<sup>42</sup> a la historiografía colombiana. Es la tesis con la cual coronó brillantemente el doctorado en Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad Gregoriana, en 1976, y la cual, por razones absolutamente inexplicables, solo vino a ser publicada en el 2004, siendo esta la última de sus obras.

---

<sup>41</sup> Muy apreciable el aporte del historiador claretiano Gabriel Martínez Reyes (1986), en su libro *Cartas de los obispos de Cartagena de Indias durante el período hispánico 1534-1820*. Debo resaltar entre mis aportes documentales a la historiografía sobre la Iglesia católica, los siguientes trabajos: la correspondencia del arzobispo Hernando Arias de Ugarte, conservada en el Archivo General de Indias, en *Profeta en su tierra: Hernando Arias de Ugarte Vº arzobispo de Santafé de Bogotá*, 2008; numerosas cartas del Archivo General de Indias y del Archivo General de la Nación Bogotá en *Don Bartolomé Lobo Guerrero, Inquisidor y tercer arzobispo de Santafé de Bogotá*, 1997; *Mitra y sable: correspondencia del arzobispo Manuel José Mosquera con su hermano el general Tomás Cipriano (1817-1853)*, 2004; *Fuentes documentales para la historia demográfica de la vida religiosa masculina en el Nuevo Reino de Granada*, 1997.

<sup>42</sup> Una síntesis biográfica suya muy completa fue escrita por Augusto Montenegro González (2007).

En ella se propuso estudiar históricamente el comportamiento religioso del pueblo colombiano en los últimos decenios del periodo colonial y en los primeros años de la república y aunque partió del presupuesto de que la sociedad colombiana había sido profundamente religiosa y había vivido su fe a través de variadas expresiones, quiso ahondar en la historia de las gentes anónimas sobre el modo como se manifestaba concretamente la dimensión religiosa de su existencia. De ahí su recurso preferente a los documentos nacidos en el medio vivo de las parroquias, de los pleitos, de los sermones, de las iglesias y cofradías, de la iconografía, de los juicios criminales o de las fiestas patronales, etcétera. Por ello afirmó: “No intentamos hacer una investigación de historia eclesiástica sino de historia religiosa”.

### ***Las relaciones Iglesia-Estado***

Son muchos los trabajos referidos a las relaciones Iglesia-Estado y de esta con otros organismos de la sociedad, enfocados sobre todo desde la perspectiva sociológica. Ocupa el primer lugar la importante obra del presbítero Alfonso María Pinilla Cote sobre la internunciatura de monseñor Cayetano Baluffi (1837-1842), la primera en Hispanoamérica después de la Independencia (Pinilla Cote, 1988). Entre los eclesiásticos que se han interesado por esta línea investigativa el referente es el jesuita Fernán Enrique González, cuyos libros *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia* (1997) y *Partidos políticos y poder eclesiástico* (1977)<sup>43</sup> ocupan un lugar preferencial de los estudiosos. Otra obra de referencia obligada sobre el tema es la de Jorge Villegas (1981), *Colombia: enfrentamiento Iglesia-Estado (1819-1887)*; en este libro, el autor reconstruye el itinerario de las tensiones entre el poder civil y la Iglesia, desde que el naciente Estado republicano se abrogó el patronato eclesiástico colonial hasta la firma del Concordato entre el Vaticano y el presidente Rafael Núñez el 5 de julio de 1888. Imprescindible también el libro del presbítero Rafael Gómez Hoyos (1972), *La Iglesia y el Estado en el Congreso de Cúcuta*.

La aparición en esta última década de algunos trabajos de Luis Javier Ortiz Mesa, doctorado en la Universidad de Huelva, España, en 1998, ha

---

<sup>43</sup> Más recientemente publicó *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado Nación en Colombia (1839-1900)*, en el 2006.

traído un respiro y nuevos aires a la historiografía sobre la Iglesia católica en sus relaciones con la vida política y económica del país, la participación del clero y los obispos en las guerras civiles, especialmente, en el periodo 1870-1880, con énfasis en Antioquia. Se destaca por el amplísimo acervo de las fuentes primarias y por la exhaustiva bibliografía, pero, sobre todo, por el esclarecimiento de los acontecimientos y su equilibrada interpretación —que superan la visión partidista—, por lo tanto, sus trabajos deben considerarse como valiosos aportes a la historiografía colombiana contemporánea<sup>44</sup>.

En la misma línea metodológica del profesor Ortiz Mesa, y como él, con énfasis en Antioquia, deben destacarse los trabajos de tres historiadoras contemporáneas: Patricia Londoño Vega (2004), Gloria Mercedes Arango (1993) y María del Rosario Vásquez Piñeros (2014). El tema de la participación de la jerarquía eclesiástica en las elecciones presidenciales en dos periodos modernos (1930 y 1949) ha contado con dos esclarecedores estudios contemporáneos.

De gran importancia por la nitidez que ofrece a uno de los periodos más convulsionados, pero menos estudiados con imparcialidad y serenidad, es el de la historiadora Elisa Luque Alcaide (2005). También lo es el libro *La guerra religiosa de Mosquera*, de nuestra autoría (Mantilla Ruiz, 2010), con el que pretendemos aclarar con nuevos argumentos, abundante documentación inédita y fuentes hemerográficas desconocidas y de difícil acceso las luchas entre Iglesia y Estado, entre el general Tomás Cipriano de Mosquera y la jerarquía eclesiástica y buena parte de la sociedad colombiana de la segunda mitad del siglo XIX. Un trabajo muy importante sobre un tema inédito es la tesis de grado del presbítero Mauricio Rueda Beltz (2004) en la que analiza documentalmente, desde una doble perspectiva histórica y jurídica, la convención concordataria que se elaboró entre Colombia y la Santa Sede en 1942, que jamás entró en vigor como tratado internacional.

---

<sup>44</sup> Ver Luis Javier Ortiz Mesa (2005). Por otra parte, el libro *Obispos, clérigos y fieles en pie de guerra, Antioquia 1870-1880*, del 2010, se trata de una obra colectiva del grupo de investigación Religión, Cultura y Sociedad, coordinado por él en la Universidad Nacional, sede Medellín.

## Conclusiones

La revisión historiográfica que acabamos de presentar se ha centrado en los temas que más han atraído el interés de los distintos investigadores de la historia de la Iglesia católica en Colombia en las últimas diez décadas, habiendo superado la principal dificultad que se ofrecía al desarrollo del tema: buscar, recopilar y organizar las obras más relevantes, aunque muchas de ellas ya nos eran familiares y muy trajinadas. Aun así, como nuestro trabajo no podría limitarse únicamente a mencionar las obras a manera de una guía bibliográfica —cuya exhaustividad es imposible—, llegados a este punto final, surge un interrogante que sale a nuestro paso: ¿la historiografía eclesiástica que hace cincuenta años calificaba el citado padre Carlos Eduardo Mesa Gómez, CMF., como “exigua, desigual e incompleta” (Mesa Gómez, 1996)<sup>45</sup>, ha conseguido la renovación que él se prometía con la creación de la Academia Colombiana de Historia? Desafortunadamente, la respuesta no puede ser contundente, a pesar del número de publicaciones y la calidad de muchos de los trabajos, por el contrario, creemos que la insatisfacción manifestada en su momento por el padre Mesa sigue vigente en nuestros días, por los mismos motivos que él anotaba y por otros nuevos. En efecto, todos aquellos historiadores que sostuvieron con entusiasmo y competencia y, sobre todo, con constancia, la tarea investigativa en la segunda mitad del siglo XX, fueron desapareciendo paulatinamente a lo largo de estos cincuenta años, dejando un irremediable vacío en los centros y las academias donde trabajaban y una parálisis en el desarrollo de los temas en los que se habían especializado, sin que haya surgido todavía un grupo significativo de sucesores.

Por otra parte, de entre los eclesiásticos que fueron destinados a especializarse en historia de la Iglesia —nos referimos a casos muy puntuales que conocemos personalmente—, quienes habrían podido llenar en parte esas vacantes, han visto frustrada su carrera cuando al regresar a sus diócesis o a sus provincias, tras un lapso breve como profesores de la materia en los seminarios o en las universidades, se han visto abrumados por las cargas pastorales o han sido uncidos a cargos burocráticos —cuando no a la mitra—, sin tiempo para consultar archivos, ni para escribir, ni aun para terminar las tesis doctorales, lo cual origina, de paso, la dificultad que encuentran los rectores para conseguir un profesor calificado para sus

<sup>45</sup> Discurso pronunciado en el acto de inauguración de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica.

instituciones. Esta falta de nuevos historiadores y la carencia de un clima propicio al avance de la reconstrucción del pasado de la Iglesia católica explicaría, a su vez, por qué el desarrollo tecnológico creciente en estos últimos cincuenta años, que ha facilitado tanto la investigación y reducido al mínimo los ímprobos esfuerzos de antaño, no haya sido aprovechada suficientemente en el medio.

En abundamiento, la supresión de la cátedra de historia patria en 1984 — como lo advertimos desde el comienzo — creó un vacío de tal magnitud en las nuevas generaciones, que las ha dejado desorientadas, sin referentes de la identidad nacional y con una absoluta desarticulación con el presente, de manera que los jóvenes que llegan a optar por la carrera universitaria en historia, después de concluida, reflejan esa carencia en los trabajos que se atreven a publicar. Por su parte, los embates contra el modelo tradicional de escribir la historia de la Iglesia en Colombia, provenientes de la “nueva historia” o de las corrientes similares, no han conseguido más que ahondar la resistencia que se estableció desde el comienzo entre el viejo modelo y las pretensiones de la nueva historiografía orientada por los parámetros de escuelas foráneas<sup>46</sup>. La revisión que hemos adelantado demuestra que, aunque la mayoría de los trabajos han sido escritos desde la perspectiva eclesial — aunque no exclusivamente por eclesiásticos y fieles católicos —, están orientados por la metodología tradicional heredada de los predecesores y mantiene aquellas notas que definen al verdadero historiador: la objetividad como característica esencial y distintiva de la investigación histórica, sin proponerse un resultado predeterminado ni la demostración de una tesis, sino siguiendo el rumbo señalado por el testimonio de los documentos, ni seleccionando su material para demostrar un punto de vista (Lewis, 1979, p. 70).

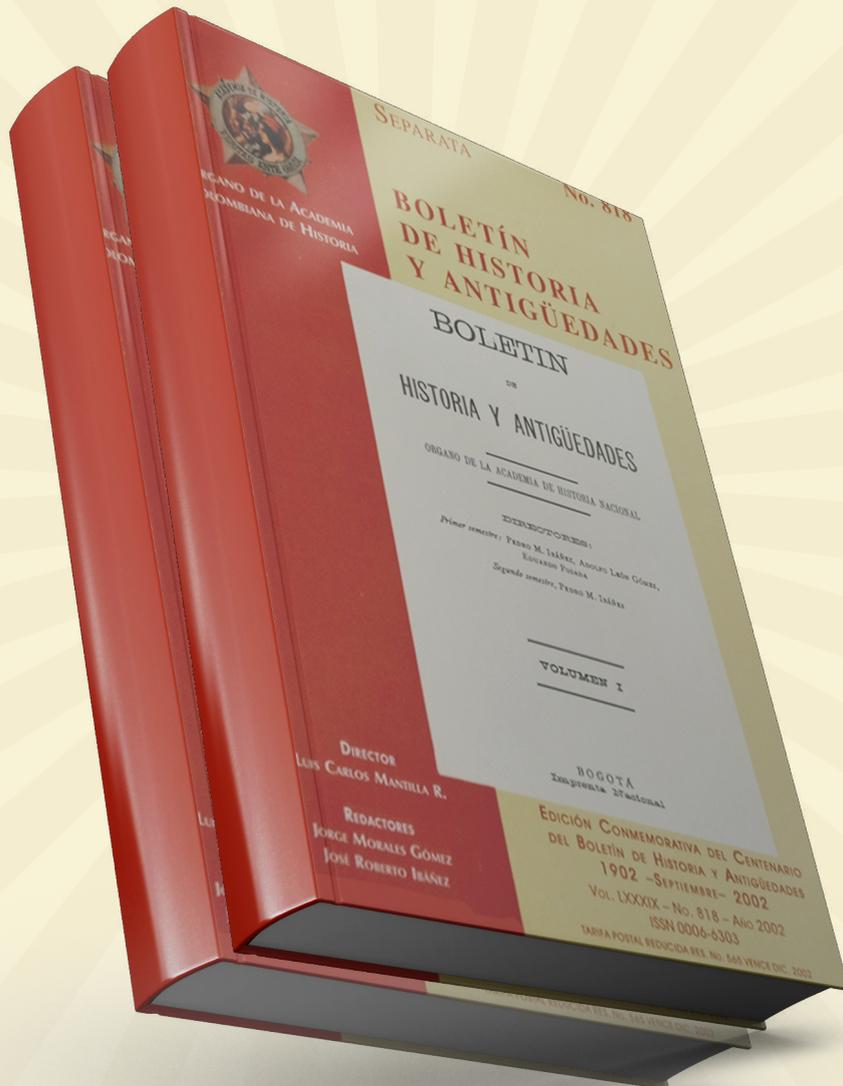
Este es, en definitiva, el tono general que, a nuestro modo de ver, emana de la mayor parte de los trabajos del periodo señalado, cuyo mérito adicional se debe apreciar en la preocupación de sus autores por responder a las expectativas del lector común, que busca en la historia los hechos y prefiere el estilo narrativo sobre el analítico, rehuyendo los escritores profesionalizados por su machacona insistencia en el “examen crítico” y por su lenguaje impenetrable.

---

<sup>46</sup> Las críticas más recurrentes se han centrado sobre: “la falta de profesionalidad”, “la ausencia de rigor crítico”, “la superficialidad”, “el desconocimiento de las corrientes científicas y de las disciplinas sociales desarrolladas a lo largo del siglo XX”, “la ausencia de crítica histórica”, “la falta de teorías y marcos de interpretación”, “el dogmatismo”, “el objetivo apologético”, etcétera.

## Segunda parte

### La historia de la Iglesia en Colombia a través del Boletín de Historia y Antigüedades (1900-2000)<sup>47</sup>



<sup>47</sup> Trabajo publicado en el *Boletín de Historia y Antigüedades* (2002), LXXXIX(818), 2002, 653-683, conmemorativo del Centenario de fundación de la Academia



El *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la Academia Colombiana de Historia, ha venido acumulando a lo largo de sus cien años de existencia un material tan extenso y variado sobre temas eclesiásticos, que este constituye, por su carácter inédito y novedoso, un auténtico tesoro informativo, imprescindible para la reconstrucción documentada de los casi cinco siglos de la historia de la Iglesia católica en Colombia. Es la conclusión general a la que he llegado tras la revisión de los 88 volúmenes que componen la colección centenaria del *Boletín*, aserto que me propongo sustentar a través de las siguientes consideraciones, comenzando por señalar, a grandes rasgos, los precedentes dentro de los que ha venido a encuadrarse el trabajo de los académicos que escribieron sobre estos temas.

### **Los ejes de la historiografía eclesiástica colombiana**

Si algún sector de la vida social en Colombia pudiera pensarse que se hallaba suficientemente ilustrado al comenzar el siglo XX, este sería el de la historia de la Iglesia, dado que el siglo precedente le había dejado como herencia a la cultura nacional la muy documentada *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* de don José Manuel Groot, publicada en Bogotá en 1869, cuya primera edición en tres tomos se agotó rápidamente, apareciendo una segunda en cinco tomos entre 1889 y 1893, que alcanzó el mismo éxito editorial. En la “Introducción”, el autor reveló las motivaciones que precedieron su gigantesco trabajo:

No fue mi ánimo ocuparme de la parte civil ni menos de la política de nuestra historia, sino únicamente del establecimiento y desarrollo de la religión católica en la Nueva Granada, porque me parecía poco honroso para un país católico y civilizado carecer de la historia de su iglesia, y mayormente cuando su clero ha sido tan injustamente calumniado por algunos escritores nacionales de nuestros tiempos, que lo han presentado a las nuevas generaciones como enemigo de las luces y hostil a la causa de la independencia americana...

Deliberadamente, se propuso el señor Groot tratar sobre los orígenes de la iglesia institucional, desde las primeras noticias sobre la siembra del Evangelio, en la época de la conquista y la formación de las doctrinas y parroquias en el territorio conquistado; la erección de las diócesis, la fundación de las órdenes religiosas y obras pías; la sucesión de los obispos y el curso de su gobierno en cada diócesis; lo ocurrido en sus relaciones con la potestad temporal: “todo esto debería ser entresacado de nuestros antiguos cronistas, de documentos originales que yacían sepultados en el polvo de los archivos, para ser puesto en orden y formar un cuerpo de historia eclesiástica nacional”, según sus propias palabras en la “Introducción”.

Sobra decir que, aunque el señor Groot no tuvo la oportunidad de acceder a archivos distintos de los que encontró en la Nueva Granada, y que el recurso a los cronistas fue muy menguado, dado que ni los cronistas franciscanos fray Pedro Aguado ni fray Pedro Simón había visto la luz, su obra sobrepasó sus ambiciones, pues con ella vino a calmar la sed de quienes anhelaban tener una historia a propósito de la Iglesia católica en la Nueva Granada, desde sus orígenes hasta 1830, que es el año en el que finaliza su trabajo. Al respecto, fue mucho lo que aprovecharon aquellos que supieron separar la paja del grano, o sea, distinguir en qué lugares de la obra se hallan las auténticas noticias históricas, y dónde podían andar las opiniones políticas del autor y su propósito “de restablecer la verdad histórica desfigurada y aun falsificada con respecto al estado eclesiástico”, que había declarado en la “Introducción”.

Sin embargo, cuando hizo su aparición el *Boletín de Historia y Antigüedades* y en él se comenzó a escribir sobre temas relacionados con la Iglesia, en el segundo número, correspondiente a octubre de 1902 (pp. 63-90) y después a lo largo de una ininterrumpida sucesión de entregas —siendo escasas aquellas en las que no aparezca al menos un artículo relativo a la historia eclesiástica—, sus autores no parecen haber tenido en cuenta la obra del señor Groot, no solo porque no la mencionan, sino porque cada quien se adentró por caminos nuevos y originales, con la intención de adoptar una nueva documentación, no conocida o no aprovechada por él. Incurriríamos en un anacronismo grotesco, pero sobre todo hipócrita, si a esa primera generación de colaboradores del *Boletín* pretendiéramos pedirles el rigor de los métodos modernos de la historiografía. Ninguno tenía una formación específica en el campo de la historia, todos eran artesanos, pero, a diferen-

cia del positivismo histórico de fines del siglo XIX en Europa, que buscaba reconstruir objetivamente los hechos en sí mismos nuestros historiadores criollos no dudaban de la veracidad objetiva de los documentos.

En este sentido, la primera generación de académicos que escribió en el *Boletín* sobre temas de historia eclesiástica sentó las bases de un método que se fundaba en la observancia de las normas del recto pensar, atento a la puntualización y a la rectificación de datos equivocados, iluminado con la convicción de que solo a base de sucesivos hallazgos en los archivos podía descubrirse la verdad sobre los hechos de nuestro pasado nacional. A esta cátedra concurren cuando aún eran aprendices, talentos como el del padre Pedro de Leturia, fundador años más tarde de la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana de Roma, cuya vocación de americanista nació en contacto con Bogotá y con la Academia Colombia de Historia, antes de que fuera a reforzar sus convicciones en la Universidad de Munich. Es lo que se deduce de sus propios recuerdos, consignados en el preludio a su importante trabajo “La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII a la luz del Archivo Vaticano”, que se escribió para el *Boletín* (1972, pp. 561-567):

Cuando llegué en 1914 a la capital de Colombia, estaba poniéndose sobre Bogotá el sol “santafereño” y el doctor Casas (ese hidalgo que Velásquez hubiera añadido de buen grado al cuadro de *Las Lanzas*) se disponía a involucrarse en la clásica capa española, para despedirse, por última vez, en ronda nostálgica, linterna en mano, de la Santafé de los portalones nobiliarios y de las rejas andaluzas, que se iba para no volver. Acompañé en espíritu a aquél prócer de la raza, que no era una sino legión, y al saborear todo el hispanismo que palpitaba en sus poéticas añoranzas, me convencí, una vez más, que por mucho que cambiaran de traje, ni él ni sus hidalgos compatriotas renunciarían jamás a ser “santafereños” del alma.

Pero su linterna tuvo para mis pupilas un destello revelador, de esos que tal vez parpadean fríamente en los libros, mas que solo queman y convencen en el contacto cálido y persuasivo de la vida. La Santafé de sus fulgores nostálgicos era, sí, la Santafé de la Conquista y los Virreyes, pero era tanto o más la de la emancipación y la “patria boba”, la de Camilo Torres y Bolívar. Tanto o más, sin excluirse ni estorbarse, continuándose y fundiéndose más bien en el amor actual, como se habían continuado y fundido antes en la realidad de la historia. ¿Pues qué? ¿No habían sido una sola, pese a los choques y mutuas incomprensiones políticas, como

era uno el espíritu caballeresco de la raza, su religión y su lengua? ¿No se sentía el santafereño tan santafereño pensando en Bolívar como recordando a Quesada?

Y más de una vez, al contemplar desde lo alto del “cerro de Monserrate” la ciudad adormecida a sus pies, me parecía como si los laureles severos de la tumba del conquistador granadino alargaran a través de bóvedas campanarios sus brazos seculares para confundirse en íntimo amplexo con la fronda joven y rumorosa del “parque de los mártires”: del parque de los mártires que la Nueva Granada democrática y republicana escogió para levantar al Rey del amor y de la raza un templo nacional [...]. Ese amor y esos ensueños revivieron años adelante en mi alma en muy diversas latitudes. Cuando en 1924 terminaba, en Munich, mis estudios doctorales de historia, traté varias veces sobre la moderna historia hispanoamericana...

Fue una feliz coincidencia que el legado de esta vocación hispanoamericana del padre Leturia y, desde luego su método, que encajaba con el de los sabios fundadores y miembros de la primera generación de la Academia Colombiana de Historia, hubieran sido recogidos más tarde a través de tres académicos de número que tuvimos la fortuna de ganar el doctorado en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana, por él fundada. En efecto, entre los primeros alumnos que concurrieron a recibir las lecciones en aquella facultad apenas abrió sus puertas, comenzando la década del cincuenta, se cuentan los nombres del presbítero Alfonso María Pinilla Cote, de la diócesis de Nueva Pamplona y fray Alberto Lee López, de la Orden Franciscana. Ambos recibieron lecciones del padre Leturia y ambos comenzaron sus respectivas tesis doctorales bajo su dirección, pero ambos sufrieron más adelante la frustración que les produjo su muerte imprevista, viéndose precisados a proseguirla, hasta concluirla, bajo el seguimiento de otros profesores, pero sobre la orientación trazada por el “sabio americanista”, que los había centrado en el Archivo Vaticano y en el Archivo General de Indias, respectivamente. A su regreso a la patria, Fray Alberto fue invitado casi de inmediato a la Academia, cuyo ingreso como correspondiente tuvo lugar en 1960 y su elevación a la categoría de numerario al año siguiente, para llenar la vacante dejada por el doctor Luis López de Mesa, al ser declarado miembro honorario de la corporación. Pinilla Cote, que había terminado su tesis doctoral en 1953, regresó a su Pamplona natal y se entregó de lleno a la docencia y a altos ministerios dentro de la diócesis, y a pesar de que la voz común le vaticinaba la mitra,

Dios le tenía otros caminos, por los cuales vino a dar a Bogotá, cierto, muy tardíamente, a dar cuentas de sapiencia regentando por más de una década la cátedra de Historia de la Iglesia en la Universidad de San Buenaventura. La Academia que ya tenía noticias de su altísima preparación, lo asoció a la nómina de los correspondientes en 1987 y a la de numerario en 1993. En su discurso de posesión dentro de esta categoría, declaró sus vínculos intelectuales con la Facultad de Historia de la Universidad Gregoriana:

Siempre intenté conducir el proceso esencial de mis trabajos dentro de las normas que, para la feliz marcha de la investigación, me inculcaron profesores insignes, al frente de los cuales iba, como vive presente en mi memoria, el padre Pedro de Leturia, sabio de los mejor apercebidos en el conocimiento de los asuntos americanos...

Más adelante recordaba que en Roma, el maestro, cuando les evocaba sus emociones de volver a Bogotá, José Manuel Rivas Sacconi y a él, “nos juntaba a su lado, porque anhelaba él que, entre los colombianos que amamos estos temas, hubiera unidad práctica y metodológica en la exposición de la historia...” (1993). También fray Alberto Lee, en su discurso de posesión como académico numerario había enlazado el nombre del jesuita a su formación como historiador: “El padre Leturia fue mi consejero y patrono de tesis hasta el día de su intempestiva muerte”.

Casi treinta años después de que los mencionados académicos dejaron las aulas de la Universidad Gregoriana, fui yo a la misma facultad de historia de la Iglesia, donde ya no existía más que el recuerdo lejano, pero venerado, de su fundador y primer decano, aunque todavía algunos profesores que habían sido sus alumnos o sus colegas dejaban escapar el nombre del padre Leturia, pero, sobre todo, sobrevivía su método y en el pénsum había un lugar privilegiado para la cátedra de historia de la Iglesia en Hispanoamérica. A mi regreso a Colombia, tras conquistar la ambicionada presea, la generosidad de la Academia Colombiana de Historia también me abrió sus puertas e ingresé como su correspondiente en 1983 y en 1992 como numerario. Por inmerecida generosidad de Monseñor Pinilla —como si con su gesto intentara prolongar la articulación con el padre Leturia—, me pidió que en nombre de la Academia le diera respuesta a su discurso de posesión como numerario, el 12 de febrero de 1993. Para esta feliz ocasión

había ya una notable ausencia: la de fray Alberto Lee López, quien había fallecido en diciembre del año anterior. Dos años después le seguiría hacia la tumba Monseñor Pinilla (31 de octubre de 1994).

A pesar de las distancias de edades y de méritos, mayores los de ellos dos, la Academia Colombiana de Historia vino a unirnos a los tres, permitiéndonos compartir nuestras experiencias intelectuales y participar de sus trabajos por algunos años. El *Boletín* se enriqueció particularmente con seis trabajos de fray Alberto Lee: “Clero indígena en el arzobispado de Santafé en el siglo XVI” (1963, pp. 3-86), que fue su discurso de posesión como miembro de número, cuyo valor documental aparece atestiguado por las 160 referencias del Archivo General de Indias y del Archivo General de la Nación. En el artículo “Gonzalo Bermúdez, primer catedrático de la lengua general de los chibchas”, con gran maestría, desvela la controversia por la lengua, a que dio origen la Real Cédula que se recibió a principios de julio de 1581 en Santafé, por la cual se ordenaba a la Real Audiencia instituir una cátedra de la lengua general de los indios del Nuevo Reino de Granada; en este se apoyó en numerosas referencias al AGI y al AGN. Por otra parte, “Cuarto centenario de la Fundación del Hospital de San Juan de Dios” (Lee, 1964, pp. 501-519), por obra del arzobispo fray Juan de los Barrios (datos documentales inéditos); “El Colegio Seminario de San Luis de Tolosa” (Lee, 1982, pp. 11-71), con ocasión del IV Centenario del Seminario Conciliar de Bogotá; “Historia de la Cofradía de la Iglesia de la Santa Veracruz en Bogotá” (Lee, 1966, pp. 467-487); “¿Cumplió 400 años la iglesia de San Francisco en Bogotá?” (Lee, 1967, pp. 399-415).

Si bien fueron más escasos en el *Boletín* los trabajos de monseñor Pinilla Cote y estos se concentran principalmente en sus homilias con ocasión de la recordación del 20 de julio, o con motivo de alguna efeméride de la Academia, todas ellas representan una auténtica cátedra de filosofía o de teología de la historia: “Providencia e historia” (Pinilla Cote, 1986, pp. 601-605); “El holocausto de los fundadores” (Pinilla Cote, 1986, pp. 713-719); “En el 85 aniversario de la fundación de la Academia Colombiana de Historia” (Pinilla Cote, 1987, pp. 551-554); “Heroísmo por el bien común” (Pinilla Cote, 1988, pp. 957-962), los cuales confluyen en dos artículos que son culminantes en la materia: “El Integrismo: cruzada y rebeldía” (Pinilla Cote, 1987, pp. 495-521), con el cual hizo su ingreso a la Academia y en el que declara sus aficiones críticas en el seguimiento de las huellas

de los acontecimientos, para comprobarlos científicamente y apreciar su valor por la resonancia que tuvieron, en este caso, siguiendo la ideología del integrismo a través de cuatro etapas históricas. El segundo artículo es “La Historia: ¿alabanza o diatriba?” (Pinilla Cote, 1993, pp. 11-21) que fue su discurso de posesión como miembro de número, pero en el cual, como si presintiera la cercanía de la muerte, dejó hondas reflexiones sobre su pensamiento sobre el papel que desempeña la historia y su inconformismo con la manera de reconstruir el pasado, al subordinar los hechos a la ideología del historiador.

Para monseñor Pinilla Cote, reconstruir la historia era para él una ardua labor, porque la verdad de la historia reconstruida no se deduce, como en los sistemas metafísicos, de principios abstractos, universales e inmutables, sino de la observación atenta de los hechos singulares, sobre noticias de testigos, etcétera. Percibir un hecho no constituye ciencia alguna, pero despojar las referencias de todo aderezo legendario y estudiar la relación causal entre uno y otro suceso, eso sí merece llamarse trabajo científico, tarea por la que se distingue el verdadero historiador de cualesquiera narradores que, al escribir, no expresan sino sentimientos, o peor aún, sus prejuicios. El historiador auténtico no escribe para sugerir lecciones, que corresponden a sociólogos, ni para dar aplicaciones. Él, ante todo, informa, sin que eso signifique permanecer tan lejos de lo averiguado, como si él mismo no fuera racional. Ningún historiador dejará de pronunciarse acerca de la escena que ha reconstruido penosamente, según sea la filosofía que lo inspire. *Vitam impendere vero* = gastarle la vida a la verdad (Pinilla Cote, 1987, p. 551). Estos pensamientos eran como el testamento intelectual de monseñor Alfonso María Pinilla Cote.

## **Los escritores de historia eclesiástica en el Boletín**

Si bien es cierto que, en su mayoría, los autores de los artículos sobre historia de la Iglesia en el Boletín han sido sacerdotes. —sea del clero diocesano o miembros de comunidades religiosas—, no son pocos los laicos que, en sus páginas, han dejado importantes aportes a la historiografía eclesiástica colombiana. Pero, antes de ocuparnos de ellos, mencionaremos a los primeros.

Fue temprana la acogida que le brindó la Academia a personalidades del clero, siendo uno de los primeros asociados el obispo de Ibarra, monseñor Federico González Suárez, quien era considerado una notabilidad en el campo de la historia por su obra y quien desde su sede episcopal agradeció al doctor Pedro María Ibáñez, el 29 de noviembre de 1904: “el nombramiento de socio honorario de esa respetable corporación, así por el título, en sí mismo, como por los motivos que han estimulado a la Academia a concedérmelo...” (González Suárez, 1905, pp. 91-92). Para 1909, pertenecían a su nómina de honorarios, además del ilustrísimo señor González Suárez, ahora arzobispo de Quito, monseñor Rafael María Carrasquilla y eran miembros correspondientes los doctores Aquilino Niño y Cayo Leonidas Peñuela (de Tunja), así como los doctores Rosendo Pardo y Pedro María Revollo (de Bogotá).

En 1941, ingresó a la Academia el presbítero José Restrepo Posada, quien fue elevado a la categoría de numerario en 1944, para llenar la vacante del maestro Guillermo Valencia. Le habían precedido como numerarios: el hermano Luis Gonzaga, de las Escuelas Cristianas, y los presbíteros doctores José Alejandro Bermúdez y José Manuel Marroquín. A este lo sucedió en su silla el canónigo doctor Juan Crisóstomo García, quien habiendo hecho su ingreso como correspondiente el 15 de octubre de 1923, fue elevado a numerario el 1.º de mayo de 1943 y como honorario el 13 de febrero de 1962. No pretendemos hacer el recuento de los académicos eclesiásticos, en parte, porque este ya lo hizo el académico Oswaldo Díaz (1963, pp. 179-187) en su artículo “Los sacerdotes en la Academia Colombiana”, discurso de bienvenida al padre Roberto Tisnés el día de su posesión como numerario, cuyo elenco sobrepasaba, desde los inicios hasta 1963, el número de 30, y porque aquí solo nos interesa destacar los nombres de aquellos que dejaron una huella notoria en las páginas del Boletín, pues muchos de los nombrados como académicos apenas si alcanzaron a registrar la noticia de su nombramiento, pero no fueron consecuentes con el honor dispensado ni con la responsabilidad que contraían con la Academia.

Sobresale entre los más fecundos constantes y vigorosos colaboradores del Boletín, el nombre de monseñor José Restrepo Posada, quien ciertamente domina sobre todos desde 1941 hasta 1972, año de su muerte, e incluso hasta hoy, tanto por el número de artículos, que sobrepasan los cuarenta, como por su calidad y originalidad. El rigor y la fundamentación en los que

se basan sus trabajos, hicieron de él “una autoridad casi inapelable en la materia”, como diría años más tarde el académico monseñor Alfonso María Pinilla Cote. Si bien otro de sus colegas, monseñor Rafael Gómez Hoyos, había ido más allá, cuando sobrecogido al comparar el gran esfuerzo de Restrepo Posada, en el discurso que pronunció el día de la inauguración de su retrato en la Academia, exagerando su mérito lo llamó “padre de la historia eclesiástica colombiana” (1980, pp. 259-267), como si semejante título no estuviese ya reservado, por las razones de pionero, para don José Manuel Groot.

La memoria de monseñor Restrepo Posada fue honrada en el primer número del *Boletín* de 1974, el cual está consagrado a resaltar su trayectoria como historiador y sus méritos; en él puede leerse el trabajo de J. León Helguera (1974, pp. 27-78): “Apreciaciones breves sobre la obra y la bibliografía de Monseñor José Restrepo Posada 1924-1972”, cuya lectura justifica cuanto acabamos de decir. Para abundar en esas mismas consideraciones, puede leerse mi trabajo “La obra histórica de Monseñor José Restrepo Posada” (1998, pp. 391-409), lectura hecha en la Academia para conmemorar los 25 años de su muerte.

Entre los nombres de otros eclesiásticos más constantes colaboradores en el *Boletín* en la segunda década del siglo XX se encuentran los de monseñor Mario Germán Romero, Juan Manuel Pacheco, Rafael Gómez Hoyos, Roberto María Tisnés, y el mío; y entre los de primera mitad del siglo, los de Juan Crisóstomo García, Gregorio Arcila Robledo y Alberto Ariza, aunque se debe advertir que no todos los trabajos de los mencionados están circunscritos a la historia eclesiástica, pues muchos se refieren a otros campos y personajes de la historia civil colombiana.

Del mismo modo, la contribución de numerosos académicos laicos en el *Boletín* con trabajos sobre temas eclesiásticos nada tiene de extraño, pues siendo la historia eclesiástica la narración de la actividad humana o temporal de la Iglesia, situando los acontecimientos en el momento en el que ocurrieron y explicándolos históricamente, este ejercicio es independiente de que quien lo hace comparta o no la fe del creyente, pues semejante tarea no tiene necesariamente connotaciones de fe, ni implica convicciones de carácter sobrenatural. El tema eclesiástico no es un coto reservado a los eclesiásticos y prueba de que así lo entendieron siempre los académicos.

En el *Boletín* se encuentran numerosos trabajos muy llamativos, de los que solo menciono a manera de ejemplo los siguientes: “Algo sobre el clero antioqueño de antaño”, de José María Restrepo Sáenz (1945, pp. 360-387) en el cual parte de la idea de que “la historia eclesiástica de Santa Fe de Antioquia, desde la fundación de la Villa hasta las vísperas del arribo del Gobernador Valdivia, es muy oscura” presenta unas pinceladas biográficas muy sólidas de 67 eclesiásticos que sirvieron de paso o en periodos largos los divinos oficios en aquella localidad; este artículo fue producto de una indagación en fuentes de primera mano del Archivo Nacional. “La Santísima Virgen en la Historia”, de Luis Martínez Delgado (1954, p. 722-742), es una conferencia leída en el Museo Nacional de Bogotá el 17 de noviembre de 1954 con motivo del Año Mariano y del Centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Por último, se encuentran los artículos “Origen en Colombia de la Orden de los Ermitaños de San Agustín”, de Marco Tulio Vargas (1954, pp. 587-604), y “La Orden Franciscana en América y en Colombia”, del doctor Luis Duque Gómez (1992, pp. 919-923).

## Los temas

Al recapitular los temas que han sido tratados de manera recurrentes en el *Boletín*, se observa que, en numerosos, casos estos han sido incentivados por la celebración de alguna efeméride ligada al hecho o el personaje; en otros, como cuando se trata de las comunidades religiosas, por el interés de sus miembros de realzar las figuras o las obras de sus respectivas órdenes. De todos modos, encontramos que predomina el género biográfico, centrado principalmente en la figura de los obispos o de eclesiásticos de renombre. Otro de los temas favoritos es el que se refiere a la arquidiócesis de Bogotá, no solo porque este era, en gran parte, el centro de los intereses y del afecto del tan mencionado monseñor José Restrepo Posada, sino también porque interesó a otros colaboradores. De igual manera, ocupa un lugar destacado la temática relativa a personajes y obras de las órdenes religiosas, cultivada de modo especial por los académicos pertenecientes a ella; el tema relacionado con los lugares, como iglesias, conventos, ermitas u objetos, como imágenes, etcétera; el tema de las relaciones entre el Estado y la Santa Sede agrupa varios trabajos; asimismo, lo relacionado con la Iglesia en la Independencia y algunos ensayos de reflexión sobre el

papel que ha desempeñado la Iglesia en la cultura o en la evangelización. Hecho el balance de temas, han brotado los nombres de dos personajes, sin duda, muy caros a las aficiones de los historiadores: el virrey Solís y el padre Las Casas, y una pequeña sección de miscelánea.

Habiendo tenido la oportunidad de revisar uno a uno los 89 volúmenes que integran la colección del *Boletín de Historias y Antigüedades*, tras haber tomado nota de cada uno de los trabajos relativos a la historia eclesiástica, deseo presentar el elenco sistemático de esa bibliografía, como un subsidio para quienes se interesan por estos temas, especialmente para los que adelantan investigaciones para una tesis doctoral, haciéndome la ilusión de que las muchas horas gastadas en esta revisión, no solo habrán de servir como el homenaje personal de admiración y reconocimiento a los autores mencionados en este Centenario del Boletín, sino también como una contribución útil a su difusión y al aprovechamiento de otros.

No se tuvieron en cuenta las numerosas reseñas de libros sobre historia eclesiástica que aparecen en el Boletín, ni en general los discursos u homilías pronunciadas con ocasión de distintas efemérides celebradas por la Academia.

## **Arzobispos y obispos**

P. M. Ibáñez (1905). Cuadro sinóptico de los arzobispos de Bogotá, desde la creación de la silla 1553 a 1905 (352 años). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 3, 404-405. Contiene: nombre, fecha de posesión, fecha de muerte, fecha de renuncia, tiempo de gobierno (año, meses), patria y observaciones. Son 32 arzobispos.

D. Mendoza (1910). Verdadera relación de la sucesión de los ilustrísimos señores arzobispos de esta metrópoli, año de 1764, de Alfonso Garzón de Tahuste. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 6, 632-638.

E. Otero de Acosta (1960). Sucesión de prelados y jueces seculares del Nuevo Reino de Granada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 47, 344-351. En este se retoma el trabajo de Garzón de Tahuste y se controvierte las noticias del académico don Diego Mendoza, al asegurar que el verdadero manuscrito

es el que se encuentra en la parroquia de la catedral de Bogotá, consignado al final del libro IV de bautismos de españoles y mestizos.

L. A. Cuervo (1922). Notas sobre el arzobispo Hernando Arias de Ugarte. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 13, 229. Da cuenta de la existencia del *Epítome* de su vida, escrito por el licenciado Diego López de Lisboa, su confesor, impreso en Lima en 1638, que existía en el monasterio de Santa Clara de Bogotá (vol. 40, 1953, pp. 570-572).

Sobre el obispo de Popayán don Pedro Antonio Torres. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1928-1929), 17, 178-179.

Fray Juan de los Barrios, primer arzobispo de Santafé de Bogotá (carta suya al Consejo de Indias, escrita desde el Río Grande, el 15 de abril de 1553), (del Archivo de Indias). *Boletín de Historia y Antigüedades* (1922), p. 23.

El Ilustrísimo señor don Fray Juan de los Barrios. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1955), 42, 457-473.

M. A. Bueno (1953). Relación de la enfermedad, muerte y exequias del obispo don Fernando Cuero y Caicedo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 22, 301-303. “Curioso manuscrito original, de la pluma del doctor Bueno, firmado en Popayán en agosto de 1851 y enviado al Boletín por don Evaristo Delgado Mallarino”.

J. Restrepo Posada (1957). Los primeros prelados de Santa Marta. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 44, 50-64.

Cronología de los obispos de Cartagena de Indias. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1955), 42, 302-320].

S. E. Ortiz (1970). Notas para la biografía del obispo José Cuero Caicedo, prócer de la Independencia, obispo de Cuenca y Quito. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1970), 57, 111-161.

M. T. Vargas (1955). Don Fernando del Portillo y Torres (arzobispo de Santafé 1797-1803). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 42, 591-599.

J. Friede (1961). Juan del Valle, primer obispo de Popayán y su formación indigenista. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 48, 62-87. Es un anticipo de su libro *Vida y luchas de Juan del Valle, primer obispo de Popayán*.

E. Restrepo Tirado (1938). Muerte del [arzobispo] Fray Bernardino de Almansa. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 25, 110-111.

E. Restrepo Tirado (1943). Espolio del obispo de Cartagena Fray Luis de Córdoba Ronquillo [Trinitario]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 30, 410-415.

A. Ariza (1948). ¿Fue Fray Tomás Ortiz Berlanga, P.P. el primer obispo de Santa Marta?. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 35, 559-567. Este mismo autor insistió sobre el personaje en el artículo Apuntes para su reivindicación. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1976), 63, 181-194.

H. Conte Bermúdez (1940). El obispo de Panamá José Higinio Durán Martel. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 27, 576-581.

J. Restrepo Posada (1951). Don Isidoro Domínguez, arzobispo de Santafé. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 38, 237-251.

A. Zawadski (1959). El arzobispo Juan Bautista Sacristán. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 46, 404-426.

M. G. Romero (1956). El arzobispo Vicente Arbeláez y el II Concilio Provincial Neogranadino, discurso de recepción de Numerario de Monseñor. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 43, 771-811.

R. M. Tisnés (1984). El arzobispo Monseñor Vicente Arbeláez (1822-1884). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 71, 901-905.

J. I. Perdomo Escobar (1955). El arzobispo Paúl. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 42, 631-654. Discurso de recepción de miembro numerario.

J. Restrepo Posada (1946). Homenaje a la Memoria del arzobispo Paúl. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 418-427.

G. Vargas Paúl (1963). El arzobispo Paúl y la transformación de 1886. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 50, 539-552. Discurso con el que tomó posesión de numerario el académico.

R. M. Tisnés (1990). Homenaje a Monseñor José Telésforo Paúl en el centenario de su muerte. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 77, 83-119.

J. M. Arévalo, O.P. (1965). Rectificación y observaciones a la biografía de Fray Cristóbal de Torres. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 52, 135-145.

A. Ariza (1964). El ilustrísimo señor don Rafael Lasso de la Vega. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 52, 525-547. Una síntesis biográfica con ocasión del segundo centenario del nacimiento del obispo de Mérida y de Quito.

J. Restrepo Posada (1945). El obispo Fray Martín de Calatayud. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32, 437-445. Un artículo biográfico, con motivo del IV centenario de la llegada a Santafé y otro de reivindicación histórica con base en nuevas fuentes documentales, recogidas por Juan Friede (Posada, 1968, 439-459).

J. Restrepo Posada (1969). Monseñor Ismael Perdomo y las elecciones presidenciales de 1930. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 56, 465-485.

H. Gómez Aristizábal (1980). Monseñor Perdomo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 67, 221-222.

A. Quijano (1932). El arzobispo prócer [don Fernando Caycedo y Flórez]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 19, 404-422.

D. Ortega Ricaurte (1945). Elogio del arzobispo Fernando Caycedo y Flórez. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32, 629-638.

B. J. Caicedo (1956). Obra e imagen del arzobispo-prócer. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 43, 408-419. Al hacer entrega a la Academia de su retrato, con ocasión del segundo centenario de su natalicio.

J. Restrepo Posada (1946). Monseñor Lorenzo Barili. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 458-476.

J. Restrepo Posada (1935). Los restos del Ilustrísimo señor Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 22, 561-581.

L. A. Cuervo (1936). El arzobispo Manuel José Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 23, 193-200.

L. Martínez Delgado (1936). El arzobispo Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 24, 224-238.

L. Cuervo Márquez (1942). El arzobispo Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 29, 729-733.

Con ocasión del centenario de la muerte del arzobispo Mosquera, el *Boletín de Historia y Antigüedades*, volumen 40 (1953) publicó tres artículos:

J. Hincapié (1953). Elogio del arzobispo Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 40, 674-694.

J. Restrepo Posada (1953). Elogio de arzobispo Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 40, 660-668.

H. Rodríguez Plata (1953). El arzobispo Mosquera como hombre de Estado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 40, 642-659.

J. Restrepo Posada (1954). Homenaje al señor arzobispo Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 403-405.

Un alegato judicial del arzobispo Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1970), 57, 473-483. Documento inédito del archivo del Cardenal Luis Concha, arzobispo de Bogotá.

T. B. Horgan (1979). Carta del arzobispo de Nueva York al de Bogotá, Manuel José Mosquera, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 66, 217-234. Documento transcrito y presentado por la autora.

J. Hincapié (1999). Bicentenario de los hermanos Manuel José y Manuel María Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 86, 1031-1036].

M. G. Romero (2000). Monseñor Manuel José Mosquera. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 87, 683-700.

L. C. Mantilla (2000). Relaciones entre el arzobispo Manuel José Mosquera y su hermano el General Tomás Cipriano. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 87, 65-71.

Dos cartas inéditas del General Santander al arzobispo de Caracas don Ramón Ignacio Méndez. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1970), 57, 697-700. Fechadas ambas en Nueva York, en noviembre de 1831 y junio de 1832, respectivamente.

E. Restrepo Tirado (1927). Legado del arzobispo- virrey. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 16, 59-61. Da a conocer las obras de arte que Caballero y Góngora dejó en Bogotá “para poder identificar algunas de ellas que hoy reposan en poder de particulares”.

C. H. Bowman, jr. (1971). *El arzobispo Caballero y Góngora y Manuel Torres: la cultura en Nueva Granada*. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 58, 415-452.

R. M. Tisnés, C.M.F. (1996). El arzobispo virrey Antonio Caballero y Góngora (1723-1796). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 83, 729-756.

M. Briceño Perozo (1971). El legado bolivariano del obispo Lasso de la Vega. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 58, 105-115.

J. A. Bermúdez (1957). Los tunjos de oro del arzobispo Zapata de Cárdenas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 44, 278-294.

J. Restrepo Posada (1974). El Ilustrísimo señor don Fray Luis Zapata de Cárdenas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 61, 96-124.

J. I. Saranyana (1994). Estudio histórico-doctrinal del catecismo de Fray Luis Zapata de Cárdenas (1576). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 81, 195-212.

B. J. Caycedo (1983). Sobre el obispo de Santa Marta don Nicolás Martínez Malo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 70, 67-73.

M. Briceño Jáuregui (1985). El arzobispo don Bernardino de Almansa, una personalidad discutida. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 72, 9-37.

E. Díaz del Castillo (1994). El obispo de Pasto Manuel Canuto Restrepo Villegas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 81, 91-126.

A. Gómez Latorre (1994). Semblanza histórica del arzobispo Baltasar Jaime Martínez Compañón. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 81, 625-649.

## **La Arquidiócesis de Bogotá**

J. M. Marroquín Osorio (1938). Origen y desarrollo de la jerarquía eclesiástica en Santafé de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 25, 485-511.

J. Restrepo Posada (1943). El primer capítulo catedral santafereño. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 30, 130-152.

J. Restrepo Posada (1950). Arquidiócesis de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 37, 13-28.

La academia destacó el cuarto centenario de la erección de la Arquidiócesis (1564-1964) y en el *Boletín de Historia y Antigüedades* (vol. 51, pp. 130-145). El académico José Restrepo Posada publicó diversos documentos sobre la bula de erección y sus vicisitudes.

J. Restrepo Posada (1954). El capelo cardenalicio y los arzobispos de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 550-557.

J. Restrepo Posada (1956). El sínodo diocesano de 1556. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 43, 458-482.

J. Restrepo Posada (1960). El capítulo metropolitano y el 20 de julio. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 47, 297-309.

J. Restrepo Posada (1967). Arzobispos y obispos de Bogotá, bogotanos que han llegado a la Mitra. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 54, 363-387. En este artículo hace el elenco de veinte obispos bogotanos, con pequeñas biografías y puntualizaciones históricas.

J. Restrepo Posada (1970). Partidas de bautismo de los arzobispos de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 57, 89-109. Con este artículo completa el “cuadro sinóptico de los arzobispos de Bogotá”, de don Pedro María Ibáñez: “después de años de trabajo podemos presentarlas casi todas”.

J. Restrepo Posada (1967). Provisores del arzobispado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 54, 71-100.

Los nombres y pequeñas biografías de quienes, en sede plena o sede vacante gobernaron la arquidiócesis, desde 1545 hasta 1966, basado en los libros de actas del Archivo del Capítulo, de apuntes tomados del Archivo Arzobispal del legajo 116 que se llamaba “provisores del arzobispado”, y de los libros de matrimonios de las antiguas parroquias.

Consagraciones episcopales hechas en Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1948), 35, 360-376.

Inhumación en la Catedral de los restos de tres arzobispos (los dominicos fray Juan de Arguinao, fray Agustín Camacho y Rojas y fray Fernando del Portillo). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 44, 539-549.

J. V. Castro Silva (1963). Del gobierno eclesiástico de Santafé de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 50, 349-437. Con 286 notas, con base en los cronistas, pero muchas tomadas del archivo de la catedral.

G. González Dávila (1966). El Teatro eclesiástico de la primitiva iglesia de las Indias Occidentales, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 53, 231-299. Por tratarse de una rareza bibliográfica, publicada en Madrid 1649-1655, se reproduce en la parte que corresponde al Nuevo Reino de Granada, la historia de los arzobispos de Bogotá y la de los obispos de Santa Marta, Cartagena y Popayán con notas e introducción de Mario Germán Romero.

G. Agudelo G. (1996). Visión General de los arzobispos de Santafé de Bogotá desde la Colonia hasta nuestros días (1564-1995). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 82, 917-937.

G. Pinilla (2000). El Colegio Mayor del Rosario y el Capítulo metropolitano de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 88, 885-902.

## **Figuras de eclesiásticos notables**

J. M. Cordobés Moure (1903). Don Ignacio Tenorio y Carvajal: excursionista, jesuita y oidor. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 2, 199-216.

J. Alejandro Bermúdez (1929). Andrés María Rosillo y Meruelo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 17, 546-555.

J. C. García (1935). El centenario del canónigo Rosillo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 22, 582-588.

B. J. Caycedo (1932). Eclesiásticos y religiosos de la familia Caycedo, e iglesias y capillas fundadas por los Caicedo o dotadas por ellos. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 19, 340-344.

J. Restrepo Posada (1960). El doctor José Ignacio Pescador, firmante del acta de la Independencia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 47, 421-424.

D. Arias Argáez (1939). El canónigo don José Cortés y Madarriaga (reseña). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26.

L. Martínez Delgado (1937). Federico González Suárez. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 24, 129-161.

Homenaje a Monseñor Federico González Suárez, arzobispo de Quito, *Boletín de Historia y Antigüedades* (1944), 31, 310-317. Con ocasión del centenario de su nacimiento. La Academia Colombiana de Historia celebró un acto solemne el 13 de abril de 1944 e hizo el elogio del prelado e historiador ecuatoriano el canónigo honorario y miembro de la corporación doctor Juan Crisóstomo García. También los discursos del presidente de la Academia doctor Francisco José Urrutia y del embajador del Ecuador en Colombia.

J. Núñez Sánchez (2000). Monseñor Federico González Suárez. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 87, 727-733.

J. Manuel Marroquín (1938). Biografía de Monseñor José Alejandro Bermúdez (+28 de mayo de 1838). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 25, 194-200.

E. Restrepo Tirado (1936). Un sermón del padre Pedro de Zea. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 23, 744-745. Doctrinero de Susa en 1613 (documento del Archivo General de Indias): “como una muestra de la ilustración y bellaquería del citado doctrinero copio a continuación uno de sus sermones”.

G. Giraldo Jaramillo (1939). El sacerdote santafereño don Juan Bautista de Toro y la situación de los indígenas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26, 472-477.

M. G. Romero (1951). Biografía del Padre Margallo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 38, 1-116.

J. M. Pacheco (1962). Un escritor colonial desconocido: don Francisco de Ospina Maldonado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 69, 473-478. Muerto en Santafé en 1723: “no es un literato en el estricto sentido de la palabra, pero su voluminosa obra Párroco práctico-teórico, le da derecho a figurar al lado de Luis Brochero, Juan B. Toro y Basilio Vicente Oviedo, entre los notables escritores de la época colonial”.

J. M. Pacheco (1969). Un proceso contra don Juan de Castellanos. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 56, 75-78.

Un boceto biográfico sobre el canónigo Monseñor Cayo Leonidas Peñuela. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1964), 51, 554-557.

R. Gómez Hoyos (1967). Elogio fúnebre del académico Monseñor Juan Crisóstomo García. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 54, 516-520.

J. Restrepo Posada (1968). Un recuento biográfico de Monseñor José Vicente Castro Silva. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 55, 185-189.

C. Restrepo Canal (1958). Monseñor Rafael María Carrasquilla. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 45, 121-131.

B. J. Caycedo (1957). Dos artículos en homenaje a Monseñor Rafael María Carrasquilla. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 44, 559-562. “Monseñor Rafel María Carrasquilla no escribió historia sistemática, pero todo lo que

escribió está hecho de historia. Todo”, dice en uno de ellos don Bernardo J. Caycedo, presidente de la Academia Colombiana de Historia al inaugurar la placa conmemorativa del homenaje a su memoria, el 6 de diciembre de 1957.

D. Salgado Gómez (1946). El doctor Eloy Valenzuela (“El buen cura de Bucaramanga”, como lo llamaba el Libertador). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 136-138.

E. Otero D’Costa (1983). El doctor Juan Eloy Valenzuela, subdirector de la Expedición Botánica. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 70, 787-834. En el mismo volumen, transcripción de una carta suya a don José Acevedo Y Gómez de 1808 (p. 441).

J. Acosta Ortegón (1946). El presbítero doctor Andrés María Gallo [natural de Tuta] y su época. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 477-505.

O. Díaz (1947). Los libros de memoria del presbítero Ildefonso Díaz. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 34, 781-785.

M. G. Romero (1948). Sobre el presbítero don Antonio Margallo y Duquesne. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 35, 605-622: “me he propuesto revelar y copiar el retrato de un santafereño, modelo de honradez y de piedad, hombre ilustrado y curioso, latinista, músico y versificador, abnegado padre de familia, viudo y luego sacerdote ejemplar”.

El canónigo y botánico Juan María Cespedes (natural de Tuluá). *Boletín de Historia y Antigüedades* (1947), 34, 348-354.

M. G. Romero (1970). Sobre el presbítero Antonio José de Sucre: un clérigo de rompe y rasga (sobrino del gran Mariscal de Ayacucho, nacido como él en Cumaná). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 57, 459-472.

P. M. Revollo (1950). ¿Quién administró los santos sacramentos al Libertador? *Boletín de Historia y Antigüedades*, 837, 61-65.

J. R. Arboleda, S.I. (1976). El Abate de Pradt y el Congreso de Panamá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 63, 3-32.

J. M. Pacheco (1978). El doctor J. Nepomuceno Escobar, un sacerdote patriota poco conocido. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 65, 119-128.

A. Naranjo Villegas (1985). Centenario de Monseñor Manuel José Sierra. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 72, 509-515.

H. Bejarano Díaz y C. E. Mesa (1987). El padre José J. Ortega Torres (literato). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 74, 185-190. Con ocasión de su muerte en Cartagena el 30 de diciembre de 1986.

J. Barón Ortega (1999). Monseñor Cayo Leonidas Peñuela. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 86, 95-118.

N. Botero G. (1989). En memoria del padre Carlos E. Mesa, C.M.F. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 76, 967-973. Con ocasión de su muerte ocurrida en Medellín el 18 de agosto de 1989.

A. Cacia Prada, Jaime Posada y Horacio Gómez Aristizábal (1990). Sobre monseñor Rafael Gómez Hoyos. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 77, 427-437. Con ocasión de su muerte, acaecida en Bogotá el 30 de marzo de 1990.

N. Giraldo Ramírez (1996). Un perfil de monseñor Juan Manuel González Arbeláez. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 83, 719-727.

### **Mujeres notables**

L. A. Cuervo (1942). Semblanza de doña Clemencia Caycedo, fundadora del Colegio de la Enseñanza. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 29, 808-810.

C. E. Mesa, C.M.F. (1989). La madre Laura: su excursión a Uré. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 76, 967-1031.

### **Sobre los religiosos: sus personajes, sus obras, sus organizaciones**

## **Agustinos**

E. Posada (1922). El padre Vicente de Requejada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 13, 150-171]. Con base en documentos del Archivo Nacional, Fondo Tierras de Boyacá, tomo 13, folios 573 a 664.

E. Ayape (1939). El primer Cura de Tunja. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26, 232-236. Se refiere al padre Vicente de Requejada.

M. T. Vargas (1954). Origen en Colombia de la Orden de los Ermitaños Descalzos de San Agustín. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 587-604.

E. Ayape (1939). Fray Andrés de San Nicolás. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26, 803-814.

J. A. Salazar, Orsa (1957). Fray Andrés de San Nicolás, agustino recoleto de la Provincia de la Candelaria, autor de “El desierto prodigioso y el prodigio del desierto”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 44, 619-628. Datos complementarios para su biografía, después, con ocasión del tercer centenario de su muerte, Fray Rubén Buitrago Trujillo, retornó a su memoria al tomar posesión como miembro correspondiente en la Academia (*Boletín de Historia y Antigüedades*, 1966, p. 673).

E. Ayape (1938). Las cosas del padre Fray León Caicedo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 25, 806-809. Agustino recoleto nacido en Tenjo en 1829.

R. Pineda Giraldo (1956). Etnografía e indigenismo en la obra del padre Fray Francisco Romero, agustino (“Llanto sagrado de la América meridional”). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 43, 322-336.

E. Ayape (1941). Misiones de Casanare. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 28, 769-798. Agustinos recoletos.

J. M. Pacheco (1966). Fray González de Mendoza, agustino, obispo de Popayán. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 53, 301-318. Con base en nuevos documentos del Archivo de Indias y del Archivo de la Nación.

J. H. Ovalle (s. f.). Fray Antonio de León (agustino) y sus maltratos a los indios en Chipaque. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 75, 431-438.

F. Campo del Pozo (1973). “El Álbum de Boyacá” [del canónigo Cayo Leonidas Peñuela] y los Agustinos. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 60, 255-270. El padre José Abel Salazar, O.A.R. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1977), 64 497-499.

### **Capuchinos**

Misiones de los Capuchinos en la Guajira (documento del archivo de Diego de Mendoza, que contiene un informe de 1775). *Boletín de Historia y Antigüedades* (1922), 13, 231-235.

E. Valencia (1930). Fray Domingo de Petrés. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 18, 40-44.

J. M. Pacheco (1974). El desierto del padre fray Andrés de Jijona. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 61, 349-355.

### **Dominicos**

M. Flórez, O.P. (1923). Un dominico colombiano mártir. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 14, 221-225. Se trata del padre fray Miguel Flórez de Ocariz, misionero en la misión de Apure en 1750.

Quinto centenario de los dominicos: 1529-1929 “cuando con el Gobernador de Santa Marta, García de Lerma, llegaron a esta ciudad varios religiosos de la ilustre Orden de Santo Domingo presididos por fray Tomás Ortiz...”:

La Academia Colombiana de Historia conmemorará en el presente año el IV Centenario con una Junta pública, en la cual se colocará el retrato de Fray Alonso de Zamora en la Galería de historiadores del Instituto. La Academia además solicitará del gobierno nacional la suma necesaria para editar la obra histórica del padre Zamora, que es hoy una curiosidad bibliográfica. Gerardo Arrubla y José María Restrepo S. febrero 15 de 1929. (*Boletín de Historia y Antigüedades*, 17)

G. Otero Muñoz (1935). Fray Alonso de Zamora. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 22, 401-414.

L. A. Cuervo (1942). El padre fray Gaspar de Carvajal, O.P. [+Lima 1584] *Boletín de Historia y Antigüedades*, 29, 308-310.

M. T. Vargas (1958). Probanza sobre los monasterios e iglesias de los dominicos [1550-1579]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 45, 475-498.

A. Ariza (1964). Los dominicos recobran el santuario de Chiquinquirá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 51, 247-253.

A. Ariza (1969). Apostillas a la historia de Nuestra Señora de Chiquinquirá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 56, 83-97.

A. Ariza (1959). In memoriam fray Andrés Mesanza, O.P. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 46, 441-442.

C. E. Mesa, C.M.F. (1987). El padre Alberto Ariza, O.P. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 74, 439-442. Con ocasión de su muerte, escribe el padre.

### **Franciscanos**

E. Otero D'Costa (1934). La historia de Venezuela y Nuevo Reino de Granada, escrita por Fray Pedro de Aguado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 21, 459-479:

[...] se ha estudiado tan deficientemente la figura de fray Pedro de Aguado, se han presentado tales dudas acerca del valor intrínseco de su obra y aun sobre sus títulos de verdadero autor, que hemos considerado necesario incluir en esta galería algunos comentarios justipreciadores del meritorio y difícilmente superado cronista, timbre de la Seráfica Orden.

E. Otero D'Costa (1946). Alabanza de fray Pedro de Aguado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 572-594. Valoración de su obra y nuevos datos biográficos. Discurso con ocasión de la entrega de su retrato para la Academia, obra del pintor cartagenero Enrique Grau Araujo.

Partida de bautismo de fray Pedro de Aguado. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1959), 46, 110-121.

G. Otero Muñoz (1935). Fray Pedro Simón. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 22, 190-191.

M. J. Forero (1953). A propósito de las Noticias Historiales de fray Pedro Simón. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 40, 563.

J. Febres Cordero (1957). Notas sobre fray Pedro Simón. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 44, 3-49.

L. C. Mantilla R. (1980). Sobre la muerte del cronista fray Pedro Simón. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 67, 329-332.

G. Arcila Robledo (1934). Galería de historiadores neogranadinos: fray Esteban de Asensio. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 21, 716-719. Se le presenta al público al franciscano español “inédito hasta hace poco, y como escritor hasta 1921 completamente desconocido, debiendo sin embargo ocupar un puesto distinguido entre los primitivos historiadores del Nuevo Reino”.

G. Arcila Robledo (1935). El prócer fray Francisco Florido. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 22, 161-171.

L. C. Mantilla R. (2001). Fray Francisco Florido: un franciscano patriota al servicio de Ramiriquí. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 88, 885-902.

G. Arcila Robledo (1938). Doctrinas franciscanas del Nuevo Reino de Granada. *Boletín de Historia y Antigüedades* *Boletín de Historia y Antigüedades*, 25, 851-861.

J. C. García (1954). Hallazgo bibliográfico (Sobre fray José de Maldonado, franciscano, autor de una Relación sobre el descubrimiento del Amazonas). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 144-147.

G. Arcila Robledo (1955). Defensa de la Provincia Franciscana del Nuevo Reino de Granada (por fray Ignacio Veloqui ante el Consejo de Indias en documento de 1788). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 42, 8-32.

L. Gómez Canedo (1959). Sobre la llegada de fray Antonio de Medrano al Nuevo Reino de Granada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 46, 391-393.

L. C. Mantilla (1983). Fray Gregorio Arcila Robledo: historiador franciscano. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 70, 391-418.

C. Restrepo Canal (1959). Fray Gregoria Arcila Robledo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 46, 131-132. Con ocasión de su muerte acaecida en Cali el 27 de diciembre de 1958.

L. C. Mantilla R. (1978). Un franciscano colombiano obispo en México: fray Mateo de Zamora y Penagos, obispo de Yucatán (1699-1744). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 65, 357-408.

C. E. Mesa (1983). Franciscanos y Jesuitas en la Antioquia colonial. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 70, 579-603.

L. Duque Gómez (1992). La Orden Seráfica en América y en Colombia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 79, 919-923.

M. G. Romero (1958). Fray Juan de Santa Gertrudis: un cronista rescatado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 45, 99-131.

L. C. Mantilla R. (1992). Fray Juan de Santa Gertrudis: el último cronista franciscano de la época colonial. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 79, 887-917.

S. E. Isacson (s. f.). Fray Matías Abad y su diario de viaje por el río Atrato en 1649. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 61, 457-475.

C. E. Mesa, C.M.F. (1988). Los franciscanos en Colombia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 75, 439-442.

W. J. Stevens (1989). Fray Jodoco Ricke, un flamenco en Popayán. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 76, 1037-1041.

S. E. Ortiz (1945). Los indios Yurumangués. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32, 731-748. Sobre la misión franciscana a mediados del siglo XVII.

G. Arcila Robledo (1956). Las misiones franciscanas en el Chocó. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 43, 237-260. Una "Representación" hecha por el Provincial fray Dionisio de Camino, franciscano, al oidor Josef Martínez Malo, acerca del gobierno de aquellas misiones (pp. 241-260).

L. C. Mantilla R. (1984). Origen de las misiones franciscanas en los Llanos Orientales de Colombia según una relación inédita del siglo XVII. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 71, 973-1005.

### ***Hermanos de las Escuelas Cristianas (de La Salle)***

J. Ramón (1977). El hermano Luis Gonzaga, de las Escuelas Cristianas, nacido en Ipiales en 1854. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 64, 427-435. Con motivo de cumplirse en febrero de 1976 los 60 años de su fallecimiento.

J. Ramón (1980). El Hermano Apolinar María, apóstol de la ciencia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 67, 711-716.

[...] ligero esbozo de su obra científica y cultural, a la memoria del eminente científico y museólogo francés, de nombre mundial, estrechamente vinculado a Colombia por su intensa y fecunda consagración por más de 40 años al estudio y fomento de las ciencias naturales en Colombia.

### ***Hospitalarios***

C. E. Mesa, C.M.F. (1986). Hospitalarios de San Juan de Dios en Medellín (1801). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 73, 1203-1210.

### ***Jesuitas***

F. P. Barrera (1902, octubre). Los jesuitas misioneros y su expulsión de los dominios españoles. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 1, 63-90.

Expulsión de los Jesuitas que residían en Tunja en 1767. *Boletín de Historia y Antigüedades* (mayo de 1904), 2, 573-576. Documento inédito, en el cual

se narran los momentos en que don Benito Canal y Montenegro procedió a ejecutar la triste sentencia, y las diligencias que llevó a cabo.

Noticia individual de los fondos, pensiones y cargos del Colegio Máximo y Provincia de los Regulares de la Compañía de Jesús de Santafé, formada por el Comisionado de su expatriación señor doctor don Francisco Antonio Moreno y Escandón. *Boletín de Historia y Antigüedades* (mayo de 1905), 3, 252-255.

C. Restrepo Canal (1941). El padre Santiago Páramo, S.I. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 28, 924-932.

D. Ortega Ricaurte (1941). Elogio del padre Manuel Rodríguez, S.I. [autor de "El Marañón y el Amazonas"]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 28, 705-722. Al descubrir su retrato en la Academia el 1° de agosto de 1941.

R. Echeverría Rodríguez (1942). La expulsión de los Jesuitas en 1850. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 29, 625-630.

C. Cortés Vargas (1943). Noticia sobre el archivo de las Juntas de Temporalidades de las colonias españolas con referencia a la expulsión de los Jesuitas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 30, 699-702.

G. Giraldo Jaramillo (1951). Notas bio-bibliográficas sobre el Padre F.S. Gilij y su "Saggio di storia Americana". *Boletín de Historia y Antigüedades*, 38, 696-713.

J. M. Pacheco (1966). El padre Félix Restrepo, historiador. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 53, 7-15.

A. Cagua Prada (1987). Centenario del padre Félix Restrepo, S.I. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 74, 285-295.

J. M. Pacheco (1972). Impresiones de Jesuitas austriacos y suizos sobre el Nuevo Reino de Granada en 1724, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 59, 393-404.

J. M. Pacheco (1979). Dos curiosos manuscritos [de Jesuitas] coloniales. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 66, 507-519.

Sobre el padre José Gumilla:

L. A. Cuervo (1945). Retrato del padre José Gumilla. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32.

R. Tovar Ariza (1945). Elogio del padre José Gumilla. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32, 638-653.

E. Otero D'Costa (1956). El jesuita Padre Pedro Mercado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 43, 639-642.

O. Díaz (1954). Elogio de San Pedro Claver. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 625.

J. R. Arboleda (1980). San Pedro Claver. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 67, 287-312].

T. Aristizábal, S.I. (1998). San Pedro Claver: un santo controvertido. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 85, 99-128.

L C. Mantilla R. (1995). Sobre la llegada del Jesuita Antonio Julián a Santa Marta (documento inédito). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 82, 1045-1048.

C. E. Mesa, A. Gutiérrez, S.I., M. Briceño Jáuregui, S.I. y M. Roca Castellanos (1987). El padre Juan Manuel Pacheco, S.I. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 74, 175-184. Con ocasión de su muerte acaecida en Bogotá el 30 de diciembre de 1986 escribieron sobre él.

En Memoria del padre José Rafael Arboleda, S.I. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 80, 285-288. Con ocasión de su muerte acaecida en Bogotá el 29 de noviembre de 1992.

En Memoria del padre José Manuel Briceño Jáuregui, S.I. *Boletín de Historia y Antigüedades*. Fallecido repentinamente en Alcalá de Henares el 28 de octubre de 1992:

J. Ocampo López (1993). El P. Manuel Briceño J. y el humanismo clásico. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 80, 293-318. En esta edición aparecen otros cuatro escritos sobre el P. Briceño J., por José Francisco Socarrás, Ignacio Chávez Cuevas, Arturo Abella y Mario Briceño Perozo (pp. 319-330).

J. del Rey Fajardo, S.I. (1992). La presencia científica de la Universidad Javeriana en la Orinoquia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 79, 925-952.

J. del Rey Fajardo, S.I. (2002). Apuntes para una biografía misional del catedrático javeriano Dionisio Mesland (1615-1672). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 89, 323-377.

## **Obras y lugares**

E. Posada (1905). La Iglesia de la Veracruz. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 3, 13-17.

Reseña histórica de las milagrosas imágenes de Jesús, María y José que se veneran en el Santuario de la Peña, a extramuros de la ciudad de Bogotá, desde el año de 1685. Escrita por su antiguo capellán, presbítero Rosendo Pardo. Año de 1906. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1907), 4, 633-674. No es otra cosa que la primera historia documentada del santuario bogotano.

L. Rubio Marroquín (1911). Sobre la historia del Seminario Conciliar de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 7.

D. Mendoza (1911). Historia de la iglesia y pueblo de Lenguazaque, del canónigo Duquesne. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 7, 2-17, 65-76, 129-143, 193-205. Según el manuscrito que se conserva en el archivo de la Real Academia de Historia de Madrid, transcrito y enviado por el académico Mendoza.

R. Rojas Gómez (1933). La catedral de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 20, 197-226. Con base en el fondo Fábrica de Iglesias del Archivo Nacional, tomo 8, vicisitudes en su construcción en los primeros años: 1540-1567.

C. Pardo Umaña (1947). Las catedrales de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 34, 694-733. Un recorrido cronológico por las cuatro etapas previas a la actual catedral.

J. Restrepo Posada (1943). La primitiva catedral de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 30, 1065-1076.

D. Ortega Ricaurte (1938). El humilladero, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 25, 566.

J. M. Marroquín Osorio (1938). Origen de la Sociedad de San Vicente de Paul, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 25, 108-109.

E. Ayape (1939). Monasterio de la Concepción de Tunja. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26, 48-77.

U. Rojas (1939). La capilla de los Mancipes [en la catedral de Tunja]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26, 559-564.

J. C. García (1939). Templos y palacios bogotanos. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26, 209-217.

Dos fundaciones recoletas en Tunja [San Laureano y el Topo]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26 (1939), 565-571.

J. C. García (1939). El Nazareno de San Agustín. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 26, 652-657. Se refiere a la imagen de la iglesia de Bogotá.

J. C. García (1950). Apuntes y vistazos. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 37, 66-74. Sobre la imagen de Jesús Nazareno de la iglesia de San Agustín y otras imágenes.

J. C. García, R. Moros Urbina y E. Otero D'Costa (1923). Informe sobre el valor histórico y artístico del convento de Santo Domingo de Bogotá, rendido el 16 de marzo de 1925. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 14, 686-687.

A. Cruz Santos (1948). Por qué fue demolido el claustro de Santo Domingo, Prueba irrefutable. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 71, 361-371. Escrito por Abel Cruz Santos en 1946.

- E. Otero D'Costa. (1955). Sobre las reliquias que existían en el derruido convento de Santo Domingo de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 42, 741-746.
- J. C. García (1941). El palacio arzobispal de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 28, 21-29.
- L. A. Acuña y E. Otero D'Costa (1951). Capilla del Sagrario [de Bogotá]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 38, 522-524.
- J. Restrepo Posada (1974). Los libros corales de la catedral de Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 61, 124-130.
- J. Bayona Posada (1945). Los misterios de Monserrate y Guadalupe. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32, 414-436.
- M. T. Vargas (1954). Historia de la primera ermita de Belén en Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 85-92.
- J. Acosta Ortegón (1945). El pueblo de Monguí y el pintor Vásquez. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32, 749-776.
- B. Matos Hurtado (1946). Apuntaciones y documentos sobre el convento de San Francisco de Pamplona. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 113-121.
- B. Matos Hurtado (1948). Sobre el convento de Santa Clara de Pamplona. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 35, 142-153.
- M. del Campo Larraondo (1946). Seminario Mayor de Popayán, desde su fundación hasta 1858. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 627-639. Manuscrito conservado en el archivo de Seminario Conciliar de Popayán.
- A. Rincón (1946). La iglesia de Ramiriquí. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 33, 327.
- S. E. Ortiz (1965). La Iglesia de San Juan Bautista de Pasto, una reliquia arquitectónica. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 52, 147-155.

C. Arbeláez Camacho (1965). El conjunto monumental de Monguí: un análisis histórico y arquitectónico. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 52, 155-171.

J. M. Pacheco, S.I. (1971). La Universidad de San José de Popayán. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 58, 453-461.

J. Restrepo P. (1974). El sínodo de Popayán del año 1617. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 61, 87-96.

M. J. Forero (1975). La Recoleta de San Diego [de Bogotá]. 62, 599-602.

A. Cagua Prada (1996). La Recoleta de San Diego y el padre Rafel Almanza. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 83, 1139-1180.

L. C. Mantilla (1981). Notas sobre el desaparecido convento franciscano de San Diego de Cartagena. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 68, 497-507.

R. D. Bejarano (1985). El Cristo de la Ermita de Mariquita. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 72, 997-999.

D. Ortega Ricaurte. (1988). El humilladero. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 75, 659-663.

L. C. Mantilla R. (1986). Guaduas, ciudad franciscana. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 73, 197-238.

E. Díaz del Castillo (1995). Iglesias de San Juan de Pasto. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 82, 1049-1067.

A. Cagua Prada (2000). 150 años de “El Catolicismo”, decano de la prensa colombiana. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 87, 55-64.

## **Relaciones con la Santa Sede**

A partir de octubre de 1915, el BHA comenzó a publicar la Correspondencia de Monseñor Lorenzo Barili, delegado apostólico de la Santa Sede ante el Gobierno de Colombia, con el doctor Pedro Antonio Restrepo, padre del

futuro presidente de la República Carlos Eugenio Restrepo (1910-1914). Esta correspondencia, que conservaba el mandatario de la república como un tesoro, la cedió a la Academia, en cuya carta remisoria de tan valiosa documentación, dice el expresidente de la nación al presidente de la Academia:

Esta correspondencia que envió a la Academia Nacional de Historia completará aquellas noticias [sobre la personalidad de Monseñor Lorenzo Barili] y dará a conocer detalles bien expresivos acerca de tales relaciones y sobre la vida religiosa, política y social de aquella época, que ya se va alejando". Seguidamente le explica el origen de las relaciones entre el delegado y su padre:

Al declararse la dictadura de Melo, el 17 de abril de 1854, era miembro del Congreso mi padre, el doctor Pedro Antonio Restrepo, y fue reducido a prisión con otros de sus compañeros legitimistas; logró escaparse, y se asiló en la Delegación Apostólica, donde fue acogido con el cariño de un miembro de la familia, por el que ya era su amigo, el Excelentísimo señor Barili. Allí se ocultó unos días y luego salió sigilosamente para Ibagué, con el fin de integrar el Congreso allá reunido; desde entonces (septiembre de 1854) sostuvo nutrida correspondencia con Monseñor Barili, hasta mayo de 1857, en que éste partió a ocupar la Nunciatura en España. Mi padre conservó religiosamente la correspondencia de Monseñor, que es la que doy al público, suprimiendo solo aquellos pasajes que se refieren a intimidades de familia, sin importancia... (vol. 10, 2014, p. 129).

P. de Leturia, S.I. (1927). La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII a la luz del Archivo Vaticano. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 16, 561-567.

J. D. Monsalve (1928-1929). El Libertador y la separación de la Iglesia y el Estado. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 17, 175-190.

L. E. Nieto Caballero (1932). Relaciones con la Santa Sede. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 19, 779-813. Una síntesis del libro de Raimundo Rivas.

J. Restrepo Posada (1961). León XII ante la Ley del Patronato. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 48, 579-588. En el mismo número puntualiza sobre la obra en 3 volúmenes del padre Pedro de Leturia: *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica* (pp. 599-600).

J. Restrepo Posada (1941). El doctor Nicolás Cuervo y nuestras primeras relaciones con la Santa Sede. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 28, 286-307.

J. M. Rivas Sacconi (1945). La labor diplomática de Ignacio Sánchez de Tejada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32, 473-477.

G. Arciniegas (1978). Los trabajos de Sánchez de Tejada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 65, 181-203.

Padre Rafael Arboleda, S.I. (1981). Don Ignacio Sánchez de Tejada, primer Ministro Plenipotenciario de Colombia ante la Santa Sede. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 68, 914-944.

J. Restrepo Posada (1971). El Congreso de Cúcuta y el Convenio eclesiástico de 1823. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 58, 637-643.

G. Camargo Pérez (1977). Monseñor Bonifacio Toscano y la cuestión político-religiosa de los EE.UU. de Colombia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 64, 437-453.

L. C. Mantilla R. (1980). El primer legado pontificio en Colombia. Instrucciones para su misión. 1836 (documento del Archivo Secreto Vaticano). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 67, 123-149.

Roberto María Tisnés, C.M.F. (1983). El Cardenal Luigi Frezza y la Independencia de la Nueva Granada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 70, 1058-1073.

Luis Carlos Mantilla R. (2002). Escándalo en la Legación Pontificia de Nueva Granada en 1861. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 89, 3-39.

## **La Independencia**

N. Ramos Hidalgo (1944). Fray José Joaquín Escobar. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 405-409.

Una de las figuras más atrayentes y caballerescas de la ciudad de Cali es la de este noble franciscano que se alza dentro del cielo patrio como uno

de los astros de primera magnitud y que la crítica histórica apenas si a veces lo señala como el conductor eximio de las ideas revolucionarias de la Independencia Americana.

Disciplina eclesiástica (documento inédito de 1820 relativo al Provisor del arzobispado de Santafé doctor Nicolás Cuervo). *Boletín de Historia y Antigüedades* (1953), 40, 158-160.

M. G. Romero (1960). Novenas políticas en la Independencia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 47, 477-487. “Una de las formas más populares de la piedad religiosa en el siglo pasado fue el rezo de novenas”.

A. Lee López (1960). Sobre la religiosidad de Francisco de Paula Santander. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 47, p. 310-319. Disertó fray en su “oración fúnebre” pronunciada en la iglesia de S. Francisco el 6 de mayo de 1960.

Un presbítero patriota (Cayetano Reyes). *Boletín de Historia y Antigüedades* (1904), 2, 445-448.

N. García Samudio (1916). El coronel fray Ignacio Mariño. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 10, 534-538.

J. M. Restrepo Sáenz (1941). Eclesiásticos próceres [don Ignacio Álvarez y don Joaquín de la Roche]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 28, 907-910.

J. J. Ortega Torres (1949). Una pastoral contra Bolívar. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 36, 640-649. Pastoral del obispo Díaz Merino de Cartagena, 1818, contra la guerra de la Independencia, especialmente contra el Libertador.

S. Pizano de Ortiz. (1950). Otra pastoral contra el Libertador. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 37, 117-124. Del obispo de Cartagena fray Gregorio J. Rodríguez Carrillo.

O. Díaz (1959). El capellán patriota Francisco Mariano Fernández. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 46, 562-589.

G. Hernández de Alba (1962). La Independencia y sus clérigos: Sumarias de los procesos seguidos contra los clérigos patriotas. *Boletín de Historia y*

*Antigüedades*, 49. Tomados del Archivo Nacional de Madrid (pp. 345-436), con notas de Mario Germán Romero.

M. Germán Romero (1962). Participación del clero en la lucha por la Independencia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 49, 323-344 (antecede al de Hernández de Alba).

M. Pérez Villa (1956). El clero en la Independencia de Venezuela. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 43, 608-620.

Gabriel Martínez Reyes, C.M.F. (1978). Los prisioneros neogranadinos [algunos eclesiásticos] en la cárcel de Cádiz. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 65, 409-416.

O. Díaz (1968). Sobre el franciscano patriota Fray Joaquín Guarín, bajo el título de Andanzas de Fray Joaquín Guarín. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 55, 62-72. Con base en documentos del Archivo General de la Nación.

## **La figura de Bartolomé de las Casas**

El cuarto centenario de la muerte del combativo obispo de Chiapas en 1966 dejó tres importantes trabajos en el volumen 53, correspondiente a ese año:

R. Gómez Hoyos (1966). Bartolomé de las Casas: la libertad como destino. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 53, 541-554.

A. Ariza (1966). Biografía. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 53, 585-607.

A. Pardo Tovar (1966). Ante el IV centenario de la muerte de fray Bartolomé de las Casas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 53, 572-583. Discurso pronunciado, en el cual examinó el contexto y la significación de la Apologética Historia.

A. Ariza (1977). Acotaciones sobre fray Bartolomé de las Casas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 64, 509-511.

A. Ariza (1974). Fray Pedro Simón, escritor lascasiano. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 61, 525-528.

Fray Bartolomé de las Casas: fundador de la Provincia Dominicana en Colombia. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1978), 65, 129-139.

G. Sepúlveda Durán (1991). Las Casas ante Menéndez Pidal. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 78, 715-733.

A. Vilela (1991). Las Casas y la aventura de la colonización en América. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 78, 905-907.

### **El virrey José Solís Folch de Cardona o fray José de Jesús María**

E. Posada (1922). El cráneo de Solís. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 13, 149-150.

E. Posada (1927). El juicio del virrey Solís [documento inédito]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 16, 515.

D. Ramos (1947). Apuntes para la biografía del Virrey de Nueva Granada don José Solís. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 34, 124-149.

G. Arcila Robledo (1954). Fuente desconocida sobre la vida de Solís y Análisis moral del escudo señorial de Solís. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 190-204 y 558-568.

Oración fúnebre que pronunció el dominico fray Manuel Cándido Torrijos en las exequias del Virrey Fraile. *Boletín de Historia y Antigüedades* (1954), 41, 411-430. Tomado del original que se halla en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

B. J. Caycedo (1964). El epílogo de la novela de Solís. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 51 13-28. Sobre la leyenda de los amores de Solís.

J. M. Marroquín (1977). Una historia que debería escribirse [la vida de Solís]. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 64, 213-228.

L. C. Mantilla (1977). Una nueva imagen del Virrey Solís: ni leyenda ni apología. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 78, 389-395.

## Ensayos y reflexiones

C. E. Mesa, C.M.F. (1968). El pro y el contra de las historias contemporáneas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 55, 195-219. Discurso con el que ingresó como miembro correspondiente en mayo de 1968.

C. E. Mesa, C.M.F. (1968). Filosofía y religión en Colombia: derrotero histórico. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 55, 641-690.

C. E. Mesa, C.M.F. (1980). El real Patrono y Regio Vicariato. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 67, 445-468.

R. M. Tisnés, C.M.F. (1983). La Iglesia que entendió Bolívar. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 70, 683. Consideraciones y precisiones a propósito del libro con el mismo título sobre el jesuita Alberto Gutiérrez.

R. M. Tisnés, C.M.F. (1985). La Iglesia hispanoamericana en los Manuales de Historia eclesiástica. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 72, 213-230.

A. M. Pinilla Cote (s. f.). La historia: ¿alabanza o diatriba? Discurso para su posesión como Miembro de Número de la Academia.

L. C. Mantilla (1993). La búsqueda de la verdad. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 80, 11-23. Respuesta al mismo en nombre de la Academia.

E. Díaz del Castillo. (1993). La cultura en la Evangelización del Nuevo Reino de Granada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 80, 415-434.

A. Cacia Prada (1996). Religión y lengua, fundamentos de la integración iberoamericana. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 83, 955-976.

M. Martini (1998). La religiosidad indígena como ingrediente de la identidad cultural hispanoamericana. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 85, 1051-1065.

J. I. Saranyana (2002). Años cruciales de la vida teológica colombiana (1965-1971). *Boletín de Historia y Antigüedades*, 89, 129-150.

## Miscelánea

A través de la antigua Santafé: la religiosidad santaferreña. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 44, 629-640.

G. Martínez Reyes, C.M.F. (1983). Un documento nuevo sobre la erección de la diócesis de Santa Marta en sus 450 años. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 70, 1127-1130.

G. Martínez Reyes, C.M.F. (1984). Ordenanzas para el buen tratamiento de los indígenas 1514-1593. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 71, 457-469.

B. Bravo Lira (1995). Monarquía y estado misional: poder temporal y evangelización en el Nuevo Mundo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 82, 1069-1084.

L. C. Mantilla (1998). Carne y espíritu: la dieta alimentaria del Monasterio de la Concepción de Santa fé de Bogotá en el siglo XVIII. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 85, 781-801.

A. Masanza, O.P. (1955). Ordenanzas para la doctrina y enseñanza de la religión a los indios de la provincia de Cartagena en 1555. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 42, 69-74. Documento de AGI Patronato 197.

C. E. Mesa (1987). Escuela sacerdotal de historiadores antioqueños. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 74, 627-639.

M. G. Romero (1995). Apuntes para la historia de la catequesis en el Nuevo Reino de Granada. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 82, 997-1044.

C. J. Alejos Grau (2002). Revistas eclesiásticas colombianas del siglo XX. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 89, 151-171.

## Referencias bibliográficas

- Acevedo Tarazona, A. y Samacá Alonso, G. (2012). La política educativa para la enseñanza de la Historia de Colombia (1948-1990): de los planes de estudio por asignaturas a la integración de las ciencias sociales. *Revista Colombiana de Educación*, 62, pp. 221-244.
- Acosta Mohalem, J. J. (1999), *Historia de la Iglesia de Pamplona, siglos XVI, XVII y XVIII, desde el descubrimiento y fundación de Pamplona hasta el año de 1785*.
- Alzate Montes, C. M., Benavides, F. L., Cobo Betancourt, J. F. (Eds.). (2015). *Arquidiócesis de Bogotá, 450 Años: Miradas sobre su historia*. Ediciones USTA.
- Arango, G. M. (1993). *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828-1885*. Universidad Nacional, sede Medellín.
- Arias, R. (2003). *El episcopado colombiano: intransigencia y laicidad (1850-2000)*. Ediciones Uniandes.
- Aristizábal, T y Splendiani, A. M. (2002). *Proceso de beatificación y canonización de san Pedro Claver*. Pontificia Universidad Javeriana y Universidad Católica del Táchira.
- Arquidiócesis de Bogotá. (1961-1966). *Datos biográficos de sus prelados (tomos I-III)*.
- Becerra Jiménez, J. (1993), *Historia de la diócesis de Barranquilla a través de la biografía del padre Pedro María Revollo*. Editorial Banco de la República.
- Bidegain, A. M. (1996, enero-junio). De la historia eclesiástica a la historia de las religiones. *Historia Crítica*, 12.
- Borges Morán, P. (1992). *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas (siglo XV-XIX)*. Editorial BAC.
- Botero Restrepo, J. (1983). *Breve historia de la Iglesia colombiana*.
- Christopher, I. (1947). *El cóndor y las vacas*.
- Comisión de Estudio de Historia de la Iglesia para América Latina. (s. f.). *Historia general de la Iglesia en América Latina*. Editorial Sígueme.
- Cortés Guerrero, J. D. (1996, enero-junio), Balance bibliográfico sobre la historia de la Iglesia Católica en Colombia, 1945-1995. *Historia Crítica*, 12, 17-26.
- Cortés, J. D. (1998). *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la diócesis de Tunja (1881-1918)*. Ministerio de Cultura.
- De Roux López, R. (1999). La insolente longevidad del héroe patrio, *Caravelle*, 72, 31-43.

- De Toba y Buendía, P. (2015). *Iglesia y colonización en Urabá y el Darién*.
- Díaz, O. (1963). *Los sacerdotes en la Academia Colombiana. Boletín de Historia y antigüedades*, 50, 179-187.
- Díaz Díaz, F. (1979). *Estado, Iglesia y desamortización*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Duque Gómez, L. (1992). La Orden Franciscana en América y en Colombia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 79, 919-923.
- Foz y Foz, P. (1997). *Mujer y educación en Colombia siglos XVI-XIX: aportaciones del colegio de La Enseñanza 1783-1900*. Academia Colombiana de Historia.
- Friede, J. (1961). *Vida y luchas de don Juan del Valle, primer obispo de Popayán y protector de indios*.
- Friede, J. (1975). *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada desde la instalación de la Real Audiencia (1550-1590)*. Biblioteca del Banco Popular.
- Gagliano, J. A. (1966). *The Catholic Historical Review*, 82(4).
- Gálvez Abadía, A. C. (1996). *Por obligación de conciencia. Los misioneros del Carmen Descalzo en Urabá (Colombia) 1918-1941*. Universidad del Rosario.
- García Benítez, L. (1953). *Reseña histórica de los obispos que han regentado la diócesis de Santa Marta (1534-1891)*. Academia Colombiana de Historia, (Biblioteca de Historia Nacional, 86).
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Editorial Norma.
- Gómez Hoyos, R. (1960). *La revolución granadina de 1810. Ideario de una generación y una época 1781-1821*. Editorial Temis.
- Gómez Hoyos, R. (1972). *La Iglesia y el Estado en el Congreso de Cúcuta*. Kelly.
- González Suárez, F. (1905). *Boletín de Historia y antigüedades*, 3, 91-92.
- González, F. E. (1977). *Partidos políticos y poder eclesiástico*. Cinep.
- González, F. E. (1997). *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia*. Cinep.
- González, F. E. (2011). "Teología de la liberación en el siglo XIX. El uso de la religión católica en las discusiones en torno a la independencia". *Revista Credencial Historia*, 11.
- Grupo de Investigación Religión, Cultura y Sociedad. (2001). *Historiografía sobre religión, cultura y sociedad en Colombia producida entre 1995 y el 2000*. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Universidad de Antioquia.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1975). *Familia y cultura en Colombia*.

- Helguera, L. J. (1972). Apreciaciones breves sobre la obra y bibliografía de Monseñor José Restrepo Posada. *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*, 27-28, pp. 218-249.
- Helguera, L. J. (1974). Apreciaciones breves sobre la obra y la bibliografía de Monseñor José Restrepo Posada 1924-1972. *Boletín de Historia y antigüedades*, 61, 27-78.
- Helguera, L. J. (1995). *The Americas*, 52(1), 102-104.
- Henríquez de Hernández, C. (s. f.). *El Sagrado Corazón de Jesús en Colombia*, www.bdigital.unal.edu.co/42081/1
- Horgan, T. B. (s. f.). *El arzobispo Manuel José Mosquera, reformista y pragmático*. Academia Colombiana de Historia.
- Laboa, J. M. (2004). *Historia de la Iglesia Católica (t. V)*. BAC.
- Lee, A. (1963). Clero indígena en el arzobispado de Santafé en el siglo XVI. *Boletín de Historia y antigüedades*, 50, 3-86.
- Lee, A. (1964). Cuarto centenario de la Fundación del Hospital de San Juan de Dios. *Boletín de Historia y antigüedades*, 51, 501-519.
- Lee, A. (1966). Historia de la Cofradía de la Iglesia de la Santa Veracruz en Bogotá. *Boletín de Historia y antigüedades*, 53, 467-487.
- Lee, A. (1967). ¿Cumplió 400 años la iglesia de San Francisco en Bogotá? *Boletín de Historia y antigüedades*, 54, 399-415.
- Lee, A. (1982). El Colegio Seminario de San Luis de Tolosa. *Boletín de Historia y antigüedades*, 69, 11-71.
- Lertora, C. A. (1996). *Tendencias actuales de la historiografía eclesiástica argentina. Anuario de Historia de la Iglesia*, 5.
- Leturia, P. (1972). La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII a la luz del Archivo Vaticano. *Boletín de Historia y antigüedades*, 16, 561-567.
- Lewis, B. (1979). *La historia recordada, rescatada, inventada, Breviarios*. Fondo de Cultura Económica.
- Lleras Camargo, A. (1997). *Memorias*.
- López, M. (2001). *Tiempos para rezar y tiempos para trabajar: la cristianización de las comunidades muiscas durante el siglo XVI*. ICANH.
- Londoño Vega, (2004). *Religión, cultura y sociedad en Colombia, Medellín y Antioquia 1850-1930*. Fondo de Cultura Económica.
- Luque Alcaide, E. (1995). *Anuario de Historia de la Iglesia*, 4, 566-567.

- Luque Alcaide, E. (1997). Recensión. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 6, 591-592
- Luque Alcaide, E. (2005). Libertad eclesial y separación Iglesia-Estado en Colombia. Opción del delegado Apostólico monseñor Mieczyslaw Ledochowski. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 92, 23-43.
- Mantilla Ruiz, L. C. (1996), *Don Bartolomé Lobo Guerrero, Inquisidor y tercer arzobispo de Santa Fe de Bogotá (1599-1609)*. Academia Colombiana de Historia.
- Mantilla Ruiz, L. C. (1992). *Las Concepcionistas en Colombia (1588-1990)*.
- Mantilla Ruiz, L. C. (1998). Carne y espíritu: la dieta alimentaria en el monasterio de la Concepción en Santafé de Bogotá en el siglo XVIII. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 85, 781-802.
- Mantilla Ruiz, L. C. (1998). La obra histórica de Monseñor José Restrepo Posada, recordación en el XXV aniversario de su muerte. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 85, 391-409.
- Mantilla Ruiz, L. C. (2002). La Historia de la Iglesia en Colombia a través del *Boletín de Historia y Antigüedades*. *BHA*, 89, 653-693
- Mantilla Ruiz, L. C. (2005). El clero y la emancipación en el Nuevo Reino de Granada. El caso de los franciscanos. *La América Hispana en los albores de la emancipación (Actas del IX Congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia; pp. 179-221)*. Real Academia de la Historia.
- Mantilla Ruiz, L.C. (2011). El ideario de las órdenes religiosas en la Independencia de Colombia. *Revista Credencial, Historia*, 11.
- Mantilla Ruiz, L. C. (2010). *La guerra religiosa de Mosquera o la lucha contra el poder temporal de la Iglesia en Colombia (1861-1878)*. Universidad San Buenaventura.
- Martínez Delgado, L. (1954). La Santísima Virgen en la Historia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 722-742.
- Martínez Reyes, G. (1986). *Cartas de los obispos de Cartagena de Indias durante el período hispánico 1534-1820*. Academia Colombiana de Historia Eclesiástica.
- Mejía Calderón, I. (1986). *La arquidiócesis de Bucaramanga, historia de la evangelización en la comarca*.
- Melo, J. O. (1999). De la nueva historia a la historia fragmentada, la producción histórica colombiana en la última década del siglo. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 36.
- Melo, J. O. (s. f.). *Historia crítica, una revista consolidada*. [www.jorgeorlandomelo.com](http://www.jorgeorlandomelo.com)
- Mesa, C E. (1986). *La madre Laura*.

- Montenegro González, A. (2007). *Anuario de Historia de la Iglesia*, 16, 460-463.
- Ortiz Mesa, L. J. (2005). *Ganarse el cielo defendiendo la religión. Guerras civiles en Colombia, 1840-1902*. Unibiblos.
- Ortiz Mesa, L. J. (2010). *Obispos, clérigos y fieles en pie de guerra, Antioquia 1870-1880*. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.
- Pérez Triana, S. (1907). *Desde lejos. Asuntos colombianos*.
- Pinilla Cote, A. M. (1986). Providencia e historia. *Boletín de Historia y antigüedades*, 73, 601-605.
- Pinilla Cote, A. M. (1986). El holocausto de los fundadores. *Boletín de Historia y antigüedades*, 73, 713-719.
- Pinilla Cote, A. M. (1987). En el 85 aniversario de la fundación de la Academia Colombiana de Historia. *Boletín de Historia y antigüedades*, 74, 551-554.
- Pinilla Cote, A. M. (1987). El Integrista: cruzada y rebeldía. *Boletín de Historia y antigüedades*, 74, 495-521.
- Pinilla Cote, A. M. (1988). Heroísmo por el bien común. *Boletín de Historia y antigüedades*, 75, 957-962.
- Pinilla Cote, A. M. (1988). *Del Vaticano a la Nueva Granada. La internunciatura de Monseñor Cayetano Baluffi en Bogotá (1837-1842)*. Primera en Hispanoamérica. Biblioteca de la Presidencia de la República.
- Pinilla Cote, A. M. (1993). La Historia: ¿alabanza o diatriba? *Boletín de Historia y antigüedades*, 80, 11-21.
- Plata, W. E. (2009). Un acercamiento a la participación del clero en la lucha de Independencia de Santa Fe y la Nueva Granada. El caso de los dominicos (1750-1815). *Fronteras de la Historia*, 14(2), 282-323.
- Posada Carbó, E. (1987). Iglesia y política en la Costa Atlántica. *Revista Huellas*, no.19,5,8.
- Ramírez Bonilla, L. C. (2015). *Entre altares y mesas de diálogo: el episcopado colombiano en acercamientos de paz con grupos armados ilegales (1994-2006)*. Universidad Nacional de Colombia
- Reclus, E. (1855). *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*.
- Restrepo Sáenz, J. M. (1945). Algo sobre el clero antioqueño de antaño. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 31, 360-387.
- Rueda Beltz, M. (2004). La Convención Concordataria Echandía-Maglione y el llamado cisma de la Iglesia colombiana. (Thesis ad Doctorandum in Iure

- Canonico totaliter edita). Pontificia Universitas Sanctae Crucis, Romae, 2004. Recensión del presbítero Aldo Stella (†). *Boletín de Historia y Anti-güedades*, 91, 667-669.
- Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica* (1965), I (1).
- Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica* (1966), I (1).
- Revista Javeriana*, (1957, julio) (236)
- Revista Javeriana*, tomo LVIII(287), 164.
- Revista Javeriana*, (1970, julio), 74(366), 113.
- Romero, M. G. (1960), *Fray Juan de los Barrios y la evangelización del Nuevo Reino de Granada*. Academia Colombiana de Historia.
- Romero, J. E. (1973). *Apuntes históricos sobre la arquidiócesis de Cali*.
- Rothlisberger, E. (1992). *El Dorado: estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*.
- Rueda Enciso, J. E. (2008). *Juan Friede 1901-1990: vida y obra de un caballero andante en el trópico*. ICAHN.
- Salcedo M., J. E. (2014). *Las vicisitudes de los jesuitas en Colombia, hacia una historia de la Compañía de Jesús, 1844-1861*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Tisnes, R. M. (1971). *El clero y la independencia en Santafé (1810-1815)*. Lerner.
- Toquica, M. A. (2001). Religiosidad femenina y vida cotidiana en el convento de Santa Clara de Santafé, siglos XVII y XVIII. Una mirada detrás del velo de Johanna de San Esteban. *Revista Colombiana de Antropología*, 37.
- Toquica, M. A. (2008). *A falta de oro: linaje, crédito y salvación. Una historia del real convento de Santa Clara de Santa Fe de Bogotá, siglos XVII y XVIII*.
- Toro Jaramillo, I. D. (2000). La situación de la Iglesia y del clero en Colombia antes de la celebración del Concilio Plenarío de América Latina. En Actas del Simposio histórico del Centenario del Concilio Plenarío de A.L. Ciudad del Vaticano.
- Toro Jaramillo, I. D. (2004). *La Diócesis de Medellín (1868-1902). Actuación y formación del clero*. Fundación Universitaria Luis Amigó, Fondo Editorial.
- Toro Jaramillo, I. D. (2008). Clero insurgente y clero realista en la revolución colombiana de la Independencia. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 17, 119 ss.
- Torres Londoño, F. (1996). Cincuenta años de estudios históricos sobre la Iglesia en América Latina (1945-1995). *Anuario de Historia de la Iglesia*, 5, 302-305.

Valtierra, A. (1980). *Pedro Claver, el santo redentor de los negros*. Banco de la República.

Vargas, M. T. (1954). Origen en Colombia de la Orden de los Ermitaños de San Agustín. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 41, 587-604.

Villegas, J. (1981), *Colombia: enfrentamiento Iglesia-Estado (1819-1887)*. Universidad de Antioquia.

## Nota sobre el autor



### ***Luis Carlos Mantilla Ruiz, OFM***

Nació en Piedecuesta, Santander, el 24 de enero de 1944. Licenciado en Filosofía y Teología por la Universidad de San Buenaventura, Bogotá (1965 y 1975). Doctor en Historia de la Iglesia por la Universidad Gregoriana de Roma (1983).

Se ha desempeñado como profesor de filosofía del arte, historia de la Iglesia y patrología en la Universidad de San Buenaventura, Bogotá. Definidor y Secretario de la Provincia Franciscana de la Santa Fe de Colombia (julio de 1978 a julio de 1981). Secretario General de la Universidad de San Buenaventura, Bogotá (agosto de 1981 a agosto de 1984). Archivero Provincial desde 1978 hasta 2015.

Ha sido distinguido como Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica (Medellín, 1980). Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia (1992). Miembro de Número de la Academia de Historia de Bogotá (2002). Miembro Correspondiente de la Academia de Historia de Cartagena de Indias (2004) y de otras academias nacionales y extranjeras.

Ha publicado, entre otras, las siguientes obras: *Los Franciscanos en Colombia, tomo I (1550-1600)*, 1984; *Los Franciscanos en Colombia, tomo II (1600-1700)*, 1987; *Los Franciscanos en Colombia, tomo III (1700-1830)*, volúmenes 1 y 2, 2000.

## Otras obras del autor





Esta obra se imprimió en los talleres de  
CMYK Diseño e Impresos SAS.  
con un tiraje de 100 ejemplares.  
Universidad de San Buenaventura - Seccional Cartagena  
Septiembre 2024.